
extra
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
PARAISO INFERNAL
Clark Carrados

Un larguísimo lamento brotó de la garganta de una, mientras se aferraba con manos convulsas al mango del venablo. Tras ella, la otra chica emitía unos horripilantes gorgoteos.

El venablo había atravesado a la primera a la altura del esternón, justo entre los senos. Era más baja que su amiga y ésta notó el terrible dolor en el estómago.

Dos pares de piernas se debatieron convulsivamente. En los últimos espasmos de la agonía, la más alta trató de librarse de aquel hierro que la atormentaba y agarró a la pequeña por el pelo, arrancándole grandes mechones de cabello, sin que la morena sintiese el menor dolor en aquella región. El único interés estribaba en arrancarse el palo que la había ensartado como la mariposa de un coleccionista. Pero las fuerzas le fallaron súbitamente y se venció hacia adelante, aunque sin caer al suelo, con los brazos colgando laciamente hacia abajo.

La otra duró un poco más. Mientras conservó la consciencia, de una forma relativa, continuó arrancando pelos de la cabeza.



Clark Carrados

Paraíso infernal

Bolsilibros: Selección Terror extra - 3

ePub r1.1
xico_weno 17.12.17

Título original: *Paraíso infernal*
Clark Carrados, 1982
Ilustraciones: Alberto Pujolar

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




Selección
TERROR
extra

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

La noche se echaba rápidamente encima, llovía copiosamente y el viajero empezaba a sentirse cansado. Delante de sus ojos, los limpiaparabrisas se movían rítmicamente, despejando el campo visual. Pero, aun así, era preciso conducir con cuidado debido a las circunstancias del ambiente, nada propicio para correr riesgos marchando a una velocidad que resultaría excesiva con aquel tiempo. Por tanto, era necesario rodar sin demasiadas prisas, cuidando de no salirse del camino que, de repente, se había hecho extrañamente angosto.

Las ruedas hacían un ruido raro, se dijo A. J. Butler. ¿Qué clase de camino era aquél? ¿Dónde estaba?

No hacía media hora, había pasado por Berndon Falls. Ya atardecía y su primera intención había sido la de quedarse a pernoctar en algún hotel, pero había creído tener tiempo de alcanzar Westport, en la costa. Empezaba a darse cuenta de su gran error.

El cielo estaba completamente encapotado. Butler se dijo que iba a llover durante el resto de la noche. De cuando en cuando, unas fuertes ráfagas de viento aullaban a su alrededor. Una noche más bien tétrica se dijo, pensando con delicia en un lugar agradablemente caldeado y un buen vaso de *whisky* en la mano.

—Pero ¿existen esos lugares? —se preguntó, no sin un rasgo de buen humor, que estimó necesario en aquella situación.

Repentinamente, los faros del coche alumbraron un rótulo indicativo a la derecha de la carretera. Butler leyó:

A PARADISE-ON-EARTH
1/4 de milla.

Hizo una mueca.

—Vaya un nombrecito —comentó para sí.

Jamás había oído nada semejante. Vagamente se dio cuenta de que la vegetación, a ambos lados del camino, era muy espesa. En algunos lugares estaba tan próxima, que algunas ramas rozaban incluso los costados del coche.

Siguió avanzando. Ya distinguía algunas luces entre la cortina de agua que continuaba fluyendo incesantemente desde las alturas. Respiró satisfecho. Ahora encontraría algún lugar caliente, un buen ambiente, *whisky*, una buena cena…

No se le ocurrió mirar hacia atrás, porque hacía rato sabía que era el único viajero en aquella ruta. De haberlo hecho, si se le hubiese ocurrido retroceder un par de cientos de metros, habría visto que el letrero que indicaba la proximidad a Paradise-on-Earth había desaparecido.

Instantes después, entraba en el pueblo. Se quedó asombrado de su pequeñez. Apenas una docena de casas, todas ellas separadas entre sí y la mayoría con porche en la parte delantera. Una de las casas, sin embargo, era mayor que el resto y en una fugaz visión, Butler pudo apreciar que era muy antigua y con dos pisos y ático.

Sorprendentemente, no pudo ver un solo rótulo de neón.

En todas partes se había encontrado con dicha clase de rótulos: Motel, Estación de Servicio, Bar… Allí, en el pueblo, no había nada parecido.

La mayoría de las casas estaban a oscuras. Butler, un tanto irritado consigo mismo, volvió a maldecir el momento en que decidió seguir adelante, en lugar de quedarse en Berndon Falls.

La lluvia pareció arreciar en aquel momento. Butler se dijo que no era sensato continuar más adelante. Tenía que quedarse en Paradise-on-Earth. En alguna parte encontraría alojamiento.

De pronto divisó una casa con todas las luces encendidas. Paró el coche y saltó fuera. En dos zancadas llegó a la veranda, sacudiéndose como un perro mojado, y llamó a la puerta.

—¡Por favor, abran!

Al otro lado, sonaron unos pasos pesados. La puerta se abrió y una mujer de unos cincuenta años le miró inexpresivamente.

—¿Sí?

—Discúlpeme, señora. Voy de viaje, pero me he retrasado y creo que tendré que pasar la noche aquí. ¿Puede indicarme dónde hay

un motel, una posada o algo parecido?

—Lo siento. En Paradise no hay nada de eso, señor.

Butler se quedó con la boca abierta.

—¿No hay… ningún establecimiento dónde acojan huéspedes?

—Así es —contestó la mujer, en cuyo rostro no se apreciaba la menor expresión de simpatía o antipatía hacia el viajero.

Butler forzó una sonrisa.

—Bueno, al menos, habrá una cafetería o algo por el estilo, donde tomar un bocadillo… El tiempo se ha puesto imposible y en todo caso, pasaría la noche en una silla…

—Tampoco hay bares ni cafeterías, señor.

«Pues sí que la he acertado», pensó Butler, tratando de ocultar la decepción que sentía.

De pronto, la mujer extendió un brazo.

—No obstante, si lo desea, puede hospedarse en la casa de Rupert Heywood —añadió—. Es la que habrá visto al llegar, a la izquierda de la calle. Allí podrá pasar la noche sin problemas.

—Gracias, señora…

Dentro de la casa sonó una voz:

—¿Quién es, Abigail?

—Un viajero extraviado, Joshua —contestó la mujer—. Busca alojamiento y le he indicado que puede ir a la casa de Rupert Heywood.

—Has hecho bien, mujer —contestó el hombre—. Es el mejor hospedaje que podría encontrar.

—Ya lo ha oído, señor —dijo ella—. La casa no está cerrada con llave; tampoco es necesario que llame. Entre y acomódese en la habitación que mejor le parezca.

—Bien, señora… —Butler se disponía a marcharse, cuando, de pronto, se volvió hacia la mujer—. Supongo que tendré que pedir permiso a ese tal señor Heywood.

—Ya le he dicho que basta con que entre y se acomode. Buenas noches, señor.

La puerta se cerró en las narices de Butler, quien se vio obligado a contener un juramento que brotaba instintivamente de sus labios. Rezongó algo entre dientes, volvió al coche, viró en redondo y cien metros más allá, se detuvo ante la casa de Heywood.

* * *

Era muy antigua, con estructura de madera, bien cuidada, no obstante, techo a dos aguas, de lados muy inclinados y una torrecilla picuda en uno de los ángulos. Delante de la fachada había un pequeño porche que protegía la entrada principal, en realidad, una marquesina sustentada por dos columnas.

La casa tenía el aspecto de haber sido construida un par de siglos antes. Su primer dueño, seguramente, habría sido un rico armador que se habría establecido en el interior, al retirarse de los negocios. O tal vez un traficante de esclavos, que había querido construirse una mansión al estilo europeo de la época.

Pero le extrañaba que le proporcionaran alojamiento en una casa en la que no parecía vivir nadie. Sin embargo, no tenía otra opción. La lluvia no daba señales de amainar y no tenía deseos de correr riesgos, conduciendo en una noche tan desagradable.

Lo peor de todo era que no tenía siquiera para comer un t mísero bocadillo, ni menos echar un trago. Tendría que pasar toda una noche en ayunas. Pero era joven y robusto y ciertas privaciones no le asustaban en absoluto.

Apenas había luz en aquel lugar. Abrió la guantera y sacó una potente linterna. Luego se apeó, corrió velozmente y alcanzó la marquesina, que le protegió de la lluvia en el acto.

—No es necesario que llame. Puedo entrar y acomodarme donde guste…

Hizo girar el pestillo y pasó al interior. Los rayos de luz de la linterna alumbraron un amplio vestíbulo, del que partía una escalera con barandilla de madera ricamente labrada. A la derecha vio una consola, con un gran espejo. Se volvió para buscar el interruptor de la luz, pero no encontró nada parecido.

Sobre la consola, sin embargo, había un candelabro de metal plateado, con cinco velas. Hurgó en sus bolsillos, sacó fósforos y una a una, prendió las velas. Luego emitió un suspiro de alivio.

La lluvia batía los cristales con monótono sonido. Butler pudo apreciar que la casa estaba bien cuidada, con muebles de indudable antigüedad y evidentemente pasados de moda, pero sólidos y acogedores. Faltaba el detalle de algunos jarrones con flores o tal vez un par de palmeras de interior en el vestíbulo. Pero si la casa estaba deshabitada, resultaba lógica la ausencia de tales elementos ornamentales.

En una rápida exploración, recorrió la planta baja, en donde había un gran salón, un comedor y una habitación más pequeña, además de la cocina en la que, con gran frustración, no encontró sino una bomba de agua del siglo pasado.

—Pero ni una miga de pan —masculló.

Había también un par de habitaciones, evidentemente destinadas a la servidumbre, cada una con una cama que parecía recién hecha. Al cabo de unos momentos, subió al primer piso.

Allí, las estancias ofrecían mucho mejor aspecto. Butler contempló un gran lecho, con mullidos colchones y un dosel que sostenía unas cortinas de muselina blanca. Casi sintió la tentación de acostarse allí inmediatamente.

Pero se dijo que no debía abusar de la bondad de las personas que le habían ofrecido un alojamiento tan acogedor. En el salón de la planta baja había un gran diván. Una noche se pasa pronto, pensó.

No quiso molestarse en subir al ático. Descendió nuevamente a la planta baja y entró en el salón. Había una gran chimenea, con un montón de troncos y algunas astillas a un lado. Dejó el candelabro sobre la mesa, se acercó a la chimenea y sacó los fósforos.

Momentos después, vio danzar las primeras llamas. Suspiró satisfecho; no hacía frío realmente, pero el ambiente de humedad resultaba muy desagradable.

Cuando el fuego estuvo encendido, retrocedió unos pasos. Sobre la chimenea, se veía un gran cuadro, en el que aparecía retratado un hombre, vestido a la moda de fines del siglo XVIII. Debía de haber sido muy alto y robusto, de rostro sanguíneo, con grandes patillas grises y expresión autoritaria, pero también sardónica. La sonrisa que se apreciaba en sus labios pulposos tenía mucho de cínica.

La camisa era de encajes y, en el chaleco, se veía una gruesa cadena que lo cruzaba y de la que pendía un dije, con cinta de seda, el cual sostenía una gran moneda de oro. Butler pudo apreciar que la reproducción de la moneda era absolutamente fiel al original, casi fotográfica.

Estuvo contemplando unos momentos el retrato, mientras el calorcillo de las llamas se expandía gratamente por el salón. Luego se volvió y casi se dio de bruces con una mujer que sostenía una bandeja con las manos.

* * *

Butler no pudo contener un grito de sorpresa. La mujer había aparecido inesperadamente, en silencio, sin dar la menor señal previa de su presencia en la casa. Era alta, muy rubia, con el pelo pajizo, largo y suelto sobre los hombros. Los ojos eran muy claros, rasgados, y los labios rojos destacaban nítidamente en un rostro de absoluta blancura epidérmica.

—Me enteré de que se alojaba en la casa de Heywood y le traje algún alimento —dijo la joven—. En Paradise no hay lugares donde un viajero pueda satisfacer sus necesidades.

—Señora, no sé cómo darle las gracias…

—No se merecen —atajó ella—. Hay un poco de carne fría, pan, galletas y mermelada. En el termo encontrará café. Siento no poder traerle algo de vino.

—Es demasiado lo que hace, señora —sonrió Butler—. Pero, dígame, ¿quién es Rupert Heywood?

—Era. Él construyó la casa hacia 1790. Murió once años más tarde.

—¿No la ha habitado nadie desde entonces?

La joven sonrió enigmáticamente.

—Permítame un consejo, señor…

—Butler, A. J. Butler. Si quiere, le doy el nombre completo.

—Gracias, no es necesario. El consejo es que tome la cena y se marche cuanto antes de la casa.

Butler respingó. Aquella joven, ¿hablaba en serio?

Casi maquinalmente, tomó la bandeja de las manos de su hermosa visitante. Ella retrocedió, andando hacia atrás.

—Váyase, váyase cuanto antes.

Abandonó el salón y alcanzó el vestíbulo. Butler reaccionó y, dejando la bandeja a un lado, echó a correr tras ella.

—Espere, señora…

Alcanzó el vestíbulo. La puerta se cerraba en aquel momento.

Butler llegó a la puerta en cuatro saltos y la abrió de golpe.

—Señora, espere un minuto, por favor…

Se calló bruscamente. Por un instante, se preguntó si habría soñado la visita de la hermosa joven rubia.

La calle estaba absolutamente desierta. Delante de la marquesina, había una cortina de agua. Algunas luces, a lo lejos, se

reflejaban en el húmedo pavimento. Butler estaba seguro de que tenía que ver a la joven, pero no encontró el menor rastro.

Profundamente pensativo, regresó al salón. La bandeja estaba cubierta por una servilleta de plástico, que había impedido se mojase su contenido. Al levantarla, vio un plato con carne, unas rebanadas de pan, mermelada y unas galletas.

La carne le desagradó, sin saber por qué. Tenía un aspecto muy extraño y decidió no probarla. Vertió un poco de café en un vaso y lo encontró aceptable, pero también con un gusto que le hizo sentir aprensiones, por lo que no pasó de humedecerse la lengua.

De repente, decidió que no probaría bocado de aquella cena.

Era algo instintivo, una extraña sensación de la que no podía desprenderse. La cena encerraba un peligro que no podía definir. Veneno, narcótico…

—Prefiero pasar hambre —decidió finalmente.

CAPÍTULO II

Un tronco se partió en la chimenea y las chispas ascendieron arremolinadas a lo alto. El ligero chasquido despertó a Butler.

Dormía en el diván, apoyada la cabeza en un almohadón. La única luz que había en la estancia, procedía de la chimenea.

Alzó la cabeza un poco y escuchó atentamente. La lluvia seguía cayendo, ahora mansa, imperceptiblemente, pero incesante. Volvió los ojos y pudo ver las gotas de agua que resbalaban incansablemente en los cristales de las ventanas.

El fuego ofrecía un aspecto mortecino. Rezongando entre dientes, se levantó, arregló las brasas y puso un par de troncos encima. Luego regresó al diván.

A los pocos momentos, y pese a sus preocupaciones, notó que volvía a dormirse. Entonces oyó un ruido extraño sobre su cabeza.

Trató de ignorarlo. El ruido se repitió.

Butler empezó a desvelarse. Aguzó el oído.

Los sonidos eran inconfundibles. Alguien, pisando fuerte, se paseaba en una de las habitaciones superiores.

—Si la casa está deshabitada, ¿quién demonios está allá arriba? —se preguntó.

Era un edificio viejo. Seguramente las condiciones ambientales influían en su estructura. Eran ruidos de la madera que se contraía o tal vez una ventana mal cerrada…

Intentó dormirse de nuevo, pero no lo consiguió. Los pasos seguían sonando, rítmicos, incansables, como si fuesen producidos por una persona que pesara más de cien kilos.

Butler acabó por hartarse y se puso en pie.

—Ahora verá ese estúpido —masculló—. Sea quien sea, le voy a dar un buen rapapolvo. Si no tiene sueño, que se siente en alguna parte, maldita sea.

Agarró la linterna y se encaminó al primer piso. Procuró

orientarse para encontrar la habitación situada justamente sobre el salón. Cuando la hubo hallado, abrió la puerta de golpe.

—Eh, usted, deje de hacer ruido…

Butler se calló súbitamente. La estancia estaba desierta.

—No puede ser —murmuró—. No he tomado una gota de licor ni he probado nada que pudiera hacerme daño…

Al cabo de unos momentos, volvió al salón y se tendió de nuevo en el diván. Consultó el reloj.

—Las once de la noche —renegó—. Me espera una nochecita…

Pero pasado un buen rato, notó que volvía a dormirse. Entonces, los pasos resonaron nuevamente.

Butler esperó unos momentos. Luego, se enfureció contra el bromista que intentaba divertirse a su costa.

—Tienes ganas de juerga, ¿eh?

Una vez más, se levantó y tras unos segundos de reflexión, fue a la cocina. Buscó una escoba y con ella en una mano y una linterna en la otra, se dirigió a la escalera. Sin embargo, no se detuvo en el primer piso, sino que subió al ático.

Escuchó un poco. Si, los pasos continuaban sonando. Entonces, empezó a dar golpes en el suelo con la contera del palo de la escoba, a la vez que pisaba con todas sus fuerzas.

Estuvo así cinco minutos. Luego se paró y dejó que volviera el silencio.

El ruido de pasos había cesado. Butler lanzó una carcajada.

—Si era un bromista, se habrá llevado un buen susto —dijo—. Esto es ir por lana y volver trasquilado.

Pasaba de la medianoche cuando volvió al salón. Todavía estuvo despierto una hora más, pero el ruido de pasos había cesado ya.

—Acaso era un fantasma. Pero, en todo caso, ha recibido una dosis de su misma medicina.

Se imaginó al espectro huyendo aterrado de los ruidos que contestaban a los suyos, y no pudo contener una carcajada. Luego, el sueño regresó y acabó por quedarse dormido como un tronco.

* * *

Cuando despertó, era de día. Seguía el mismo ambiente brumoso y la lluvia no dejaba de caer.

Pero había luz, aunque fuese de tonos grisáceos. Butler se sintió mucho mejor. Interiormente, reconoció que había momentos en que

había sentido verdadero miedo.

Fue a la cocina, manejó la bomba de agua y se mojó la cara un poco. Bebió un par de sorbos, comentó para sí lo mísero del desayuno y se dispuso a reanudar el viaje.

—Esto podrá llamarse Paradise, pero que me ahorquen si tiene nada de paradisíaco —masculló.

Al salir de la casa, advirtió algo muy extraño.

El pueblo aparecía sumido en un silencio total. No era muy grande, pero debería verse algún movimiento: hombres y mujeres, aunque fuesen con impermeables y paraguas, alguna furgoneta de reparto… Pero el único coche que había a la vista era el suyo.

Todas las casas aparecían cerradas. En algunas de ellas, supuso, debería de haber cocinas antiguas, pero no se percibía una sola columnita de humo.

De pronto, notó una extraña sensación. Debía haber seguido el consejo de la hermosa desconocida, se dijo. Pero un punto de obstinación le había hecho quedarse en la casa de Rupert Heywood. ¿Era Paradise un pueblo muerto, con sólo tres habitantes, el matrimonio llamados Joshua y Abigail y la hermosa joven rubia?

De pronto, bajó los escalones y se acercó a su coche. Tenía un impermeable en el interior, lo sacó, se lo puso y echó a andar resueltamente hacia la casa a la que había llamado la víspera.

En la puerta había un pequeño rótulo: J. Dealey. Así supo cómo se llamaban sus ocupantes.

Tocó en la puerta con los nudillos, pero no obtuvo respuesta. Insistió, con el mismo resultado. Estarían dormidos, supuso.

Arriesgándose a un incidente, abrió la puerta.

—¡Señor Dealey!

La casa estaba silenciosa, casi a oscuras. Aprensivo, Butler avanzó unos cuantos pasos.

Todo aparecía en orden, pero no se veía a nadie en movimiento. De súbito, al abrir una puerta, divisó un dormitorio y dos personas echadas en la cama.

Eran los Dealey, no cabía duda. A ella la reconoció en el acto. El hombre era algo mayor y tenía barba de collar, entrecana. Parecía un capitán de ballenero del siglo pasado.

—Señor Dealey —repitió.

Una vez más, no hubo respuesta. Terriblemente impresionado,

Butler avanzó unos cuantos pasos y sacudió ligeramente el hombro del varón.

Dealey no se movió. Tenía los ojos cerrados y su pecho permanecía quieto.

Butler le puso una mano en la mejilla.

Estaba fría.

Retrocedió, con el horror reflejado en las facciones. Los Dealey aparecían vestidos, acostados con todas sus ropas, encima de la cama y con los brazos cruzados sobre el pecho.

Estaban muertos, no cabía la menor duda. Por un instante, se dijo que la víspera había hablado con una persona que era un cadáver viviente; pero rechazó la idea de inmediato. No, Los Dealey, por alguna razón que desconocía, habían muerto durante la noche.

De pronto, creyó conocer la verdad.

—Un doble suicidio —murmuró.

Alguien tenía que saberlo. Corrió hacia la puerta y, desde la veranda, con las manos en tomo a la boca, a modo de bocina, lanzó un poderoso grito:

—¡Eh, despierten todos! ¡Ha ocurrido algo horrible! ¡Los Dealey están muertos!

Butler era joven y robusto, y tenía unos pulmones magníficos. Su voz retumbó con sonoros ecos por todos los ámbitos del pueblo. Pero no obtuvo la menor respuesta.

—¿Es que están sordos? ¿Por qué no salen de sus casas? ¡Dos de sus vecinos están muertos! ¿Me oyen? —gritó, procurando conseguir la máxima potencia sonora.

El silencio era absoluto. Butler empezó a dudar de sí mismo.

—¿No estaré volviéndome loco?

De repente, bajó de la veranda y corrió hacia la casa inmediata.

Allí había tres personas, un matrimonio de mediana edad y una anciana, ésta en un sillón, con las agujas y la lana en las manos. Todos estaban inmóviles y fríos.

Butler empezó a sentir también frío, pero más bien en el interior de su cuerpo. Corrió a la siguiente casa.

Salió y entró en otra situada al lado opuesto de la calle. Se fijó en el rótulo de la entrada: Diana Cooper.

Estaba en la cama, vestida, con las manos sobre el pecho y los

ojos cerrados. Pero era la misma joven que le había llevado la cena a la casa de Heywood.

No había duda posible. Había visto a Diana con todo detalle, había podido apreciar la esbeltez de las líneas de su cuerpo, la belleza de su rostro… Aunque ella había expresado ciertas aprensiones, no por ello había dejado de apreciar asimismo la dulzura de su sonrisa.

Pero ahora estaba quieta, fría, un trozo de carne inanimado y sin vida.

El horror se apoderó de él. Estaba en un pueblo habitado únicamente por cadáveres. ¿Adónde había ido a parar? Se dijo, lleno de pánico.

Ya no quiso aguardar a más. Abandonó la casa de Diana, corrió hacia su coche y montó precipitadamente sin quitarse siquiera el impermeable.

Arrancó en el acto. Pero de pronto, decidió dar media vuelta. Volvería por Berndon Falls, aunque ello le supusiera un rodeo de cien kilómetros al menos. Sin embargo, podía compensarlo con la autopista. Y tal como estaban las cosas, perder una hora o dos no tenía ninguna importancia.

Enfiló la salida del pueblo. A doscientos metros escasos, vio el bosque. Los árboles llegaban hasta el mismísimo borde de la carretera, que era la prolongación de la única calle de Paradise. Había también unos arbustos muy espesos, de frondosos ramajes, que casi le cortaban el paso.

«Anoche no estaban», pensó. O quizá, con la oscuridad y la lluvia, que caía a cántaros, no había visto bien aquel obstáculo. De todos modos, no se detuvo.

Pisó el acelerador. Las ramas se apartaron violentamente. Algunas crujieron con secos chasquidos. En un instante estuvo al otro lado y entonces vio algo asombroso.

El instinto le hizo pisar el freno. Las ruedas patinaron en un suelo completamente mojado. El coche se bamboleó alarmantemente, pero no llegó a volcar.

Butler alargó el cuello, hasta que su nariz tocó el frío parabrisas.

—Estoy soñando… Me han dado una droga y ni siquiera lo he notado…

La víspera había venido por allí, sobre un camino de tierra

batida, relativamente liso, aunque numerosos charcos debido a la lluvia. Ahora no había camino.

—Dios mío, no me lo puedo creer —exclamó—. ¡La carretera ha desaparecido!

Durante unos minutos permaneció en la misma situación, con el motor en marcha y los limpiavidrios moviéndose rítmicamente. Luego decidió avanzar un poco más, a fin de intentar aclarar aquel misterio.

Rodó lentamente, en previsión de algún obstáculo que pudiera causarle un accidente irreparable. Si el coche se estropeaba…

No quería ni pensar en ello. Estaba en un lugar poblado por muertos, un pueblo fantasma… «No estoy en la Tierra, sino en otro planeta».

De pronto, vio algo que casi le hizo gritar de alegría.

La zona de hierba acababa donde empezaba una carretera de tierra. Había allí unas vallas de madera blanca y roja, con los indicativos apropiados para el caso. Podía rodearlas y lo hizo con grandes precauciones. Luego sacó la cabeza por la ventanilla y vio el rótulo que se esperaba hubiese en aquellas circunstancias:

CARRETERA CORTADA PROHIBIDO EL PASO

Escorzó el cuerpo y miró hacia atrás.

El rótulo con el indicativo de Paradise-on-Earth un cuarto de milla, había desaparecido.

Más allá de las vallas sólo había hierba, arbustos y árboles.

—Me he alojado en algún motel y he soñado que estaba en un pueblo llamado Paradise-on-Earth —fue la conclusión a que llegó poco después.

Y sin duda, se había perdido… pero no recordaba el menor detalle del motel en que debía haberse alojado.

Sentíase muy cansado, mentalmente sobre todo. Además, y pese a sus preocupaciones, estaba hambriento puesto que no había probado bocado desde el mediodía anterior.

Media hora más tarde advirtió, con gran satisfacción, el caserío de Berndon Falls.

A la entrada de la población había una estación de servicio. El coche también necesitaba alimento.

Butler se detuvo en la gasolinera. Un poco más allá divisó la

satisfactoria fachada de la cafetería. Seguía lloviendo y los cristales estaban empañados por el vapor. El ambiente continuaba siendo triste, deprimente, pero, después de todo lo que había pasado, creyó que se encontraba en una isla tropical bañada por el sol.

Respiró profundamente. El mozo de la gasolinera llenó el depósito y luego se acercó al joven.

—¿Necesita que le mire el aceite, señor?

Butler hizo un gesto negativo.

—No, gracias. Pero me gustaría hacerle una pregunta.

Enseñó un billete de cinco dólares y sonrió.

—Quédese con la vuelta, amigo —añadió—. Oiga, ¿hace mucho tiempo que trabaja aquí?

El mozo sonrió. Era un muchacho de menos de veinte años, de sonrisa franca y expresión amable.

—Toda la vida, señor. Soy el hijo del patrón y trabajo aquí durante mis vacaciones escolares. A mi padre no le gustan los vagos, ¿sabe?

—A nadie le gustan —rió Butler—. Perdone, ¿sabe por dónde puedo ir a Paradise-on-Earth?

Esperó la pregunta con ansiedad. El chico mostró una enorme extrañeza.

—¿Paradise-on-Earth? Lo siento, señor —contestó, meneando la cabeza—. No he oído hablar jamás de esa población. Es más, ni siquiera creo que exista.

CAPÍTULO III

Revisó los últimos documentos y los dejó a un lado. Luego se cogió el puente de la nariz con dos dedos. Reclinado en su sillón, permaneció unos momentos inmóvil.

Había tenido un día de mucho ajetreo. Le convenía trabajar. De este modo, alejaba ciertas imágenes de su mente.

Habían transcurrido ya dos meses y todavía no había podido olvidar la terrible noche pasada en un pueblo que no existía. Pero estaba seguro de que había pernoctado en Paradise-on-Earth.

Sin embargo, el pueblo no aparecía en ningún mapa. Había consultado en distintos lugares donde, en su opinión, podían informarle sobre aquella localidad. El resultado, en todos los casos, había sido idéntico: nadie sabía absolutamente nada de Paradise-on-Earth.

Al fin, dejó de investigar. No quería que acabasen tomándolo por loco. Lo mejor era olvidar aquel suceso. Pero, a pesar de todo, le costaba bastante.

Su secretaria entró y se despidió hasta el día siguiente.

—No se olvide mañana del asunto Carter-Hennings, señor —le recordó.

—Lo tengo muy presente, Betty. Buenas noches y gracias.

—Buenas noches, señor.

Butler quedó en el mismo sitio. De pronto, oyó rumor de voces y una exclamación rebosante de buen humor.

—Betty, usted siempre tan guapa y apetitosa… ¿Que ya tiene marido que se lo diga? Oiga, dígame dónde vive; empezaré a pensar en el crimen perfecto para dejarla viuda…

Sonó una clara risa femenina.

—Señor Herbyson, ¿usted se fija en mí, cuando las tiene a docenas sólo con mover un dedo? Vaya a otra parte a burlarse de una pobre mujer, virtuosa y honesta, enamorada hasta el tuétano de

su marido, y no trate de tentar mi fortaleza. A mi marido y a mí nos encanta la monogamia, todo lo contrario que a usted.

—La verdad, hay gustos que merecen palos —contestó el hombre riendo—. Su marido es un hombre afortunado, Betty. Salúdele en mi nombre.

—Gracias, señor, así lo haré —dijo la secretaria.

La puerta del despacho se abrió segundos más tarde. El visitante apareció sonriendo en el umbral.

—¡Salve, lumbrera del foro, gloria de las leyes, futuro presidente del Tribunal Supremo! —saludó el recién llegado—. ¿Cómo te encuentras, viejo coyote?

Butler sonrió ante la exuberancia de Wade Herbyson, su amigo y cliente, un hombre de unos treinta y cinco años, alto, apuesto, pero con evidentes señales en el rostro de una vida demasiado ajetreada y no precisamente por el trabajo.

—Siéntate, Wade —invitó—. Me encuentro perfectamente, con más trabajo del que podría desear, pero eso nunca es malo.

—Todo lo contrario, es fatal. Pero a ti te encanta trabajar, sumergirte en asuntos complicados, ser el *Champollion* de los casos difíciles, que resuelves descifrando sus jeroglíficos, como si fuesen la piedra de Rosetta…

—Basta, basta ya —cortó el joven riendo—. Gracias por los elogios, pero imagino que no has venido aquí solamente para cepillarme verbalmente. En serio, ¿qué tripa se te ha roto, Wade?

Herbyson cruzó las piernas.

—Verás, me voy de viaje una temporada… Oye, ¿no tienes un trago por ahí?

—¿Bourbon?

—Bueno, vale. —Herbyson alargó la mano y se apoderó de un cigarro de los que había en la tabaquera del despacho. Mordió la punta, la escupió a un lado sin ningún complejo y luego se apoderó de un encendedor de sobremesa—. Yo tengo uno más bonito —rió sonoramente—. Es una pareja que está haciendo… eso, pero de pie. Aprietas las dos posaderas, de modo que se unan el uno con la otra y sale la llama entre las cabezas de los dos.

Butler sonrió, mientras entregaba el vaso a su amigo.

—Sí, eres especialista en esos chismes —convino.

—Pero me gusta más la realidad —dijo Herbyson—. Jim,

necesito que te ocupes de mis asuntos durante una temporada.

—Lo estoy haciendo normalmente —se sorprendió Butler.

—Ya, ya lo sé, pero en esta ocasión es algo distinto. Normalmente, como dices, si hay alguna dificultad, me la consultas. Siempre sabes dónde encontrarme, aunque a veces te cueste un poco.

—¿Y bien? ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Viajas a Marte y desde allí no podrás telegrafiarme?

—No, hombre, ni mucho menos. Me iré más cerca… pero no puedo decirte el punto de mi destino. —De pronto, Herbyson se puso serio—. Jim, me ausento por consejo del médico.

Butler se alarmó. Realmente, y a pesar de su juventud, Herbyson mostraba en su rostro las señales de una vida muy agitada. Había heredado una inmensa fortuna y se decía de él que tendría que gastar mil dólares por segundo ininterrumpidamente, durante varios años, para arruinarse totalmente. La gente exageraba; pero, ciertamente, Herbyson no era un pobretón y, salvo los estudios universitarios, no había vuelto a dar golpe.

Era el espécimen típico del *play-boy*. De él se contaban mil aventuras sentimentales, algunas son mujeres mundialmente famosas. De otras se mencionaba su inaccesibilidad, hasta que los argumentos de Herbyson, basados no sólo en su encanto personal, sino también en su dinero, permitían el asalto a la fortaleza. A Butler no le extrañó, por tanto, que la salud de su amigo empezara a resentirse.

—Vas a una clínica especial, supongo —dijo.

Herbyson hizo un gesto afirmativo.

—Estoy plenamente de acuerdo con el matasanos que me atiende. Me convienen unas semanas de absoluto descanso, de vida sana y morigerada, sin alcohol, sin mujeres, sin tabaco… largos paseos por el campo, aire puro, comida sencilla, sin complejidades, sin especias…

—Si haces eso, en menos de dos meses, te pondrás como un toro joven —sonrió Butler—. Pero como haya enfermeras…

—La más joven tiene la edad de mi abuela —contestó Herbyson alegremente—. Bueno, tienes carta blanca para manejar mis asuntos. Todo irá bien, espero, aunque de cuando en cuando

recibirás las facturas del médico.

—Wade, soy tu abogado. Creo que tengo derecho a saber dónde te internas.

—Lo siento. En eso estoy de acuerdo con el médico. Nadie debe saberlo. La discreción es el elemento principal para recuperar la salud.

—A pesar de todo…

—No insistas, Jim. Las cosas están así y no pienso ceder en ese aspecto. Si necesitase dinero, ya telegrafiaría al banco o te enviaría un despacho. Pero al lugar donde voy a ir, sin centros de diversión, ¿para qué necesito el dinero?

—Muy bien, como dispongas —se resignó Butler—. Así que dos meses…

—Nueve semanas exactamente, a contar de mañana mismo. Pero, mientras tanto, ¿por qué no aprovechas para acompañarme y celebrar conmigo esta especie de despedida de la buena vida?

—De acuerdo, Wade. Ah, una cosa. ¿Dónde te busco, pasadas las nueve semanas?

Herbyson lanzó una sonora carcajada.

—Ya tendrás noticias mías —contestó.

Apuró el *whisky*, apagó el cigarro en el cenicero y se puso en pie.

—En el peor de los casos, Jim, recuerda que tengo un testamento otorgado hace algunos meses. No me pasará nada, insisto, pero si ocurriese algo, rechaza cualquier otro testamento, a menos que yo lo presente en persona.

—Muy bien, así se hará… se haría, si fuese necesario, cosa que no llegue a ocurrir.

La noche fue muy movida. Herbyson se divirtió como si quisiera concentrar en unas pocas horas, toda la austeridad a que iba a estar sometido durante nueve semanas. Cerca del amanecer, Herbyson estaba que no podía tenerse en pie.

Butler tuvo que llevarlo casi en brazos hasta su coche. Cuando cruzaban la acera, tropezaron con una mujer.

—Dispense, muñeca… —dijo el borracho tartajosamente.

Ella se detuvo un instante. Luego miró sonriendo a Butler.

—La ha pescado buena —comentó.

—De campeonato —repuso el joven—. Perdone la molestia, señorita.

La mujer alargó el cuello. Era joven, muy bonita, de graciosa figura. A Butler no le pareció una buscona. «Aunque hoy en día, vete a saber…», pensó, mientras se esforzaba por empujar a Herbyson al interior de su coche.

—Oiga —dijo la chica—, ese tipo, ¿no es Wade Herbyson, el *play-boy*?

—Así le llaman, señorita. Pero son exageraciones de la gente.

—La gente tiene razón, salvo en una cosa. Debería estar rodeado de mujeres y le veo en compañía de un hombre. ¿Se ha pasado al otro bando?

Butler se quedó con la boca abierta. Antes de que pudiera decir algo, la joven se había perdido ya en la oscuridad.

—Vaya frescura —se indignó—. Decir que Wade y yo…

Procuró calmarse y entró en el coche. Dejó a Herbyson en su casa sin que su amigo se enterase siquiera dónde estaba, y regresó a la suya.

Maldijo entre dientes. A las diez tenía un juicio y apenas le quedaban cuatro horas para descansar un poco y sentirse fresco y con ánimos para rebatir los argumentos de su adversario en el tribunal.

* * *

Dos semanas más tarde, Butler recibió una factura por conducto del banco. Había llegado en el correo, abierto por Betty, y se escandalizó al conocer su importe.

—Sesenta mil dólares —barbotó—. Algunos médicos deberían estar en un manicomio…

—El médico que percibe esos honorarios no está loco precisamente —observó la secretaria con mordacidad—. Sesenta mil dólares, por dos semanas de tratamiento, a treinta mil por semana, son casi cuatro mil trescientos por día, más de ciento setenta y ocho la hora, tres dólares el minuto…

—Basta, no siga —cortó Butler. Leyó el membrete de la factura, pero se extrañó de ver solamente el nombre del médico—. ¿Ha oído hablar alguna vez del doctor R. S. Winter?

—Nunca, ni palabra, señor.

Butler apretó los labios.

—Wade me ordenó que atendiera las facturas del matasanos sin

rechistar, pero, a pesar de todo…

—El señor Herbyson es un hombre rico. Hay muchos médicos que aprietan las clavijas a los pacientes ricos, para luego poder atender a los pobres. Tal vez Winter sea uno de ellos —opinó Betty.

—Tal vez —convino Butler, que no había abandonado aún su expresión ceñuda—. De momento, le concederemos el beneficio de la duda. Ya veremos a ver qué pasa en la siguiente factura.

—Sí, señor.

—Y otra cosa, Betty. ¿Dónde diablos tiene su consultorio el doctor Winter? Aquí, en la factura, no figuran ni el domicilio, ni siquiera un número de teléfono o un apartado de Correos para recibir la correspondencia. ¿No le parece demasiado extraño?

—A mí se me ocurre una idea, señor —dijo la secretaria.

—Hable, por favor.

—Es una clínica para ricos, para gente famosa, en suma. No quieren publicidad, lo cual significa molestias para los pacientes. Imagínese: periodistas, fotógrafos…, acaso fans y admiradores, si se trata de un astro de la pantalla… o una estrella, claro.

—Sí, en todo eso, estoy de acuerdo. Pero alguien tendría que conocer el paradero del cliente internado en esa clínica, alguien que no divulgara el secreto. Yo no diría nada a nadie si supiera el lugar donde está Herbyson, ¿no le parece?

—Bien, es lógico que piense así, pero las cosas fueron dispuestas de otro modo. No se preocupe y pague; al señor Herbyson le sale el dinero hasta por las orejas.

Butler asintió preocupadamente. La cosa no le gustaba en absoluto. Precisamente porque era su amigo, no quería que nadie se aprovechase de él ni de su inmensa fortuna. Entendía que era razonable una elevada factura, pero aquélla, de todos modos, le parecía exagerada.

Betty se marchó y él se sumió en el despacho de la correspondencia, haciendo anotaciones en las cartas que debían ser contestadas por la secretaria. De pronto, cuando más distraído estaba con su tarea, oyó una fuerte exclamación en el antedespacho. La puerta había quedado entreabierta y pudo percibir el tono de sorpresa de su secretaria.

Levantó la voz:

—¡Betty! ¿Ocurre algo?

La secretaria entró, con una tarjeta en la mano.

—He encontrado esto, señor —exclamó—. Perdone que no se lo dijera antes, pero es que lo había olvidado por completo. Se le cayó al señor Herbyson el día que estuvo aquí y me di cuenta de que, al revolotear, iba a parar debajo de una mesa. Pensé en recogerlo luego, pero yo me marchaba, el señor Herbyson estaba con sus bromas y lo olvidé por completo. Ahora se me cayó un lápiz debajo de la mesa y al agacharme para recogerlo, vi la tarjeta…

—Seria una de las que él usa, aunque en raras ocasiones —supuso Butler.

—No, señor —contradijo Betty—. Lea usted mismo, por favor.

Butler cogió la tarjeta y leyó:

Dr. R. S. WINTER
CLÍNICA DE RECUPERACIÓN PSICOSOMÁTICA
PARADISE-ON-EARTH

CAPÍTULO IV

Era un excelente medio de recobrar la salud, se dijo Herbyson, mientras se llevaba a los labios la copa de champaña que le había servido aquella encantadora rubia, que le atendía casi desde el primer momento de su llegada.

La rubia se llamaba Bonnie y era muy distinta de las asexuadas enfermeras que había esperado encontrar a su llegada a la clínica. Pero Bonnie no estaba sola.

Sissy era morena y tan ardiente como aquélla, aunque distinta físicamente. Bonnie era alta, de senos rotundos y amplias caderas, una verdadera walkyria, aunque sin mengua de su esbeltez. Sissy era menuda, delgada como una anguila, pero con cada curva propia de una mujer en su sitio.

Y luego, la pelirroja Pearl, alta, también delgada, de rostro enigmático y labios voluptuosos, conocedora de la más refinadas artes amorosas. Pearl sabía cómo recorrer con las yemas de los dedos el cuerpo de un hombre sin rozarle apenas, llegando a los más recónditos lugares, para hacerle convulsionarse de pasión antes de llegar al clímax estallante y agotador, que a su lado se repetía casi sin interrupción…

Bonnie era más brusca, casi directa; no le gustaban los rodeos, pero no por ello resultaba menos apasionada. Sissy actuaba casi en silencio, sin apenas movimientos, pero con un profundo conocimiento de las mejores formas de placer. Herbyson pensaba que, si le dieran a elegir, no sabría con cuál de ellas quedarse.

—Os compraré a las tres —gritó de repente, acariciando codiciosamente y sin distinción senos turgentes y tersas y redondas caderas.

Bonnie le besó violentamente. Sissy se tendió sobre su pecho y dejó que le acariciase los senos.

Pearl estaba sentada, con la cabeza de Herbyson en su cálido

regazo, pasándole la mano por la frente. Los senos de la pelirroja eran picudos, como pequeñas montañas jóvenes no gastadas aún por la erosión de los tiempos. Herbyson alcanzó con los labios uno de aquellos vértices y lo mordisqueó codiciosamente.

—Qué manera de recobrar la salud —se dijo.

Porque lo cierto era que, en las tres semanas que llevaba en la clínica, se había sentido mucho mejor. Casi desde el primer día, había sentido un apetito voraz. El doctor Winter hizo que le alimentasen poco menos que sin tasa. En tres semanas, Herbyson aumentó quince kilos.

Uno de sus platos favoritos eran las ciruelas cocidas con *whisky* y azúcar. Las tomaba casi a todas horas, incluso en el desayuno. Las ciruelas eran exquisitas, realmente ambrosía, pero el *whisky* resultaba néctar que habría hecho quedar en ridículo al de los dioses del Olimpo.

Trajeron la cena. Un impasible camarero, de rostro pétreo y vestimenta impecable, llegó con una mesa magníficamente provista. Riendo y gritando, el cuarteto, Herbyson y las tres mujeres, se precipitaron sobre los platos. El camarero se retiró sin pronunciar una sola palabra.

Winter aguardaba en el cuarto vecino. Era un sujeto de mediana estatura, fornido, pero no demasiado corpulento y con el rostro curiosamente aniñado, lo que le hacía resultar inmediatamente atractivo para cualquier persona que lo veía por primera vez. El camarero medía diez centímetros más de estatura y tenía la cara de palo. Parecía que no podía sonreír.

Los dos hombres cambiaron una mirada. El camarero asintió:

—En mi opinión está listo, doctor.

—Bien, Drury —dijo Winter—. ¿Han sido enviadas las invitaciones?

—Sí, doctor.

—¿Fecha?

—Pasado mañana. La carne debe orearse veinticuatro horas y luego permanecer en maceración con hierbas aromáticas otras veinticuatro horas.

—Perfecto, Drury. Entonces, ¿cuándo actuamos?

—Esta misma noche, doctor.

Winter sonrió y puso una mano en el hombro del sujeto.

—Eres un fiel servidor —dijo—. Por mucho que te dé, nunca conseguiré recompensarte suficientemente.

—Gracias, doctor; me siento bien pagado con saber que puedo actuar a su lado.

—Muy amable de tu parte, Drury. Ah, por favor, prepara todo el instrumental.

—Sí, doctor.

—Y… procura mejorar el golpe. No debemos hacer padecer innecesariamente a… al plato fuerte de la reunión de pasado mañana.

—He estado entrenándome, doctor —contestó Drury, a la vez que realizaba una profunda inclinación—. No habrá sufrimientos innecesarios esta vez.

Los dos hombres se separaron. En la estancia contigua, continuaba la orgía.

Herbyson bebió demasiado, estimulado por las tres mujeres, y acabó quedándose dormido como un tronco. Cuando lo vieron sumido en su sueño, Bonnie, Susie y Pearl recobraron sus ropas, se vistieron y salieron de la habitación.

Mucho más tarde, alguien despertó a Herbyson y le hizo tomar un estimulante. En realidad, contenía una sustancia hipnótica, pero él no lo sabía.

Estaba despierto y, sin embargo, se sentía incapaz de hacer otra cosa distinta de lo que le ordenaban. Vagamente se dio cuenta de que ponían ante él numerosos documentos. Una voz le ordenó que firmase. Su mano estaba insegura y la misma voz le recriminó ásperamente.

—Mantenga el pulso firme, señor Herbyson.

—Sí… Sí, señor —contestó el sujeto tartajosamente.

Al terminar, se desplomó sobre un montón de almohadones. Ni siquiera se dio cuenta de que varios brazos lo levantaban en vilo y lo conducían a otro lugar distinto.

Al cabo de unos minutos, abrió los ojos. Estaba desnudo, en pie, en una habitación de paredes blancas, embaldosadas, con el suelo liso y ligeramente inclinado a un lado, formando una especie de canal que terminaba en un agujero situado a ras del suelo. Miró a derecha e izquierda. Sissy le sostenía por un brazo. Pearl le sujetaba por el otro y, entre las dos le mantenían en pie.

El doctor Herbyson estaba frente a él. Bonnie, arrodillada, le rasuraba cuidadosamente el pubis.

—Pero… ¿qué pasa aquí…? —gritó trabajosamente—. ¿Qué están haciendo conmigo?

—No tema, amigo mío —dijo Winter amablemente—. Esto forma parte del tratamiento. No se preocupe, va a resultar una operación absolutamente indolora.

—¿Una operación? ¿Quiere decir… quirófano y todas las demás cosas?

—Algo por el estilo, señor Herbyson. No se preocupe, no se preocupe… Por favor, baje la cabeza un poco.

—Espere, doctor. Quiero que me explique lo que está pasando. —Herbyson empezaba a recobrar la consciencia rápidamente—. Dígame qué significa eso que cuelga del techo…

Winter levantó la mirada un poco y contempló el artefacto que pendía de una polea.

—Ah, es un gancho de carnicero. Se necesita, claro —contestó.

Herbyson sintió de repente un miedo espantoso. Presintió lo que iba a sucederle, pero no tuvo tiempo de reaccionar.

Winter puso una mano sobre su frente. Bonnie se había levantado ya.

—Baje un poco la cabeza, señor Herbyson… Bájela, por favor… Bájela… ¡ASI!

Drury estaba detrás del paciente y empuñaba un estilete de acero. Levantó la mano y golpeó con fuerza, secamente, con toda decisión.

El cuerpo de Herbyson sufrió una violentísima sacudida. Pero ya no hizo el menor movimiento. La sensación de dolor que el puntillazo envió a su cerebro duró fracciones de segundo. Sus rodillas se doblaron y las mujeres le soltaron, por lo que cayó al suelo inmediatamente.

Los pies se agitaron todavía espasmódicamente durante unos segundos. Luego, todo fue quietud.

—Un golpe realmente certero, Drury —alabó Winter.

—Gracias, doctor. El entrenamiento no ha sido inútil —sonrió el camarero.

Estaba inclinado sobre el cadáver y ató los tobillos con un delgado cable de acero. Luego hizo bajar el gancho que pendía de la

polea. Winter hizo un blando ademán.

—Salgan, chicas, su tarea aquí ha terminado ya.

Las tres mujeres abandonaron la sala. Winter se acercó a una mesa en la que había ciertos instrumentos de brillante metal, muy afilados.

—Ésta es la parte más desagradable del asunto —dijo, mientras se acercaba al cadáver que pendía del gancho, cabeza abajo.

—Pero necesaria, doctor —apuntó Drury.

—Oh, sí, claro, imprescindible, desde luego.

Winter trazó una raya con el bisturí, desde el pubis al esternón. Luego apoyó el filo en el cuello de Herbyson.

—Ah, doctor —exclamó Drury de pronto—. Mañana tendría que ir a Berndon Falls. Necesito algunas cosas que me son imprescindibles.

—¿Sí?

—Sí, señor. Además, y si me lo permite, invitaré a Billy Boy. Nos ha resultado muy útil en distintas ocasiones. El chico está ansioso de participar en uno de nuestros festines.

—Puede que su estómago delicado no lo resista, Drury.

—Entonces… vendría aquí, doctor —aseguró el camarero. El bisturí hendió la garganta de Herbyson y la sangre brotó violentamente.

* * *

—En mi opinión, esto es lo mejor que se puede hacer, señor Farnley —dijo Butler—. Si no está conforme, si discrepa de mi dictamen, puede consultar a otros abogados. Modestia aparte, creo que todos le dirán lo mismo. A menos —rió cortésmente—, que vaya a consultar a los abogados de su demandante.

—No lo haré así —contestó el cliente, sonriendo satisfecho—. Con sinceridad, creo que la solución que usted me propone es la mejor. Iré a visitar al demandante y le expondré el caso con toda crudeza, planteándole la cuestión sin omitir detalle. Luego, él tomará una decisión… y acudirá o no a los tribunales, según lo estime más conveniente.

—Perderá —aseguró Butler.

—Sí, eso creo.

Farnley metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y extrajo la libreta de cheques. Un papel salió al mismo tiempo y

revoloteó un poco antes de caer sobre la mesa, casi en las manos de Butler.

El joven lo recogió, pero casi antes de que tuviera tiempo de tocarlo, Farnley se lo arrebató de un manotazo.

—Perdone, no quise molestarle —se disculpó Butler.

Farnley estaba terriblemente pálido, observó el joven. Había podido ver algunos renglones escritos en el papel. Se referían a una fiesta campestre. La palabra barbacoa, con letras mayúsculas, resaltaba nítidamente en lo que parecía una invitación.

—Le gustan las comidas al aire libre —sonrió.

Haciendo un terrible esfuerzo, Farnley sonrió también.

—Sí, es una reunión entre amigos. Uno de ellos cazó un venado y lo comeremos al estilo antiguo, asado en una hoguera —contestó.

—Le envidio, sinceramente. Pero ¿qué es lo que va a hacer? —exclamó Butler de repente.

—Hombre, firmar un cheque… Sus honorarios…

Butler se acercó al hombre y lo empujó suavemente hacia la puerta.

—Vamos, vamos, no se preocupe —dijo cortésmente—. Ya le enviaré la minuta cuando su caso haya quedado totalmente resuelto. Repito, váyase tranquilo, señor Farnley.

—Gracias, amigo Butler. Volveré a verle pronto, con la respuesta del demandante.

—Muy bien. Ah, y disfrute de su venado.

Farnley estaba en la puerta y se puso serio nuevamente. A Butler no dejó de extrañarle aquella serie de súbitos cambios de actitud.

Betty entró a los pocos momentos, con una libreta de notas en la mano.

—Señor Butler, había tomado hora para una cliente, pero no ha acudido, ignoro los motivos. Es la señorita Karen Adams y ya debía estar aquí.

—Quizá venga más tarde. No tengo más visitas, ¿verdad?

—Hoy no, señor. ¿Hago pasar a la señorita Adams cuando llegue?

—Sí, desde luego. Por cierto, fue usted quien concertó la entrevista. ¿Le dio algún motivo por teléfono?

—Sólo mencionó vagamente algo respecto a una herencia…

—Muy bien, si viene, la recibiré de inmediato.

—Oiga, ¿qué le pasaba al señor Farnley? Salió pálido como un difunto… ¿Ha oído algo desagradable?

—No, en absoluto. Es más, le he dado buenas noticias. Lo único que sucede es que va a asistir a una barbacoa en el campo.

—¡Jesús! Eso no es para quedarse sin sangre en la cara —rió la secretaria—. ¿Se lo dijo usted?

—Bueno, él tenía la invitación en el bolsillo, se le cayó accidentalmente y yo la recogí. Pude leer un poco, algo sobre una barbacoa y entonces fue cuando se puso lívido. No sé por qué; a fin de cuentas, se trata de un venado cazado por un amigo suyo.

—Pues parecía como si estuviese lleno de pánico. Cualquiera diría que se van a comer al amigo en lugar del venado —dijo Betty jovialmente.

—Hoy día no hay antropofagia —contestó Butler.

—Es cierto. Nos devoramos unos a otros, pero por distintos procedimientos —contestó la secretaria con sorna—. Bueno, voy a continuar con mi tarea.

Betty se alejó, rezongando algo acerca de los clientes que pedían una hora y luego se mostraban totalmente indiferentes hacia la puntualidad en las citas. Butler la contempló sonriendo, meneó la cabeza y luego volvió a enfrascarse en su tarea.

Recordó a su amigo Herbyson y, de repente, sintió una inexplicable inquietud. Ya habían transcurrido tres semanas y no tenía noticias suyas. Claro que tampoco las esperaba, pero, de todos modos, le habría gustado saber cómo iba su estancia en la clínica psicosomática del doctor Winter.

De pronto, se le ocurrió una idea. Levantó el teléfono interior y llamó a la secretaria.

—Betty, trata de encontrar el número del Colegio de Médicos. Quiero saber quién es y a qué especialidad se dedica un médico llamado, R. S. Winter.

—Sí, señor. ¿Le corre prisa?

—No, hágalo cuando tenga un minuto libre.

—De acuerdo.

Butler volvió al trabajo. Betty no le dijo nada aquel día y él se olvidó de que deseaba conocer detalles del doctor que atendía a su amigo.

* * *

La muchacha estaba en pie, junto a su coche, aguardando a que le correspondiese el turno de ser atendida. A pocos pasos de distancia, había una gran ranchera Chevrolet, con matrícula de Maine.

El mozo de la gasolinera era un chico muy joven, casi barbilampiño. Parecía amable y cortés, pensó Karen Adams. Sí, él le diría lo que deseaba saber.

El conductor de la ranchera parecía muy ocupado en dar masaje a un cigarro, que encendería más tarde. Era un hombre alto, fornido, de rostro duro, inexpresivo. Karen se preguntó si el sujeto tendría algún defecto en los músculos de la cara o era que no lo había aprendido. No sonreía para nada. Era un rostro tétrico, casi siniestro. «Vamos, de película de miedo», pensó Karen.

El mozo terminó de llenar el tanque y citó una cifra. Drury sacó unos billetes.

—Billy Boy, mañana, a las nueve —dijo.

—Sí, señor.

Karen observó que el muchacho se ponía colorado como un tomate. «A ver si esos dos son…», se dijo burlonamente. El hombre maduro y el adolescente, una perfecta combinación para ciertas desviaciones.

—Es tu primera vez, ¿verdad? —dijo Drury.

—Sí, señor.

—Para ti, es un premio, no lo olvides. Ya sabes lo que tienes que decir si te preguntan sobre el tema.

—Descuide, señor; no existe, no ha existido jamás.

Drury palmeó los hombros del muchacho.

—Bravo, Billy Boy, así me gusta. Sé puntual, ¿estamos?

—Descuide, señor Bolton.

El hombre de la cara seria se marchó. Billy Boy se acercó a la joven.

—¿Señorita…?

—Llene el depósito, por favor.

—Sí, al momento.

El muchacho se aplicó a la tarea. Cuando terminó, Karen le entregó un billete de diez dólares.

—Billy Boy… Perdone, sin querer he oído ese nombre. Supongo que es el suyo.

—Sí, señorita —contestó el muchacho con una sonrisa franca, tremendamente atractiva—. El apellido es Jeppson, para lo que guste mandar. Lo tiene allí, sobre la entrada a la cafetería. Es de mi padre, ¿sabe?

—Lo celebro, Billy Boy. Permítame una pregunta, por favor.

—No faltaría más, señorita. Lo que usted desee.

—¿Conoce el camino de Paradise-on-Earth?

Billy Boy puso cara de asombro inmediatamente.

—¿Ha dicho Paradise-on-Earth, señorita?

—Sí, exactamente. Quiero ir a esa población…

—Lo siento, señorita.

—¿Qué ocurre, Billy Boy? —preguntó Karen.

—Temo que la han engañado, si es que alguien le mencionó ese pueblo —dijo el chico.

—¿Es que no se puede ir a Paradise desde aquí?

—Desde ningún sitio, señorita. Paradise-on-Earth no existe.

Karen asintió, diciéndose que había cometido una tontería al tratar de buscar el pueblo por sí misma, en lugar de encomendárselo al abogado recomendado por un buen amigo.

Hablaría con A. J. Butler, se propuso sin vacilar.

CAPÍTULO V

La carne estaba tierna, jugosísima. Farnley cortó un trozo y se lo llevó a la boca, saboreándolo con los ojos entrecerrados. A su lado, una dama pechugona, que ya había dejado atrás los cuarenta años, parecía sumida en éxtasis.

—Incomparablemente mejor que el otro —dijo—. ¿No le parece, señor Farnley?

—Estoy de acuerdo con usted, señora Beame —contestó el interpelado—. La ceba de ciruelas con *whisky* le confiere un gusto exquisito. —Farnley adelantó el torso y se dirigió hacia la presidencia de la mesa—. Felicitaciones al chef, doctor —añadió.

Winter contestó con una gentil inclinación de cabeza.

—Así se lo comunicaré, señor Farnley —contestó—. Mi deseo más ferviente es que ninguno de los presentes quede defraudado esta noche. Billy Boy, ¿cómo te sientes, hijo?

El chico tenía la boca llena y tardó unos segundos en contestar, hasta que pudo conseguir que el bocado pasara garganta abajo.

—Muy bien, señor; nunca había disfrutado tanto…

Winter sonrió benignamente.

—Conviene que haya una pizca de juventud en nuestro club, tan exclusivo. Billy Boy es uno de nuestros miembros honorarios más apreciados, por su constante colaboración en nuestras fiestas. Gracias, Billy Boy, en nombre de todos.

—A usted, doctor —contestó el chico.

Billy Boy se sentía en la gloria. Fuera reinaba un tiempo infernal; llovía y soplaba un viento realmente desapacible.

Pero en el interior de la casa, en el gran salón, el ambiente no podía ser más agradable.

La cristalería despedía vivos destellos, bajo la luz de la gran lámpara. Los cubiertos eran de plata y los manteles del más fino hilo. La vajilla era de Meissen auténtica, con delicados dibujos de

flores silvestres. En la chimenea ardían unos troncos, que ponían la nota acogedora a la reunión.

Hombres y mujeres iban vestidos de fiesta, ellos con traje negro y ellas con largos vestidos de grandes escotes. Billy Boy vio fijas sobre sí las miradas de la dama pechugona situada junto a Farnley.

Ella le sonrió en cierta ocasión. Billy Boy se pasó un dedo por el cuello de la camisa. «Me dobla la edad, pero ¿qué diablos…? Un día es un día y como se deje…», pensó, excitado por la comida y el vino.

Bonnie, Sissy y Pearl servían la mesa, correctamente ataviadas con vestidos negros, cofias blancas y cuello, puños y delantal también blancos. Las faldas, sin embargo, eran más bien cortas, aunque no exageradas, lo que les permitía lucir las piernas, cubiertas por tensas medias de seda negra.

El plato fuerte del menú era asado. Los comensales reían y cuchicheaban entre sí. Uno de ellos, sin embargo, parecía muy serio, como si se encontrase a disgusto en la reunión.

De pronto, alguien hizo una pregunta:

—Doctor, ¿qué edad tenía la pieza?

—Oh, unos treinta y cinco años, aproximadamente. Aún no había tenido tiempo de endurecerse. Además, mi tratamiento, ablandó las partes más fibrosas, como, sin duda, ha tenido ocasión de comprobar.

—¿Más jóvenes no es posible, doctor?

—En mi opinión, amigo mío, es preciso aceptar lo que se puede conseguir sin riesgo. De todas formas, si la ocasión se presenta, no lo dude; en la próxima reunión, serviremos una pieza con menos años.

El hombre que estaba serio alzó la cabeza repentinamente.

—Perdone, amigo, pero nunca había oído hablar de una vaca con treinta y cinco años —exclamó.

Sonaron algunas risas benévolas.

—Hombre, por favor, ¿quién le ha dicho que esto es una vaca? —preguntó Winter.

—Bueno, es lo que yo pensé…

—Perdone usted, señor Molner…

—Dispénseme usted, doctor, yo no soy Molner. Mi nombre es Henry Field. Soy amigo de Grant Molner y él me pasó su invitación.

Dijo que me divertiría muchísimo y que no lamentaría haber acudido a este lugar.

Las palabras de Field provocaron un silencio absoluto. El rumor de la lluvia irrumpió en el salón.

Field se sintió incómodo repentinamente. Todos los ojos de los presentes estaban fijos en él.

—¿Qué pasa? —exclamó—. No es la primera vez que un hombre toma el puesto de otro para acudir a una fiesta. Conozco casos en que incluso han ocupado el lugar del marido en el lecho conyugal…

La broma de Field no causó el menor efecto en los comensales. El sujeto se dio cuenta de que los rostros tenían una expresión hostil que no se molestaban en ocultar.

Bajó la mirada y contempló el trozo de carne que tenía en el plato. De repente, sintió una arcada que le convulsionaba el estómago y se puso en pie.

—Oh, no, no… Dios, esto no es posible…

Winter se levantó también.

—Por favor, señor Field —rogó—. Pearl, avisa a Drury; dile que vaya a mi despacho inmediatamente, con el medicamento apropiado para estos casos.

—Sí, doctor, ahora mismo.

Winter pasó una mano por los hombros de Field y lo empujó suavemente fuera del salón.

—Venga, amigo mío —dijo persuasivamente—. No haga caso de lo que ha oído. Somos un conjunto de amigos muy dados a la broma. ¿Cómo se nos iba a ocurrir una barbaridad semejante?

Winter abrió una puerta y empujó suavemente al sujeto.

—Solemos gastar esta clase de bromas a los novatos y el señor Molner lo era. Por eso pensamos que usted era él.

Field se revolvió bruscamente.

—Eso no cuela. Molner me dijo que había asistido a muchas reuniones de este calibre, pero jamás mencionó una broma semejante. ¡Eso no ha sido una broma, doctor Winter!

—Por favor, no se excite, amigo mío… Deje que siga explicándole…

—No tiene nada que explicarme; lo he comprendido todo desde el primer momento.

Esto es un club podrido, una asociación de gentes con la mente

perdida, extraviada en los placeres más depravados…

Mientras Field hablaba con enorme virulencia, la puerta se abrió. Drury apareció en el umbral.

Por encima de los hombros de Field, Winter le dirigió una mirada. Drury asintió.

—Haré que la Policía venga aquí…

Drury descargó un tremendo golpe con el estilete. La voz de Field se cortó bruscamente.

Luego, los dos hombres contemplaron el cuerpo que yacía en el suelo. Apenas había sangrado.

—Tendremos que guardarlo en frigorífico —murmuró Winter.

—Servirá para otra ocasión —rió Drury.

—Está bien, cuídate de él.

—Sí, doctor.

Winter regresó al comedor. Extendió las manos, sonriente.

—Todo arreglado, amigos míos —exclamó—. El buen Henry Field ha reconocido su error. Ha sufrido un ligero mareo, pero pronto se recobrará. Sigamos, comamos, bebamos… ¡Disfrutemos de este paraíso!

Las copas volvieron a llenarse. El hombre llamado Field había estado junto a Billy Boy. De repente, el chico se encontró junto a la dama pechugona.

Ella le guiñó un ojo.

—Arriba hay habitaciones —siseó.

Billy Boy le pellizcó una de las rotundas nalgas. Ella soltó una risita.

Uno de los invitados se inclinó hacia Winter.

—Doctor, ¿cuál de las camareras está incluida en la cuenta? —preguntó.

Winter hizo un amplio ademán.

—Elija a su gusto —contestó—. Pero no están incluidas en la factura. Se considera como un extra…

El hombre rió alegremente y sacó un grueso fajo de billetes.

—Dígame el importe de ese extra, doctor.

Una pareja desapareció de repente. Un hombre se acercó a Sissy y le dijo algo al oído. Sissy sonrió, asintió y echó a andar fuera del comedor.

La dama pechugona alzó la voz:

—Doctor, ¿tengo mi habitación de costumbre?

—Por supuesto, señora Beame —contestó Winter.

Eva Beame se volvió hacia el chico.

—¿Billy Boy?

Billy Boy la siguió sin vacilar. La verdad, se dijo mucho más tarde mientras reposaba al lado de aquella ardiente cuarentona, merecía la pena negar la existencia de Paradise-on-Earth a cualquiera que preguntase por aquella población. Había asistido a una fiesta única y todo ello sin gastar un solo centavo. Los invitados habían pagado unas facturas enormemente altas. El doctor Winter se había embolsado aquella noche lo menos cien mil dólares.

A su lado, Eva Beame suspiró. Billy Boy se inclinó hacia ella y empezó a mordisquearle los labios. Ella despertó y le abrazó repentinamente.

Sí, se dijo el chico, mientras ardía de pasión en los brazos de la cuarentona, valía la pena negar la existencia de Paradise-on-Earth.

Más tarde, se preguntó qué habría sido de Henry Field. No le importó en absoluto.

Fuera, la lluvia continuaba cayendo incesantemente.

Pero en otro lugar de la casa, manaba la sangre.

* * *

—Lo siento, señor Butler. No he podido conseguir el menor detalle acerca del doctor Winter.

Butler contempló unos instantes a su secretaria.

—¿Está segura, Betty? —dijo al cabo.

—Donde están seguros es en el Colegio de Médicos. Jefe, ¿está usted seguro de que es el doctor Winter…?

—Betty, recuerde, tenemos una factura con su nombre en el membrete.

—Es verdad. Bien, puede que esto le cueste un pico, pero, a fin de cuentas, podrá añadirlo a la minuta de su cliente. Mike Danvers se está ocupando de enviar cincuenta telegramas a otros tantos Estados de la Unión, a cincuenta Colegios Médicos para ver si en alguno de ellos figura inscrito el doctor Winter. Me ha parecido que debía hacerlo así.

—No se lo reprocho, Betty. Bien, espero que esos telegramas den pronto su fruto. Dígale a Mike que me avise inmediatamente que tenga una respuesta, cualquiera que sea y a cualquier hora del día o

de la noche.

—Sí, señor. Le preocupa su cliente, ¿verdad?

—Mi amigo —puntualizó Butler—. No sé, puede que realmente necesitase un tratamiento de recuperación física… pero, psíquica, lo dudo mucho.

—¿Cree que en esa clínica…?

—Bueno, lo dice el membrete: «Clínica Psicosomáticas "Psique", la mente; "soma", el cuerpo». Herbyson lo tiene muy ajetreado, pero su mente funciona a la perfección.

—Quizá traten separadamente dolencias del cuerpo y de la mente. Quiero decir que admiten pacientes enfermos corporalmente y otros con la sesera revuelta.

Butler sonrió al escuchar la pintoresca respuesta de su secretaria.

—Sí, es posible. Bien, dígale eso a Mike. Necesito conocer la respuesta cuanto antes.

—Descuide, jefe.

El timbre de la puerta sonó en aquel momento. Butler hizo un gesto con la mano.

—Llaman, Betty.

La secretaria asintió. Butler se quedó pensativo. No le gustaba lo que había hecho Herbyson. Le resultaba imposible encontrar un motivo para aquel desagrado, pero presentía que había algo que no marchaba como debiera.

Betty tocó de pronto con los nudillos en la puerta.

—Perdón, señor —dijo—. La señorita Adams.

—Muy bien, hágala pasar, por favor.

Betty terminó de abrir la puerta y se echó a un lado. Una hermosa muchacha entró en el despacho con paso resuelto. Vestía elegantemente, pero con gran discreción. El pelo era de color rubio oscuro, muy brillante, como un casco de oro viejo. El rostro poseía unos rasgos firmes, muy atractivos.

—Soy Karen Adams —se presentó.

—A decir verdad —contestó Butler—, empezaba ya a pensar que usted era un ente inmaterial y que nunca llegaría a corporeizarse. Por fortuna, veo que es un ser de carne y hueso… realmente encantador. ¿Quiere sentarse, por favor? ¿Puedo servirle una taza de café?

—No, muchas gracias —dijo Karen, a la vez que ocupaba el

butacón situado frente a la mesa de despacho—. Le ruego dispense mi tardanza, pero ha sido inevitable. Lo comprenderá dentro de unos momentos cuando le explique mi problema.

—Muy bien, adelante, señorita Adams. ¿De qué se trata?

—He descubierto, casi repentinamente, que soy la dueña de una propiedad en un lugar que no había oído hasta ahora y deseo que usted se ocupe de todos los trámites legales, para que tal propiedad sea efectiva plenamente.

—Tendrá documentos, supongo.

—Sí, en efecto. Es una casa bastante antigua, según esos documentos, construida a finales del siglo XVII, en una población llamada Paradise-on-Earth.

CAPÍTULO VI

Sobrevino un espacio de silencio. Butler, con los codos apoyados en la mesa y las manos juntas, miraba fijamente a la muchacha.

Ella se sintió extrañada de la actitud del abogado.

—¿Qué le sucede? ¿He dicho algo inconveniente? —preguntó.

—No, en absoluto —respondió Butler—. Ha mencionado el nombre de Paradise-on-Earth.

—Sí, en efecto. Pero sucede algo curioso. Traté de llegar hasta allí y me dijeron que ese pueblo no existe, que jamás ha existido.

—Muy curioso, señorita Adams. ¿Quién le dijo que Paradise-on-Earth no existe?

—Lo busqué en todos los mapas y no pude encontrarlo. Por los documentos que poseo, conozco su situación aproximada. Fui a Berndon Falls, situada aproximadamente a unas veinte millas al Norte, y pregunté en la gasolinera del lado Sur, ya que me pareció lo más lógico puesto que parece debe de ser la situada en la dirección que cualquier viajero tomaría para ir a Paradise-on-Earth. En las estaciones de servicio se conocen muy bien los alrededores. Allí fue donde me dijeron que esa ciudad no existe.

—Es curioso. A mí me dijeron lo mismo.

—¿De veras? —Se sorprendió Karen—. ¿Es que quería usted viajar a ese pueblo?

—Estuve allí. Pasé una noche completa.

Karen se sentía estupefacta.

—Entonces, ¿por qué me dijeron que Paradise no existe?

—Eso es lo que me gustaría saber —contestó el joven—. Lo cierto es que, desde mi regreso, he dejado de preocuparme por ese enigma.

—Estuvo allí toda una noche y fueron capaces de decirle que no existía… Esto parece increíble, señor Butler.

—Así es —convino el abogado.

—Bien, le dijeron que ese pueblo no existe, pero usted pernoctó allí. ¿Cómo supo que era Paradise-on-Earth?

—Encontré un poste indicador de carreteras, con el nombre de la población. Seguí adelante, la encontré y… Bien, lo extraño del caso es que no hay ningún lugar donde hospedarse. A mí me aconsejaron la casa de Rupert Heywood, fui allí y…

—¡Ha dicho Rupert Heywood! —exclamó Karen, atónita.

—Sí, en efecto, ése es el nombre que me dieron en Paradise. Pero ¿por qué se sorprende, señorita Adams?

—Es mi casa, señor Butler —contestó ella—. Bueno, la que debe ser mía, según los documentos que poseo. Por lo visto, yo lo ignoraba hasta ahora, soy descendiente del hombre que la construyó, a finales del siglo XVII, un personaje que se enriqueció con el tráfico de esclavos. No es que yo tenga gran interés en el edificio por sí mismo, pero me imagino que Heywood la haría edificar con terrenos alrededor. Quizá hoy día esa propiedad pueda tener cierto valor y desearía obtener algún beneficio.

—Muy lógico —convino Butler—. Y dígame, ¿cómo llegó usted al conocimiento de que le pertenecía la casa de Heywood?

—Verá… Hace algún tiempo, nos mudamos de casa. La nuestra era ya bastante antigua y costaba más conservarla casi que comprar una nueva. No es que tuviera ningún mérito arquitectónico, sino que, simplemente, era una casa vieja. Además, estaba incluida en los planes de expansión de la ciudad. Quieren hacer un parque en aquellos parajes y fue sometida a expropiación. No lo lamentamos, porque hacía ya tiempo que pensábamos mudarnos a otro sitió más agradable. Bien —continuó la muchacha—, cuando empezamos la mudanza, se me ocurrió un día subir al ático, para ver si había algo que mereciera la pena conservar. Empecé a revisar los trastos viejos y allí, en una cartera de cuero que ya se deshacía entre los dedos, encontré los documentos referentes a la casa de Robert Heywood.

—Me gustará verlos —dijo Butler—. Ahora bien, su apellido no es Heywood…

—Desciendo directamente de Robert Heywood, pero la última persona de ese apellido fue mi abuela, hija única, quien se casó con un Adams.

—Así, el apellido se ha perdido, pero usted es una Heywood por línea materna.

—Justamente. Además, en esos documentos, hay un árbol genealógico perfectamente detallado y que llega hasta mi tatarabuelo, el primer Adams de la familia.

—Entiendo. Sin embargo, hay algo que me causa extrañeza. ¿Podría aclarármelo, señorita Adams?

—Dígame de qué se trata, por favor.

—Usted ignoraba hasta ahora que fuese la propietaria de la casa de Heywood. ¿No le parece un tanto raro que ningún miembro de la familia mencionase ese asunto?

—Bien, en cierto modo, es así. Verá, señor Butler, yo no tengo padres —declaró Karen—. Murieron cuando era una niña y me crié con una hermana de mi padre, que ha sido para mí como mi auténtica madre. Tiene ya cerca de ochenta años, pero se conserva muy bien. Nunca se casó y… Bien, cuando descubrí los documentos y se lo mencioné, me explicó que su padre, mi abuelo, nunca quiso saber nada de la casa de Heywood.

—¿Por qué?

—El abuelo era un hombre muy estricto, demasiado, incluso en estos tiempos. No quería saber nada de una propiedad que había sido construida con el sudor de los esclavos vendidos por su antepasado. Parece ser que decía que lo mejor que podía pasarle a la casa era deshacerse en polvo y desaparecer para siempre.

—Un tipo bravo —sonrió Butler—. Y su tía calló por eso…

—Nunca le concedió importancia y no se le ocurrió mencionarme la propiedad, hasta que yo encontré los documentos. Verá, señor Butler, no es que me sienta muy feliz sabiendo la forma en que Rupert Heywood consiguió su fortuna, pero no soy responsable tampoco de lo que pudiera hacer. Por otra parte, las grandes fortunas del país han tenido orígenes poco claros, por no decir otra cosa. En el pasado, cuántos personajes no fueron piratas, corsarios, bandidos… y amasaron fortunas enormes y luego se convirtieron en hombres decentes y considerados y apreciados por la sociedad de su tiempo. Algunos, incluso, adquirieron cartas de nobleza, se casaron con damas de elevada alcurnia… Señor Butler —dijo la chica acaloradamente—, todos los que vivieron en la época en que fue construida la casa, han muerto ya. ¿Comprende lo que le quiero decir?

El joven asintió.

—Ya no existe nadie a quien compensar por lo que pudo sufrir a causa de Rupert Heywood —contestó—. Pero, dígame, aparte de la opinión que el abuelo tenía sobre su antepasado, ¿no había otros motivos para que no quisiera ocuparse de la casa?

—Parece ser que está situada en un lugar poco menos que inaccesible, en medio de unos bosques muy espesos y sin ninguna facilidad de comunicaciones. Eso, creo, no le gustaba a mi abuelo.

—Entiendo. Bien, señorita Adams, me agradaría estudiar esos documentos. Una vez me haya enterado de su contenido, podré darle una respuesta, a fin de que le sea atribuida legalmente la propiedad de esa casa.

Karen había llevado consigo un portafolios y lo puso encima de la mesa.

—Quédeselos —dijo sonriendo—. Ya me avisará cuando haya llegado a una conclusión satisfactoria.

—Procuraré hacerlo con la mayor rapidez posible. ¿Quiere darme su dirección, señorita Adams?

—Sí, claro.

Karen dejó una tarjeta encima de la mesa.

—Confío en usted —dijo sonriendo.

—Muchas gracias, señorita.

Ella se encaminó hacia la puerta. Antes de salir, se volvió hacia el joven.

—Han dicho que Paradise-on-Earth no existe, pero estuvo allí. ¿Cómo se entiende ese enigma?

—Tratando de descifrarlo… y estos documentos nos ayudarán a conseguirlo —respondió Butler, con la mano puesta sobre la cartera que le había entregado la muchacha.

Karen asintió.

—No hay otra solución, en efecto —convino.

* * *

De repente, se sintió muy cansado.

Había trabajado mucho durante el día. Casi sin poder contenerse, reclinó la cabeza en alto respaldo del sillón y cerró los ojos un momento.

Había leído los documentos que le entregó Karen. Ciertamente, no había dudas sobre su derecho a la casa. También había un relato sobre los motivos de construir la residencia en aquellos parajes.

Heywood había navegado mucho, con cargamentos de ébano vivo, como se llamaba entonces a los esclavos, y al retirarse, juzgó oportuno residir en un lugar donde su pasado pudiera ser ignorado, relativamente lejos de la costa. Allí se convirtió en un terrateniente. El lugar, por lo visto, era muy hermoso y Heywood le dio el nombre de Paradise-on-Earth.

Y ahora decían que no existía. ¿Cómo podía haber alguien que afirmase una cosa semejante, cuando él había pasado allí una noche?

«Una noche infernal, todo hay que decirlo», pensó. Pero la visita de Karen y el recuerdo de aquella noche eran un acicate poderoso para intentar regresar nuevamente a Paradise.

De pronto, se dio cuenta de que había alguien más en el despacho.

Abrió los ojos. El hombre que se hallaba de pie frente a la mesa, le miraba sonriendo con expresión afable.

Butler respingó.

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha entrado…?

—Ayude a la muchacha, se lo merece —dijo el visitante.

—¿Es usted pariente suyo?

—Sí. Vaya a Paradise y destruya el infierno que hay allí.

—¿Un infierno?

—No puedo decirle más. Usted lo descubrirá todo cuando esté en el pueblo. Pero cuando haya acabado todo, destruya la casa, aunque sea pegándole fuego. Luego busque bajo las losas de la chimenea del salón.

De pronto, Butler se dio cuenta de que el rostro del hombre no le resultaba desconocido.

—Oiga, yo le he visto a usted antes en alguna parte…

—Estoy seguro de ello. Sí, me ha visto, pero dentro de unos minutos, dudará de sí mismo. Voy a dejarle algo para que se convenza de que he estado aquí con usted.

La mano del visitante se movió y puso algo que brillaba sobre la mesa. Luego, Butler se sintió acometido por un sueño invencible y volvió a cerrar los ojos.

Al cabo de unos minutos, despertó y entonces vio el disco de oro, pendiente de una cinta de seda azul. Alargó la mano, tomó el disco y comprobó que era una moneda española de finales del siglo

XVI.

Un estremecimiento sacudió bruscamente su cuerpo. Aquel dije, la moneda…

—Lo vi en la casa de Heywood —exclamó, terriblemente excitado.

Permaneció unos momentos indeciso. Luego llamó a gritos a la secretaria.

—¡Betty! ¡Betty!

La mujer entró, muy asustada.

—¿Ocurre algo, jefe?

—Betty, ¿quién era el hombre que ha estado conmigo hace unos minutos?

Ella le miró como si estuviera loco.

—¿Un hombre? Perdone, señor, pero no ha venido nadie desde que se fue la señorita Adams…

—Quizá entró sin que usted lo viera —apuntó Butler.

—Lo dudo mucho; no me he movido de mi sitio en toda la tarde.

—¿No ha tenido necesidad de empolvarse la nariz en ningún momento?

—Bueno, si, una vez… pero sólo falté cinco minutos escasos…

Butler recordó la brevedad del diálogo con el desconocido.

—Tuvo que ser suficiente —murmuró—. Betty, en lo sucesivo, procure tener siempre bien cerrada la puerta de la oficina.

—Sí, señor. Oiga, ¿qué es eso? —preguntó la secretaria, señalando el dije que Butler tenía aún en la mano.

—Me lo dejó el visitante. No quiso dar su nombre —contestó el joven.

—Hay tipos muy raros hoy día. Bueno, si no le importa, continuaré con mi trabajo.

—Sí, vaya, Betty.

La moneda de oro saltó en la palma de la mano de Butler. El joven se sentía profundamente intrigado.

El hombre que le había visitado, ¿era Rupert Heywood o alguien que se le parecía muchísimo?

¿De dónde había sacado el dije con la moneda española?

Una súbita idea acudió de pronto a su mente y le hizo sentir un escalofrío.

¿Había recibido la visita de un fantasma?

CAPÍTULO VII

De repente, notó que se le hacía un nudo en la garganta.

Grant Molner contempló los rostros de los dos hombres que tenía frente a sí. Detrás, tres hermosas mujeres le miraban fijamente, sonriendo de un modo especial. Perverso, infernal, se dijo.

—Señor Molner —habló Winter tras una pausa de silencio—, usted cedió su invitación a un amigo llamado Henry Field, ¿no es así?

—Sí… Verá… un día, en broma, claro… mencionamos el tema… Yo le dije que si alguna vez quería asistir a una barbacoa… Él lo tomó también a broma, pero yo creí que me contestaba en serio…

—Y le entregó la invitación.

—Yo tenía unos compromisos ineludibles… Además, me figuré que podía… conseguir un miembro nuevo para el club…

—¿Acaso ignoraba que ningún miembro del club tiene autoridad para reclutar socios? Si conoce a alguna persona que tal vez pueda estar interesada en ingresar en el club, debe comunicarlo a la dirección, que es la única con capacidad suficiente para estudiar a los posibles candidatos y decidir su ingreso en el club, si se considera conveniente.

—Sí, lo sabía, pero me pareció…

Winter hizo un gesto con la cabeza.

—Temo que su conducta haya de sufrir la reprobación general de los demás miembros del club —dijo con fingido pesar—. Por cierto, ¿le gustaría ver a su amigo Field?

Winter pasó un brazo por los hombros del aterrado sujeto. Molner se dejó llevar sin oponer resistencia.

Drury había ido a buscarle, alegando se le necesitaba para una fiesta. Ahora se arrepentía de haber seguido al criado.

Como en sueños, se dejó llevar hasta una habitación de blancas

paredes, con baldosas de porcelana, en uno de cuyos ángulos se veía una gran puerta de metal brillante.

—Abre, Drury —ordenó Winter, situando a Molner frente a la puerta.

—Sí, señor —contestó el criado.

La puerta giró a un lado. Molner lanzó un horrible alarido.

Cerró los ojos. La cabeza le daba vueltas. No quería ver aquella horrible cosa que pendía de un gancho… los restos de un hombre que había sido su amigo, colgados a trozos, como si se tratara de una res…

Sintiendo agudos vértigos, se dejó sacar de aquella estancia sin saber siquiera adónde lo llevaban. Drury le dio a poco una copa y bebió ansiosamente, con el ruido de sus dientes que chocaban contra el cristal. Al terminar, pidió más.

—Claro, claro… Todo lo que quiera —sonrió el criado.

Molner vació casi una botella. La cabeza le empezó a dar vueltas.

—Ha ingerido demasiado alcohol —dijo Winter más tarde—. Vamos a procurar que lo elimine mediante el calor.

Sin darse cuenta apenas de lo que le pasaba, Molner fue conducido a otra habitación, en la que vio una extraña bañera de metal llena de agua tibia. Las chicas le desnudaron y se dejó hacer. El licor le hacía reír incoherentemente y pronunciar frases sin sentido.

Una vez que estuvo desnudo, le hicieron entrar en la bañera. El agua le llegaba al cuello. Sissy y Pearl colocaron una tapa de hierro, en dos mitades, que se juntaban en el centro, donde había un orificio que permitía asomar justamente la cabeza.

—Calor —dijo Winter—. Eso eliminará las toxinas de su cuerpo, señor Molner.

Las chicas aseguraron la tapa con sólidas presillas de acero. Molner estaba sentado en una especie de taburete situado en el fondo de la bañera.

—Empiezo a sentirme mejor —sonrió—. La verdad, no me importa ya lo que hicieron con Henry.

—Lo conservamos como reserva, para un imprevisto —dijo Winter plácidamente.

De pronto, Molner notó que la temperatura del agua había

aumentado.

—Eh, esto se pone demasiado caliente —exclamó.

—Sí, es lógico —contestó Winter sin inmutarse.

Leves columnas de humo empezaron a brotar, en torno al cuello de Molner. Drury llegó junto a la bañera y levantó una pequeña trampilla situada junto al borde. Luego arrojó un buen puñado de una sustancia blanca a través del hueco.

—Eh, ¿qué es eso? —preguntó Molner.

—Sal —contestó Drury fríamente.

Lanzó un par de puñados más y cerró la trampilla. Los ojos de Molner se desorbitaron.

—La sal… se echa siempre al agua para el caldo…

—Sí —dijo Winter.

La temperatura del agua se hacía ya insoportable. El rostro de Molner estaba rojo.

Cada vez salía más vapor. Molner lanzó de pronto un largo alarido, un grito estentóreo, que duró mucho rato, con los intervalos justos para tomar aliento.

Al fin, calló. Para entonces ya se oía claramente el ruido del agua que burbujeaba al hervir.

—¿Cuánto tiempo, doctor? —preguntó Drury.

—Seis horas, ni un minuto menos.

—Hará un caldo delicioso.

—Puedes estar seguro de ello, Drury.

Betty entró en el despacho, con un puñado de papeles en las manos, y los lanzó sobre la mesa.

—Cincuenta telegramas de respuesta, pagados a cobro revertido —anunció—. La cuenta del señor Herbyson va a sufrir un considerable bajón, jefe.

—Si obtenemos algún resultado positivo…

—Eso es lo malo. Todas las respuestas son negativas. R. S. Winter no ha estado inscrito jamás en ningún colegio profesional de medicina. Puede que sea realmente médico, pero ¿cómo investigar en las universidades del país?

—Es cierto —asintió Butler preocupadamente—. No sabemos quién es, además, ni cuántos años tiene, ni su aspecto físico… Si conociéramos al menos la edad, podríamos establecer una fecha aproximada para su graduación como médico y la investigación

resultaría mucho más fácil. ¿Habrá que abandonarla?

—En su lugar, yo me preocuparía menos del título del doctor Winter que de lo que cobra por atender a su amigo.

Betty señaló otra factura. Al verla, Butler dio un salto en su asiento.

—¡Increíble! —gritó—. Ciento cincuenta mil dólares más… No pienso pagar esa factura…

—Está pagada ya por el banco —dijo Betty fríamente—. Usted mismo dio la orden, recuérdelo.

Butler lanzó una maldición y pegó un puñetazo sobre la mesa.

—¡No puedo tolerar esto un minuto más de lo necesario! —exclamó—. Iré a Paradise-on-Earth y…

—Un nombre realmente atractivo —sonrió Betty.

—«Paraíso en la Tierra» —tradujo Butler—. Pero yo lo diría de otro modo.

—¿Cómo, jefe?

—Paraíso infernal.

—Una paradoja absurda —comentó la secretaria—. Un paraíso no puede ser nunca el infierno, ni viceversa.

—Llámelo como quiera, pero así es. Betty, quiero hablar con Mike. Póngame en contacto con él.

—No sé cuándo podrá verle; ahora está empeñado en un caso muy complicado. Tendremos que esperar un par de días.

Butler lanzó otro reniego.

—Y yo, maldita sea, he de asistir pasado mañana al juicio contra Dennington. El juez podría sancionarme gravemente si no asistiera… Otra cosa, llame a la señorita Adams y dígale que me gustaría cenar con ella esta noche. Cena de negocios, por supuesto.

—Sí, señor. Si acepta, ¿reservo una mesa en el Tipton's?

—Por supuesto, Betty.

—Bien, jefe.

La secretaria se marchó. Terriblemente malhumorado, Butler repasó nuevamente la factura del doctor Winter.

—Ese pájaro pretende desplumar a Herbyson —masculló.

Procuró tranquilizarse. La ira no le iba a servir de nada. Respiró profundamente y se aplicó a resolver otros asuntos que necesitaban también su atención.

* * *

—¿Le gustaría hacer un viaje a Paradise, señorita Adams?

Karen, sentada frente a Butler, en el restaurante, sonrió.

—Me encantaría conocer una ciudad que, según su nombre, es un paraíso en la Tierra —contestó—. Pero si no existe…

—Yo he estado allí —dijo el joven gravemente—. No le he contado lo que me sucedió durante mi estancia, ¿verdad?

—Me gustaría saberlo, señor Butler. Una pregunta previa, por favor.

—¿Sí?

—Según reza la placa de su bufete, usted se llama A. J. Butler. ¿Quiere explicarme el significado de las iniciales?

—Con mucho disgusto.

—¿Disgusto? —se sorprendió ella.

Butler se echó a reír.

—Era sólo una frase. El sadismo de algunos padres alcanza a veces proporciones indescriptibles. A mí me pusieron Atlas James al nacer.

—Atlas, el mítico gigante que sostiene al mundo —dijo ella riendo.

—Mi padre decía que yo sostendría un día el mundo con las manos. Tenía un extraño sentido del humor. Pero corrientemente me llaman por el segundo nombre, en abreviatura, claro.

—Jim.

—Sí. Vulgar si se quiere, pero enteramente aceptable.

—Muy bien, Jim. Y ahora, ¿quiere contarme lo que le sucedió en Paradise?

—Desde luego, Karen.

Butler habló durante unos minutos. Karen se sintió estupefacta cuando él hubo terminado su narración.

—A la ida, encontró el camino. A la vuelta, no existía, había desaparecido y sólo se veía hierba en el lugar donde debía haber una carretera —exclamó.

—Absolutamente cierto —contestó él—. Es más, encontré unas vallas a cosa de media milla, con la indicación de «Carretera cortada». Y el poste de señalización, qué marcaba la distancia de un cuarto de milla a Paradise, había desaparecido también.

—Es fantástico —dijo Karen—. Un poste indicador se quita

fácilmente, pero unos cientos de metros de carretera no se ocultan en el bolsillo de una chaqueta.

—Eso es lo que yo pienso. Pero ¿qué me dice de los habitantes del pueblo que estaban muertos?

—¿Muertos o dormidos?

—Estaban fríos y no respiraban.

—¡Hum! —dudó ella.

—¿Qué significa ese hum, Karen?

—Hay truco en esa escenografía —dijo la muchacha.

—¿Truco?

—Sí. Por la razón que fuera, pretendieron amedrentarle. Mire, Jim, he sido enfermera durante años, y sé que hay drogas que pueden provocar el estado cataléptico en una persona.

—En una persona, tal vez, pero en una docena…

—La respiración cesa por completo, mejor dicho, se hace tan imperceptible, que se llega a creer está suspendida por completo. La temperatura corporal baja también. Si los cuerpos estaban al descubierto, la piel estaría fría. ¿No ha sentido nunca frío en la cara o en las manos?

Butler emitió un gruñido.

—Entonces, quisieron tomarme el pelo —rezongó.

—Posiblemente. Estoy segura de que no les gustan los visitantes indeseados. Entonces, desempeñaron esa comedia para aterrorizarle y obligarle a marcharse lleno de miedo. Y así, no volvería más a Paradise.

—Pero se equivocaron, porque ahora tengo un doble motivo para ir allí: lo que está haciendo mi amigo y el asunto de la casa de su antepasado Heywood.

—Muy bien, si le parece, viajaremos el próximo lunes. Yo no puedo despacharme antes… pero hace ya tiempo que me está rondando una idea por la cabeza —manifestó Karen.

—A ver, explíquese, por favor.

—A usted le dijeron en la estación de servicio que Paradise no existe, ¿verdad?

—Cierto, Karen.

—El chico de la gasolinera.

—El mismo.

—Jim, a veces se hacen muchas bromas con el instinto de las

mujeres, pero en ocasiones, se acierta. Billy Boy es un chico guapo, simpático, muy atractivo… pero su mirada no me pareció tan sincera y franca como debiera ser a su edad.

—¿Quiere decir que nos mintió a los dos?

—Lo presiento. Pero hay todavía más, Jim —continuó la muchacha. Tuve que aguardar a que despachara un cliente, para que me sirviera a mí. No sé por qué, pero tengo un oído finísimo; hipersensible, decían algunas de mis compañeras, y aseguraban que era capaz de oír la caída del ala de una mosca, a cinco pasos de distancia.

—Un poco exagerado —sonrió Butler.

—Indudablemente, pero ello me permitió oír con toda claridad el diálogo entre Billy Boy y el cliente. Entre las frases que se cambiaron hay dos que luego me han llamado mucho la atención. El cliente le dijo que ya sabía lo que debía contestar si le preguntaban sobre cierto tema. Billy Boy repuso, más o menos: «Descuide, no existe, no ha existido jamás». Minutos después, me repetía a mí esa misma frase, en términos más o menos parecidos, cuando le pregunté por Paradise.

Butler se acarició el mentón.

—Es posible que tenga razón —convino—. Karen, usted y yo tenemos trabajo estos días y no podemos desplazarnos hasta el lunes. Pero puedo enviar a Mike Danvers.

—¿Quién es, Jim?

—Un investigador que trabaja para mí en ocasiones, hábil, competente, astuto… y duro cuando llega la ocasión. Seguramente, convencerá a Billy Boy para que hable. Sabe sonsacar a la gente, ¿comprende?

—Muy bien. Esperaremos a tener el informe de Danvers. ¿Cuándo lo enviará allí?

—Pasado mañana, jueves. El viernes, lo más tarde, podemos tener ya la solución a la actitud del chico Jeppson.

—Y el lunes, con lo que haya, viajaremos a Paradise.

—Sí, desde luego.

Butler pensó unos instantes en la extraña visita que había recibido. Disimuladamente, tocó con los dedos el dije y la moneda de oro. Todavía no le había contado nada a la muchacha sobre aquella conversación, pero ya lo haría en el momento apropiado.

Ahora, lo interesante era conocer el resultado de la entrevista de Danvers con Billy Boy.

CAPÍTULO VIII

Detuvo el coche junto a la gasolinera y se apeó con aire despreocupado. Las llaves volaron por el aire a las manos del mozo.

—El tanque lleno, revisar nivel de agua y aceite y comprobación de neumáticos. Voy a comer algo mientras tanto —dijo el investigador.

—Sí, señor —contestó Billy Boy.

Danvers fue a la cafetería, se sentó en la barra y pidió una hamburguesa y una jarra de cerveza. La *barmaid* le sirvió rápidamente. Danvers le gastó una broma acerca de su físico. Luego contó un par de chistes. Ella rió abundantemente. Era joven, atractiva; los pechos se movían mucho cuando reía.

—¿Soltera? —preguntó Danvers.

—Por el momento —contestó ella.

—Algún día se casará, tendrá hijos… Quizá uno de ellos sea como el chico de la gasolinera.

—¿Se refiere a Billy Boy?

—Ah, ¿se llama así?

—Y es el hijo del patrón.

—Empieza desde abajo, ¿eh?

—Trabaja aquí durante las vacaciones escolares. No es mal chico, pero…

La barmaid se interrumpió para atender a otro cliente. Luego regresó junto a Danvers. El investigador puso un billete de cinco dólares sobre el mostrador.

—Guárdese la vuelta, Polly.

—Me llamo Sandra, señor.

—Muy bien, Sandra. Oiga, ¿ha oído hablar alguna vez de un tal doctor Winter?

—No, nunca. No conozco a ese médico. ¿Por qué lo pregunta?

—Estoy buscándolo… pero no se lo diga a Billy Boy. Sandra, ¿a

qué hora termina su turno?

Ella le miró recelosa.

—¿Qué pretende usted, señor?

Impasible, Danvers puso otro billete sobre el mostrador.

—Información. Habrá veinte más, después de que hayamos hablado en otro lugar. Sandra, le seré sincero. No busco una aventura; sólo quiero información.

La barmaid le miró fijamente durante unos segundos.

—¿Policía? —bisbiseó.

—Hombre curioso —sonrió Danvers.

Sandra asintió.

—Tengo una habitación en el motel, la número cincuenta y una. Hoy salgo a las dos; empecé a las seis de la mañana.

—De acuerdo Sandra.

Billy Boy entró en aquel momento.

—Sus llaves, señor. Son seis dólares con veinte centavos…

Danvers sonrió y puso en las manos del chico un par de billetes.

—Guárdate la vuelta —dijo.

—Gracias, señor.

Danvers salió de la cafetería. El cielo estaba gris, encapotado; las nubes se veían muy bajas y el ambiente estaba impregnado de humedad.

—Va a llover muy pronto —murmuró.

* * *

—No sé —dijo la barmaid horas más tarde—. En los últimos tiempos, Billy Boy se está comportando de una forma muy extraña.

—¿A qué llamas comportamiento extraño, Sandra?

Ella se mordió los labios.

—A veces parece orgulloso, distante, contemplándonos a los demás como seres inferiores. Otras veces se le ve temeroso, mira furtivamente a derecha e izquierda, como si tuviese miedo a algo o a alguien… Antes no era así; Billy Boy siempre fue un chico atento, cortés, servicial… En todo momento tenía un humor excelente, no se enfadaba jamás por nada y siempre estaba dispuesto a hacer un favor a cualquiera. En los últimos tiempos, ya lo he dicho, parece que ha cambiado radicalmente. No insulta ni atropella, desde luego, pero hay veces que me mira como si fuese un bicho raro.

—Es que tienes mucho que contemplar, Sandra —rió Danvers.

—No, no —contradijo la barmaid—. Billy Boy me respetó siempre muchísimo. Yo no digo que con otras chicas, ¿eh? A fin de cuentas, es muy atractivo y las muchachas están locas por él. Pero… es algo indefinible… A veces pienso que él se cree el rey y yo una miserable campesina. Algo le ha ocurrido que le hace sentirse superior a todos nosotros… y yo juraría que eso sucedió a partir del día en que empezó a acudir la gente al bosque de Heywood.

Danvers aguzó el oído al percibir aquel nombre.

—¿El bosque de Heywood?

—Sí. Más o menos, cada cuatro o cinco semanas, pasan por aquí personas que no viven en Berndon Falls. Son gentes de grandes posibles, a pesar de que aparentan cierta modestia. Pero una tiene ya su experiencia y sabe conocer a quién tiene dinero de veras y quién lo aparenta solamente.

—Entiendo. Y todas esas gentes van al bosque…

—Sí, se lo he oído a un par de ellos. Billy Boy fue también a la última reunión. Yo lo vi perderse por la carretera cortada del Sur.

Danvers sonrió. Los informes de la camarera podían tener un valor inapreciable. Decidió subir la recompensa; Butler no pondría ninguna objeción. A fin de cuentas, pagaba Herbyson.

—Sandra, ¿puedo usar tu teléfono? Pagaré la conferencia…

—Por supuesto, Mike.

Danvers sacó dos billetes, uno de diez dólares y otros de veinte. Luego agregó cinco dólares más.

—Te los mereces —dijo.

Levantó el teléfono, marcó el prefijo de Nueva York, luego el número de Butler y esperó unos momentos.

Diez minutos más tarde, colgó el teléfono. Miró a Sandra y sonrió.

—¿A qué hora termina su turno Billy Boy? —preguntó.

—Normalmente a las cuatro de la tarde. El dice a todo el mundo que está de vacaciones, pero son unas vacaciones que duran demasiado tiempo. Por ahí se rumorea que lo han expulsado del colegio… Dicen que lo encontraron en la cama con la esposa del decano…

—El chico pica alto —rió Danvers. Se acercó a la camarera—. ¿Puedo picar yo un poco, encanto?

Sandra emitió una leve sonrisa.

—Prueba —contestó.

* * *

Llovía mansamente. Apoyado en el quicio de la puerta, Danvers esperaba.

Sabía tener paciencia. Era su oficio.

La puerta se abrió de pronto y un chorro de luz amarillenta salió proyectado a la noche lluviosa. El chico dio dos pasos, subiéndose el cuello del impermeable, y entonces oyó una voz que sonaba a su derecha:

—¿Vas a la fiesta del bosque de Heywood, Billy Boy?

El muchacho se detuvo en el acto. Volvió la cara. El lado derecho quedó iluminado por la luz que brotaba de la puerta, todavía abierta.

Danvers pudo apreciar la lividez que había inundado el rostro de Jeppson. Era hombre con experiencia y lo podía ver, pese a la deficiente iluminación.

—A mí me gustaría también ir a ese bosque, Billy Boy. ¿Conoces el camino?

La mente del chico funcionó a toda presión durante unos instantes. Luego, rehaciéndose, procuró sonreír.

—¿Quiere ir hoy mismo?

—Si fuese posible…

—Lo intentaré, señor…

—Danvers.

—Muy bien, señor Danvers. Tengo un mapa en mi habitación… ¿Puede aguardarme un minuto?

—Desde luego, Billy Boy.

—Está bien. Saldré en seguida.

El chico entró de nuevo en el apartamento. Cerró la puerta y corrió hacia una habitación interior, en la que tenía un transmisor de radio.

Frenéticamente, hizo una llamada. Le pareció que transcurrían siglos antes de recibir la respuesta.

—Drury, Drury… Soy yo, Billy Boy —dijo ansiosamente—. Hay un tipo que me ha preguntado por la fiesta del bosque de Heywood… No sé quién es; se llama Danvers… ¿Qué hago? Contéstame pronto, por favor…

—Tranquilízate, Billy Boy —respondió Drury—. ¿Qué te ha

dicho ese hombre?

—Quiere ir allí… Trato de entretenerle; le he dicho que buscaré un mapa…

—¿Lo tienes?

—Tengo uno corriente, pero no…

—Está bien. Traza el camino con un lápiz y entrégaselo.

No te preocupes de nada más; nosotros nos encargaremos del resto.

—Sí, señor.

—Y cierra el pico, Billy Boy.

—Sí, sí, señor…

El chico apagó la radio y buscó el mapa atropelladamente. Luego, con mano temblorosa, trazó una línea roja.

Después corrió hacia la puerta. Antes de abrir, procuró serenarse.

—Aquí tiene, señor Danvers —sonrió, al entregarle el mapa—. El trayecto está señalado con una línea roja.

Danvers dobló el mapa y lo guardó en uno de los bolsillos de su impermeable.

—Gracias, Billy Boy. Aquí tienes, para que invites a una cerveza a tus chicas. Porque tienes más de una, ¿verdad?

Billy Boy soltó una risita.

—No puedo quejarme, señor Danvers —contestó.

El investigador subió al coche y partió de inmediato. Billy Boy permaneció en el umbral, hasta que vio desaparecer en la noche lluviosa las luces rojas de cola.

Una mueca de rabia deformó su rostro juvenil.

—Me gustaría hacerlo yo mismo… —barbotó.

De pronto, dio media vuelta y entró en el apartamento. Nuevamente usó la radio.

—Drury, Danvers va para allá.

—Bravo, chico; lo has hecho a la perfección. No sé cómo darte las gracias…

—Si quiere agradecérmelo, deje que vaya allí y lo haga yo en persona. Quiero adquirir experiencia, ¿me oye?

—¿No te echarán de menos en la gasolinera?

—He salido a las cuatro. Tengo libre hasta mañana a las ocho de la mañana. Puedo volver a tiempo de tomar el turno…

—Conforme, Billy Boy. Ven.

El chico sonrió satisfecho. Estaba adquiriendo categoría en el club, una sociedad muy selecta, de poquísimos miembros, todos ellos elegidos con sumo cuidado. Pronto sería uno de los miembros más relevantes, se dijo, mientras salía a buscar su coche.

* * *

—El asunto progresa, Karen. He tenido noticias de Mike Danvers.

Karen lanzó una exclamación.

—¿Buenas?

—No son malas. Parece ser que está sobre la pista. Ya le dije que Mike es hombre que sabe sonsacar a la gente.

—Bien, ¿qué ha dicho?

—Parece ser que, periódicamente, cada cuatro semanas más o menos, se celebran ciertas fiestas en el bosque… por cierto, la propiedad se llama Heywood Forest, pero no lo sabía hasta que lo leí en sus documentos.

—Sí, es cierto. Y Paradise está en el centro de ese bosque.

—Bueno, según los documentos, le pertenece la casi totalidad de Heywood Forest. Unas seiscientas hectáreas, aproximadamente.

—No está mal. Pero son terrenos incultivables…

—Una propiedad así siempre tiene valor, Karen. Bueno, dejemos esto; es accidental por ahora. Danvers me ha hablado de esas reuniones, a las que parece asiste también Billy Boy. Lo que sucede es que ignoro el motivo de las reuniones.

—Alguna celebración periódica, supongo. Tal vez un banquete…

De pronto, Butler recordó un incidente ocurrido semanas antes en su despacho.

—Aguarde un poco —exclamó—. Tengo una pista… Bueno, creo tenerla, pero no podré confirmarlo hasta mañana.

Hablaré con un conocido y… Perdóneme un momento; están llamando a la puerta y mi secretaria ha salido. ¿Le parece que nos reunamos a cenar esta noche?

—¿Por qué no viene a mi casa, Jim?

—Estupenda idea, Karen. Hasta luego.

Butler colgó el teléfono, se puso en pie y cruzó las estancias, hasta llegar a la puerta. Un hombre alto y delgado apareció en el umbral.

—¿Tengo el honor de hablar con el abogado A. J. Butler? —preguntó cortésmente.

—Sí, yo soy. Pase, señor…

—Harris, Morton Dooley Harris. Gracias por haber accedido a recibirme, señor Butler.

—Sígame, por favor. Estoy muy ocupado, pero puedo dedicarle unos minutos de mi tiempo.

Regresó a su despacho y señaló un sillón a su visitante. Harris, sin embargo, no se sentó.

Butler observó que había traído consigo una carpeta de cuero negro, de piel muy suave. Harris la abrió y metió la mano para coger unos papeles, pero no los sacó y permaneció unos instantes en la misma postura.

—Señor Butler, tengo entendido que usted era el representante personal y apoderado de Wade Herbyson —dijo.

—Sí, en efecto, así es. —Butler se dijo que, al fin, iba a tener noticias de su amigo—. ¿Qué sabe usted del señor Herbyson? —inquirió.

—Verá… soy el jefe de contabilidad de la clínica del doctor Winter. Traigo aquí unos documentos firmados por el señor Herbyson, en presencia de testigos respetables. Deseo que los examine atentamente y nos diga en otro momento cuál es la opinión que le merecen.

—¿A qué se refieren esos documentos, señor Harris? —preguntó Butler tensamente.

El visitante sonrió.

—Ya lo sabrá al leerlos —contestó—. Lo único que puedo decirle es que el contenido de dichos documentos, dadas las circunstancias en que fueron redactados, los hace jurídicamente inatacables. No obstante, le concederé un plazo de una semana para su estudio a fondo y que luego nos formule las observaciones u objeciones que tenga por pertinentes.

—Señor Harris, dado que ocupa un puesto en la oficina de contabilidad de la clínica del doctor Winter, ¿podría darme noticias sobre la salud de mi representado?

—Lo siento infinito. El señor Herbyson falleció hace dos semanas, a consecuencia de un paro cardíaco.

Butler se quedó sin habla. Los documentos quedaron sobre la

mesa. Harris cerró la cartera y se dispuso a abandonar el despacho.

—¡Un momento, por favor! —exclamó el joven.

Harris alzó las cejas.

—Sí, abogado…

—¿Dónde está la clínica del doctor Winter?

—Discúlpeme. Dada la naturaleza del tratamiento que se aplica a los pacientes y la discreción que éstos nos exigen, me es imposible responder a su pregunta. Pero no se preocupe nosotros volveremos a ponernos en contacto con usted. ¡Buenas noches, señor Butler!

Antes de que pudiera recobrar el habla, Butler se había quedado solo en el despacho.

CAPÍTULO IX

Detuvo el coche y miró asombrado a su alrededor.

El pueblo parecía muerto, a pesar de que las casas se veían en buen estado. Sin embargo, no se divisaba una sola luz encendida en ninguna parte.

Bien, mirado, aquello no era un pueblo. Más bien parecía un conjunto de *bungalows*, de estilo un tanto pasado de moda, en perfectas condiciones, no obstante. No se veía ningún centro comercial, ni una tienda ni ningún establecimiento público, como habría sido un bar o una taberna. Sólo las casas, de una sola planta y estilo muy semejante, más el edificio grande situado en uno de los extremos del conjunto.

Era como si alguien hubiera edificado un pequeño barrio, a extramuros de una población algo mayor y de la cual se surtirían sus habitantes en las necesidades corrientes de la vida cotidiana. En circunstancias normales, Paradise-on-Earth habría sido un lugar tranquilo, apacible, muy alejado de la agitación y el bullicio de las urbes densamente pobladas y sin la diabólica circulación rodada que era, consideró Danvers, una de las peores plagas de la época actual.

En la normalidad, el nombre estaba más que merecido. Pero ahora parecía una cosa muy distinta de un paraíso. Bajo la tenue lluvia que caía incesante y mansamente, el ambiente era denso, siniestro, opresivo.

Danvers sintió miedo por unos instantes. Había visto y oído muchas más cosas que la inmensa mayoría de las personas corrientes, y en más de una ocasión se había enfrentado a peligrosos delincuentes. Nunca, sin embargo, se había sentido tan terriblemente aprensivo como en aquellos instantes.

Por un breve momento, se sintió acometido por la tentación casi irresistible de dar media vuelta y escapar a toda velocidad, sin

querer averiguar más. Pero era hombre con un acusado sentido del deber y con un amor propio poco común. Le habían encargado investigar lo que había en aquel pueblo y lo haría.

Estacionó el coche a un lado y cortó el contacto. Tomó una linterna de la guantera, se apeó, encasquetándose el sombrero, y luego echó a andar hacia la casa grande.

En su camino, se detuvo ante uno de los edificios menores. Llamó a la puerta, pero, al no recibir contestación, continuó su camino.

En pocos momentos, alcanzó la casa grande. Por segunda vez, llamó a una puerta y no obtuvo respuesta, aunque en esta ocasión, decidió no perder más tiempo y abrió sin vacilar.

Lentamente, recorrió la planta baja, sin encontrar rastro de personas vivas o muertas. Un detalle llamó su atención en el acto; era perro viejo en el oficio y se dio cuenta inmediatamente de la absoluta limpieza del interior del edificio.

—Ni una mota de polvo —murmuró, después de pasar la yema del índice por la pulida superficie de una mesa.

Alguien venía a cuidar aquella casa de cuando en cuando. Continuó la exploración y llegó al ala opuesta. Encontró una enorme cocina, abundantemente provista de toda clase de utensilios. Había un enorme frigorífico y lo abrió.

En el interior vio, envueltos, unos enormes trozos de carne. Cerró inmediatamente y, al divisar una puerta al fondo, se encaminó hacia aquel lugar.

Abrió y se encontró en un cobertizo de paredes delgadas, adosado a la fachada posterior. En el centro había un enorme recipiente de hierro, con una cubierta que podía abrirse por el centro. La cubierta disponía de un hueco de las dimensiones de la garganta de una persona. Debajo se veía un gran hornillo, alimentado, supongo, por un mechero de gasoil, con varios fuegos.

Levantó una de las mitades de la tapa. En el fondo de aquella descomunal olla divisó un pequeño taburete. No tardó mucho en adivinar su objeto. «Para un baño de vapor», se dijo.

Cerró la tapa nuevamente y luego fue a otra puerta. Al abrirla, se encontró en una estancia, con las paredes embaldosadas en blanco. El suelo era de cemento, inclinado ligeramente hacia un punto donde había un desagüe.

Pendiente del techo había una polea eléctrica, con un gancho y las cadenas para sostener pesos. En el suelo de cemento divisó señales de intensos lavados con grandes cantidades de agua.

—¿Lavaron la sangre? ¿De quién, en tal caso?

Aquello parecía la sala de despiece de un matadero. Lo confirmó segundos más tarde, al abrir una puertecita situada en el muro y encontrarse con un vasto arsenal de instrumentos de todas clases: cuchillos de varias formas y tamaños, serruchos, tijeras… Allí desollarían la pieza, realizarían la evisceración, la trocearían y…

De repente, notó que algo subía hasta su garganta, produciéndole una náusea infinita.

Había llegado al pueblo y no había oído siquiera un aullido de perro. En Paradise no había corrales, no había reses a las que sacrificar para alimento de sus habitantes. Entonces, ¿qué se sacrificaba en aquel matadero?

Preso de una horrible sospecha, corrió a la cocina y abrió el frigorífico.

Sintió vértigo. La cabeza le dio vueltas. ¿O era la casa entera que giraba a su alrededor?

Tenía que escapar de allí, comunicar a la Policía lo que había descubierto. Era preciso arrestar a aquellos criminales…

Repentinamente, se sintió sujeto por los brazos. En cada uno de ellos percibió el contacto de dos fuertes manos.

Volvió el rostro a derecha e izquierda. Los rostros le eran desconocidos, pero en sus miradas percibió una falta de piedad absoluta.

—Suéltenme, suéltenme…

—Billy Boy, ¿estás preparado? —dijo el más alto.

—Sí, señor —contestó el chico.

—Muy bien. Entonces, ¡adelante!

Billy Boy descargó el golpe. Era un muchacho con buenos músculos, de brazo poderoso. El afilado estilete atravesó el hueco y seccionó la médula espinal. La muerte de Danvers resultó instantánea.

—¡Bravo, Billy Boy, ya eres de los nuestros! —elogió Winters.

El cuerpo de Danvers cayó al suelo, como un fláccido montón de trapos. Drury se volvió hacia Winter.

—¿Lo utilizamos, doctor?

—No, es demasiado coriáceo. Pasaba ya de los cuarenta y a esa edad… si no se está en una balsa, después de un naufragio…

Sonaron algunas risas. Winter se volvió hacia el chico, que aparecía con el rostro encarnado por la satisfacción de una operación realizada sin que le hubiese temblado el pulso.

—Lo has hecho muy bien, Billy Boy —elogió—. Pero, sobre todo, nos has librado de un entrometido. ¿Puedo hacer algo en tu obsequio?

—Verá, doctor… No sé cómo pedírselo, pero… ¿podría ir a charlar un ratito con una de las chicas?

—¿Cuál te gusta más? —sonrió Winter benignamente.

—Bonnie, la rubia alta como una walkiria…

Winter y Drury cambiaron una mirada.

—No tiene mal gusto el chico —dijo Drury, sonriendo maliciosamente.

—Está en la edad apropiada —rió Winter—. Bien, anda con ella. Pero no te descuides de estar en tu puesto a las ocho de la mañana. Nadie debe sospechar que has estado aquí.

—Descuide, doctor. —Billy Boy fue hacia la puerta y luego se volvió—. Hace ya tiempo que le pedí a mi padre un apartamento independiente. Con tal de que sea puntual en el horario, lo demás no le preocupa.

—Eso está muy bien. Sigue como hasta ahora y nunca lo lamentarás.

—Sí, doctor.

Momentos después, Billy Boy abría una puerta. Bonnie, tendida lánguidamente en un lecho, le dirigió una mirada inquisitiva.

El chico se irguió y sacó el pecho.

—He matado a un hombre —dijo orgullosamente.

—¿Lo has hecho bien?

Billy Boy avanzó hacia la cama y apartó de un manotazo las ropas que cubrían el opulento cuerpo de la rubia.

—Hay otras cosas que hago todavía mejor —aseguró con suficiencia.

* * *

—Ha sucedido lo peor —dijo Butler aquella noche, después de la cena, cuando tomaban café en el saloncito de la casa donde vivía Karen.

—¿Se refiere a Herbyson?

—Sí. Ha muerto.

—Tan joven…

—Pienso que lo asesinaron, a pesar de que alegan el fallo cardíaco.

—Diríase que ha hablado con alguien que vio muerto a su amigo…

—Es cierto. Hoy mismo vino a visitarme un tal Harris, representante, dijo, del doctor Winter. Según él, es el jefe de su oficina de contabilidad, vamos, el administrador de la clínica. Me entregó copias de numerosos documentos firmados por Herbyson y un nuevo testamento.

—¿Son auténticos?

—La firma no me ofrece dudas, pero, de todas formas, la haré examinar por expertos. En cuanto al testamento…

—Si está en regla, usted no podrá oponerse a su ejecución —adujo Karen.

—No; pero recuerdo muy bien lo que me dijo Herbyson el día en que se despidió de mí. Parecía como si presintiese que no iba a volver vivo. Dijo que ya tenía redactado un testamento y que debía considerar espúreo cualquiera que se pudiera presentar después.

—Jim, usted es abogado y entiende de leyes más que yo, pero me parece que, ante un tribunal, esa declaración no tendría ningún valor. ¿Me equivoco?

Butler asintió tristemente.

—Tiene razón —concordó—. A mí no me pareció posible que Herbyson muriese; aunque necesitaba reponerse un tanto, no ofrecía el aspecto de un hombre en peligro de muerte. Debiera haberle pedido una confirmación por escrito, pero no se me ocurrió…

—Resumiendo, Winter, ahora, es el dueño de la fortuna de su amigo.

—Bueno, esa fortuna pasa a poder de una fundación científica, cuyo presidente y director ejecutivo es Winter, naturalmente. Pero no se trata de una herencia de unos pocos miles de dólares en una cuenta corriente; son muchas las partidas de esa fortuna: paquetes de acciones de navieras, de pozos petrolíferos, industrias, líneas aéreas… Los consejos de administración de esas sociedades tendrán

que decir algo cuando Winter alegue sus derechos a esas acciones… Querrán o no querrán venderlas… No se vaya a creer que mañana mismo puede ir Winter al banco y sacar un millón de dólares con un cheque, como usted haría con el dinero necesario para el gasto mensual de la casa.

—Aun así, con el testamento en la mano y el consejo de un buen abogado, puede obtener préstamos de cifras muy elevadas.

—Sí, es cierto.

—Incluso, creo, podría vender sus derechos sobre esas acciones a otra persona, aunque perdiese la mitad de su valor.

—Verdad —admitió Butler pesarosamente—. Vendería a muy bajo precio, pero, aún así, podría conseguir varios millones. Sin embargo, no sería una operación tan sencilla…

—Jim, si Winter planeó esto con tiempo, ¿no cree que ya encontró comprador? Entonces, la operación podría realizarse con la velocidad del relámpago.

—Indudablemente, pero entonces, el nuevo propietario de esas acciones tendría que dar la cara y podríamos proceder contra él.

—Pero Winter escaparía con el dinero…

Butler se rascó la mejilla con el pulgar.

—Harris dijo que se pondría en contacto conmigo la próxima semana, esto es, el jueves por la tarde. Hoy es sábado; el lunes pienso ir a Paradise…

—Recuerde que debemos ir juntos; a fin de cuentas, soy la propietaria de Heywood Forest.

—Sí, pero no vamos a ir con trompetas y banderas desplegadas. Se me ha ocurrido una idea para llegar al pueblo con el mínimo de riesgo y la pondremos en práctica en cuanto hayamos dejado atrás Berndon Falls.

—¿Cuál es el plan, Jim?

—Primero, exploración a pie del terreno. Luego, llegaremos y…

Butler consultó su reloj.

—¿Pasa algo? —Preguntó Karen—. ¿Acaso tiene que marcharse?

—No, todavía tengo algunos minutos. He de entrevistarme con un cliente llamado Farnley.

—¿En sábado y por la noche?

—Ha salido a cenar con unos amigos y luego irá al teatro. Le he dicho que tengo absoluta precisión de hablar con él esta misma

noche. Defiendo una demanda contra él y me recibirá en su casa.

—Muy bien, Jim. ¿Otra copita?

—No, gracias. —Butler sonrió—. Lo mejor de todo es que Danvers ha conseguido informes muy importantes. Mañana, domingo, estará de vuelta y me dirá lo que ha visto en Paradise. Por supuesto, usted tenía razón al sospechar de Billy Boy. Sea cual sea el asunto, está metido en él hasta el cuello.

—Podríamos interrogarle cuando pasemos por su gasolinera, ¿no le parece?

—Si tiene algo que ver con Winter y su banda, será mejor que no le digamos nada. Yo no vi teléfonos en la casa de Heywood, pero se puede avisar por otros medios y no precisamente con «tam-tams» africanos.

Karen sonrió.

—Sí, es cierto. Jim, ¿qué cree usted que hace Winter en su clínica?

—No se me ocurre nada. Pero sospecho algo horrible… algo que ni siquiera tiene nombre.

—Busca clientes ricos para eliminarlos y quedarse con su fortuna, ¿verdad?

—Muy posiblemente, Karen.

Guardaron silencio unos momentos. Luego, Butler sonrió.

—Usted era enfermera, me dijo hace días. ¿A qué se dedica ahora?

Ella emitió una graciosa sonrisa.

—Por el momento, me dedico a recuperar la propiedad de Heywood Forest —contestó.

—No está mal, Karen.

—Dejé el empleo por una temporada, cuando decidí hacer efectivos mis derechos. Una vez que lo haya conseguido… ya veré si vuelvo a mi puesto o me dedico a otra cosa.

—Por ejemplo, a vivir la buena vida.

—No estaría mal, ¿verdad?

Butler pensó un instante en la extraña visita que había recibido del sujeto tan parecido a Rupert Heywood. Aún no se lo había contado a la muchacha, pero le parecía que debía esperar un poco antes de relatarle la visión.

Si había tenido una visión, ¿de dónde había salido el dije con la moneda de oro?

Al cabo de un rato, volvió a consultar su reloj y se puso en pie.

—Debo marcharme —dijo—. Vendré a recogerla el lunes a primera hora, Karen.

—Estaré dispuesta, Jim —respondió la muchacha.

CAPÍTULO X

—Pase, pase y sírvase una copa a su gusto —dijo Farnley, una vez en el interior de su lujoso apartamento—. Permitirá que me lave las manos un momento.

—Por supuesto —accedió Butler.

Farnley se alejó hacia el interior. Butler paseó la mirada por el interior del apartamento.

Farnley era un hombre de notables medios económicos. Andaba ya por los cuarenta, pero se conservaba muy bien y aún tenía la suficiente apostura para que las mujeres se volviesen a su paso.

Contaba con dos divorcios en su haber, uno de ellos tras un sonado escándalo. Por dicha razón, Farnley no había querido volverse a casar nuevamente y vivía como un solterón empedernido, lo cual no le impedía tener una aventura tras otra.

—Si le gustasen los «safaris», se pasaría el año en África, detrás de las fieras —sonrió Butler.

El apartamento estaba situado en el piso veintidós de un edificio destinado principalmente a viviendas. Disponía de una amplia terraza, desde la que se captaba una impresionante vista de la urbe, estallante de luces y de vida en la noche del sábado.

Junto al ventanal que daba a la terraza, había una consola con algunas cartas abiertas. Butler se acercó lentamente y curioseó la correspondencia. Uno de los matasellos llamó especialmente su atención.

La carta había sido depositada en algún buzón de Berndon Falls. No llevaba otra indicación salvo la dirección del destinatario. El nombre del remitente permanecía en el anónimo, lo mismo que sus señas.

Una cuartilla sobresalía del sobre abierto con una plegadera. Movido por un irresistible sentimiento de curiosidad, Butler sacó la cuartilla y leyó:

PRÓXIMA FIESTA CON BARBACOA, EN H. F.
El 2º sábado de mes.
Para conocimiento de los entendidos:
Edad de la pieza: 24 años.

Butler frunció el ceño. ¿Un asado con un animal de veinticuatro años de edad?, se preguntó.

—La carne debe de estar dura como la piedra —murmuró.

A menos que la ablandasen por procedimientos que le resultaban desconocidos, se dijo. Los *gourmets*, a veces, tenían caprichos rarísimos.

—Han comido tanto y de todos los manjares posibles, que ya no saben qué inventar para estimular el paladar —rezongó entre dientes.

De pronto, se fijó en las dos iniciales que seguían a la palabra barbacoa. H. F. ¿Heywood Forest?

En aquel instante, oyó ruido en las habitaciones interiores y volvió la carta precipitadamente al interior del sobre. Luego se situó en el ventanal, como si fuese a salir a la terraza, poniéndose al mismo tiempo un cigarrillo en los labios.

Farnley apareció, atándose el cordón de la bata.

—Dispense la tardanza, Jim; pero estaba un poco acalorado y necesitaba refrescarme un poco.

—No se preocupe. La ducha le habrá sentado bien, supongo.

—Estupendamente. ¿No ha querido beber?

—Gracias, no me apetece a estas horas.

—Bien, con su permiso, yo tomaré un trago. Y ahora, dígame lo que le ha traído a mi casa con tanta urgencia.

—Bueno, es un poco… digamos indiscreto. Tendrá que disculparme, pero mi visita no se debe a la demanda que le han planteado.

Farnley alzó las cejas.

—¿No? ¿Entonces?, ¿qué pasa?

—Usted lo llamará aprensiones mías, o quizá piense que me estoy metiendo en algo que no me importa… pero el otro día, cuando vino a visitarme… ¿Recuerda la cuartilla en la que mencionaba la palabra barbacoa?

Farnley se puso rígido.

—No tengo que hablar nada sobre el particular —contestó.

—Perdone, pero yo opino lo contrario.

—Señor Butler, voy a decirle una cosa. A partir de este momento, le relevo de sus obligaciones como mi abogado. Tenga la bondad de enviarme por correo la minuta de sus honorarios y puede estar seguro de que se la abonaré puntualmente. Ahora, ¡largo de aquí!

Butler no se dejó impresionar. El tono de Farnley era enérgico, pero disimulaba el miedo que le había invadido repentinamente.

Señaló la carta que había sobre la consola.

—Señor Farnley, ¿H. F. quiere decir Heywood Forest?

El otro no contestó. Tenía la boca abierta y parecía buscar oxígeno para sus pulmones. El color había huido completamente de su rostro.

—¿Qué pasa, exactamente, en Heywood Forest? —Insistió el joven—. Y, para más detalles, en un pequeño pueblo llamado Paradise-on-Earth. ¿Se celebran allí orgías incalificables? Oh, no es que tenga nada contra esa clase de fiestas mientras no perjudiquen a terceros… pero un buen amigo mío fue allí a curarse ciertas deficiencias orgánicas y murió de un fallo cardíaco. ¿Conoce usted la clínica del doctor Winter?

Farnley seguía sin hablar. Butler, tras unos segundos de pausa, decidió volver a la carga.

—En la barbacoa se asará una pieza de veinticuatro años —dijo —. ¿Qué clase de animal van a consumir? Tendrá la carne muy dura, imagino…

Repentinamente, Farnley lanzó un ronco grito. Butler vio en su rostro el más espantoso terror. ¿A qué temía?

Adelantó un paso, pero no pudo hacer nada. Con terrible brusquedad, Farnley le apartó a un lado, derribándolo al suelo. Luego corrió hacia la terraza, se subió al parapeto y, sin vacilar un solo instante, saltó al vacío.

* * *

Habían pasado veinticuatro horas y todavía no se había borrado de su mente la impresión recibida al ver a Farnley tirarse a la calle desde el piso veintidós. El estómago se negaba a recibir cualquier alimento.

Un oculto sentido de protección, le había impulsado a esconder la carta en la que se mencionaba la próxima fiesta con barbacoa.

Por fortuna, la Policía no le había molestado excesivamente. El oficial encargado de la investigación le había dicho aquella misma mañana que era muy probable que Farnley se hubiera suicidado tras ingerir alguna droga que le había impulsado a tomar aquella fatal decisión, alucinado por alguna visión que no había sido capaz de soportar.

—Eran gentes con gustos depravados. Habían disfrutado de todo lo que la vida puede ofrecerles y ya no sabían qué hacer para conseguir placer —dijo el policía.

A pesar de todo, Butler se sentía muy infeliz. Salió de su casa, incapaz de permanecer entre cuatro paredes, y caminó sin rumbo fijo. Poco a poco, sin embargo, consiguió serenar sus ideas.

Había pasado la noche en vela y dormido mal unas cuantas horas durante el día. Ahora era otra vez de noche y quería fatigarse un poco, a fin de conciliar el sueño la noche que ya llegaba. El día siguiente prometía ser movido y le convenía estar fresco y descansado.

Una hora más tarde, entró en un bar a tomarse una copa. Cuando había bebido la mitad, sintió que le tocaban en un brazo.

—¿No se acuerda de mí, señor Butler?

El joven volvió la cabeza. Aquel hombre le resultaba vagamente conocido, pero no recordaba dónde le había visto.

—Usted me defendió de oficio hace algunos años —dijo el sujeto —. Lo hizo bastante bien; no pudo librarme de la «trena», pero consiguió reducir la condena a la mitad. Soy Sam Slater. Los amigos me llaman Zancudo. No sé por qué, soy bajito y tengo las piernas cortas…

Slater soltó una risita. Butler sonrió y movió la mano izquierda.

—Pida lo que quiera, Sam. Celebro el encuentro y me alegro de verle en la calle.

—Gracias. Eh, muñeca, sirve un doble de lo bueno —exclamó Slater, dirigiéndose a la barmaid—. Señor Butler, he leído los periódicos y sé que se vio metido anoche en un jaleo de los buenos.

—No fue agradable —convino el joven—. Era mi cliente y aún no comprendo por qué tuvo que tirarse a la calle. Tenía un pleito entre manos, pero íbamos a ganarlo…

Slater hizo una mueca. La barmaid le sirvió el *whisky*, tomó un buen trago y luego chasqueó la lengua apreciativamente.

—Quizá el suicidio era lo único que le faltaba probar en esta vida —dijo al cabo.

—¡Sam! —Respingó el joven.

—Bueno, a usted le parecerá una exageración… —Slater bajó la voz repentinamente—. Señor Butler, cuando yo estaba en aquel apuro, usted se portó muy bien conmigo, esforzándose por defenderme como si le hubiese pagado un sueldo de ministro. A mí me gusta también ser agradecido.

—Lo celebro —sonrió Butler—. ¿Qué va a decirme ahora, Sam?

—Vamos a aquel rincón —propuso el sujeto.

Butler le siguió hasta el extremo del mostrador. Slater volvió a beber. Luego dijo:

—Hasta ahora, son rumores. No puedo confirmarlo, porque a mí ni me va ni me viene, como puede comprender. Se trata de una sociedad de muy pocos miembros, un club muy exclusivo, en el que no todos son admitidos y donde se pagan unas cuotas monstruosas. Farnley era miembro de esa sociedad.

—¿Cómo lo ha sabido, Sam?

Slater le guiñó un ojo.

—Soy íntimo amigo de la asistenta que hacía la limpieza del apartamento de Farnley. Ella le ha oído hablar por teléfono más de una vez, comentando con alguien detalles de las fiestas a las que asisten con regularidad. Asan carne en barbacoa y otras cosas que no me atrevo siquiera a imaginar.

El confidente volvió a bajar aún más la voz.

—Se dice que suceden cosas horribles en esas fiestas… Proyectan películas con asesinatos reales, violaciones auténticas de mujeres que luego son estranguladas o torturadas hasta morir… Señor Butler, créame, los miembros de ese club son la gente más depravada y sin conciencia que pueda imaginarse. Han gustado ya de todos los placeres de la vida y necesitan algo nuevo para disfrutar.

Butler asintió. Era posible que Slater tuviera razón.

—Yo opino —prosiguió el sujeto—, que Farnley, de repente, recobró la cordura, recordó todo lo que había hecho y saltó por la terraza. Usted estaba presente y debe saber mejor que nadie lo que pasó allí.

—Es posible que tenga usted razón —convino el joven—. Deben

de ser unas fiestas horribles. Aunque, seguramente, tendrán un principio normal, con una cena a base de barbacoa, con una buena pieza asada a las brasas… Pero luego, claro, se irán caldeando los ánimos…

De repente, Butler recordó un detalle que se le había pasado por alto.

—Sam, tengo entendido que usted trabajó algún tiempo en los mataderos de Chicago.

—Sí, unos cuantos meses. Pero acabé poniéndome enfermo y durante años enteros no oía más que mugidos de terneros que iban al degolladero… El olor de la sangre, la piel chamuscada cuando se va a limpiar… No, no tuve estómago suficiente y me marché.

—De todas formas, adquiriría alguna experiencia, supongo.

—Hombre… ¿Por qué me lo pregunta?

—Sam, en una fiesta con barbacoa, ¿qué pieza asaría usted con veinticuatro años de edad?

Slater se quedó mirando al joven como si no hubiese oído bien.

—¿Una res de casi un cuarto de siglo? A eso no hay quien le meta el diente, hombre —contestó.

—Y sin embargo, en esa fiesta se va a asar una pieza de veinticuatro años, Sam.

Hubo un momento de silencio. Los dos hombres se miraban recíprocamente, fijos los ojos del uno en el rostro del otro. Luego, súbitamente, Butler agarró el brazo de Slater con dedos crispados.

—Sam, si está pensando lo mismo que pienso yo, por el amor de Dios, no diga nada, no divulgue la noticia; no se le ocurra comentarlo siquiera con su amiga. —Metió la mano libre en el bolsillo, sacó un puñado de billetes y los pasó al confidente—. Silencio, Sam, silencio —insistió.

Slater estaba lívido.

—Necesito otro trago… —balbuceó.

—Yo también —dijo Butler.

Bebieron calladamente. Luego, Slater movió una mano.

—Voy a llevarme una botella a casa y me la trincaré entera. De otro modo, no podría pegar ojo en toda la noche.

Butler asintió. Era el mejor medio para olvidar, siquiera fuese por unas horas, las cosas horribles que sucedían en Paradise.

* * *

Entró en el despacho con unos objetos en la mano y los puso encima de la mesa. Winter alzó los ojos para mirar a Drury.

—¿Qué pasa?

—Aquí está todo lo de Herbyson. No ha quedado nada que pueda permitirle la identificación el día de mañana, suponiendo que lo encontrasen.

—¿Lo has enterrado ya?

—Iba a hacerlo, pero he visto algo que me ha llamado la atención. Véalo usted mismo, doctor.

Drury señaló una agenda de tapas negras. Winter leyó en la página señalada previamente por el sujeto. De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Butler!

—Sí, señor. Danvers investigaba para ese abogado. Y si lo recuerda un poco, representaba los intereses de Herbyson.

Winter se acarició la mandíbula unos momentos.

—No creo que Butler sospeche nada, por ahora —dijo—. Pero convendría estar prevenidos.

—¿Cómo, doctor?

—¿Por qué no le enviamos un aviso? Un mensaje que le haga sentirse amedrentado y que le obligue a olvidar a su cliente para siempre.

—No estaría mal —respondió Drury—. ¿Qué clase de aviso?

Winter se lo dijo. Drury consideró la respuesta unos momentos y luego se echó a reír.

—Buena idea —aprobó ruidosamente—. Sí, eso le disuadirá de que a veces, la amnesia sea una virtud muy conveniente.

Drury se dispuso a abandonar el despacho. Cuando llegaba a la puerta, Winter le hizo una pregunta:

—¿Cómo está la pieza del próximo sábado?

Drury hizo una mueca.

—Temo que no resulte como esperamos. Es muy terca, doctor. Pero la convenceremos, créame.

—Sigue insistiendo. Necesitamos ganar tiempo. —La voz de Winter se hizo repentinamente soñadora—. Hemos buscado meses enteros, hasta dar con un tipo como Herbyson. Cuando hayamos terminado la operación, Paradise-on-Earth habrá dejado de existir.

—Lo mismo que nosotros… quiero decir, los nombres actuales,

doctor —contestó Drury—. ¿En cuánto estima usted el alcance de la operación Herbyson?

—Seis millones, contando por lo bajo —repuso Winter.

—Valía la pena —aseguró el otro.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO XI

La carretera pasaba a muy corta distancia de la estación de servicio Jeppson.

—Ponte las gafas oscuras, Karen —aconsejó Butler.

—¿Con este tiempo, Jim? —se extrañó ella.

—Estoy viendo a Billy Boy. A ti te conoce y a mí… Bueno, también le pregunté por Paradise-on-Earth.

—Si nos reconociese, daría aviso a Winter y compañía, ¿verdad?

—Probablemente.

El chico, sin embargo, parecía muy ocupado atendiendo a un cliente y no se fijó en el coche gris azul que pasaba a buena velocidad por la carretera cercana. Un par de millas más adelante, Butler tomó una desviación, que se apartaba casi perpendicularmente de la vía principal. No tardó mucho en reconocer el paisaje.

—Vamos por el buen camino —dijo—. De todos modos, no nos habríamos perdido esta vez.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Karen.

—Tu antepasado, efectivamente, fue marino y traficó con carne africana. Cuando se retiró, no pudo olvidar su profesión y señaló el emplazamiento de la casa de la misma forma que lo habría hecho en una carta marina, esto es, con las coordenadas geográficas de longitud y latitud.

—Es cierto —recordó ella—. Yo había visto esas cifras, pero no se me ocurrió pensar en semejante detalle.

—Por si acaso, he traído una brújula. Estudié en el mapa la situación de Heywood Forest y conseguí localizarlo con toda exactitud, a pesar de que no figura en ése ni en ningún otro mapa.

—¿Por qué, Jim?

—Es difícil saberlo. Para ti y para mí, puede tener importancia, pero no para el topógrafo que trazó el mapa. Es posible que

encontremos algo en un mapa militar, mucho más detallado, pero no tenemos ninguno a nuestro alcance. Respecto a Paradise, es muy probable que a Heywood no le interesara que figurase en ninguna carta geográfica.

—¿Lo crees así?

—Es una hipótesis. He leído y releído los documentos hasta la saciedad y he podido deducir que tu antepasado dejó enemigos, que no sentían demasiado afecto hacia su vida. Probablemente, se escondió en el bosque, para escapar a una más que posible venganza debida, tal vez, a una digamos deficiente distribución de los beneficios del comercio de ébano vivo.

—Y así, el desconocimiento de Paradise ha ido propagándose hasta nuestros días.

—Y hasta que alguien lo redescubrió y decidió convertirlo en una imaginaria clínica psicosomática, frase que encubre el lugar donde se cometen cosas tan horribles, que no me atrevo siquiera a imaginarlas.

Butler no quiso decir que ya se las había imaginado, para no asustar a la muchacha innecesariamente. Y si podía, se dijo, procuraría evitar que ella conociese la espantosa verdad en todas sus dimensiones.

El bosque se divisaba a lo lejos, entre la bruma, baja, húmeda. Karen notó cierta opresión en el pecho. El ambiente no podía ser más triste y deprimente.

—¿Es que aquí no luce nunca el sol? —preguntó.

—Estamos en la época mala y aún tienen que venir las nieves. Entonces es muy posible que incluso aparezcan los lobos —contestó Butler.

Ella sintió un escalofrío.

—Lobos —murmuró.

—Habrá venados y otras piezas de caza mayor, amén de conejos y distintas especies menores. En fauna, Heywood Forest debe de ser un bosque riquísimo.

El camino se hacía cada vez más difícil, a causa del descuido en que se hallaba. Empezaron a caer las primeras gotas.

De pronto, Butler divisó la barrera que atravesaba la ruta.

—Ahí está —dijo.

Frenó el coche y contempló durante unos momentos el

indicativo de carretera cortada. Luego se volvió hacia la muchacha.

—¿Estás preparada?

Había cierta palidez en el rostro de Karen, pero ella se mostró resuelta.

—Sí, Jim.

—Convendría que te equipases adecuadamente. Yo también voy a hacerlo.

—Muy bien.

Una vez fuera del coche, levantaron la tapa del portaequipajes. Butler se puso un impermeable, con capucha, y botas de media caña. Karen se equipó de forma similar.

—Espera un momento —dijo él—. Conviene tomar precauciones.

Butler entró en el coche y lo sacó fuera del camino cortado, llevándolo a cierta distancia, al otro lado de un espeso grupo de árboles, donde no podía ser visto con facilidad. Luego regresó junto a la muchacha y agarró su brazo.

—En marcha.

Franquearon la barrera. Cien metros más adelante, Butler vio el suelo cubierto de hierba.

—Aquí había un camino que atravesaba el bosque —murmuro pensativamente—. Me pregunto cómo pudieron hacerlo desaparecer.

Karen no dijo nada. Sin embargo, unos pasos más adelante, se arrodilló y tocó el suelo con los dedos.

Butler contemplaba en silencio a la muchacha. Ella continuaba examinando el suelo. De pronto, vio que se movía lateralmente, sin dejar de pasar las yemas de los dedos por encima de la hierba.

Súbitamente, se oyó una exclamación:

—¡Ah, aquí está el misterio! —dijo la muchacha.

Estupefacto, Butler vio a Karen meter las manos debajo de un trozo herboso y tirar hacia arriba. El suelo amarillento se hizo visible en el acto.

—Ya tienes la explicación —sonrió Karen—. Césped artificial.

Butler tenía la boca abierta.

—Fantástico —calificó—. Nunca se me habría ocurrido…

—El camino es muy estrecho y resulta fácil cubrirlo con una alfombra de césped artificial, del mismo tipo que se usa actualmente para pistas de tenis e incluso campos de fútbol. Si lo

encargas, y lo pagas, claro, pueden hacerte un césped artificial con la hierba más larga que lo habitual y hasta pueden ponerte trozos de distinta tonalidad. También se usa en la decoración de los escenarios de cine…

Karen se puso en pie y dejó caer el trozo de alfombra de césped, que se confundía fácilmente con la hierba auténtica de los costados.

—¿Por qué harían eso, Jim? —preguntó.

—Es posible que quieran evitar la presencia de viajeros indeseados —contestó él—. Por alguna razón que ignoro, el día en que yo llegué, el camino estaba descubierto. Lo cubrirían después de mi llegada, supongo.

—Sí, pudiera ser. ¿Falta mucho ya para llegar a Paradise, Jim?

Butler estudió el panorama. El bosque se hacía cada vez más espeso. A partir de aquel punto, resultaba fácil perderse. Pero había venido preparado y estaba seguro de encontrar Paradise sin demasiadas dificultades.

—Parece que gastaron bastante en césped artificial —comentó al cabo de unos momentos.

—El camino tiene unos cuatro o cinco metros de ancho. Si suponemos un cuarto de kilómetro de longitud, tendremos unos mil doscientos metros cuadrados de alfombra. Cuando se cubre el suelo de un estadio, se emplean entre ocho y diez mil metros. No es demasiado, Jim —repuso la muchacha.

De repente, se encontraron con lo que parecía una insalvable barrera de arbustos de gran elevación.

—Aquí acaba el camino —dijo Butler.

Avanzó unos pasos y tocó los ramajes con las manos. Luego bajó la vista.

—Vegetación artificial también, de plástico, una perfecta imitación —explicó.

—Entonces, apartarán los arbustos cuando tengan que entrar y salir del pueblo.

—Es lo más seguro, Karen.

—Me pregunto por qué te dejaron salir a ti.

—También yo me lo he preguntado en más de una ocasión y sólo encuentro una respuesta: llegó un viajero inoportuno, trataron de asustarlo, no lo consiguieron y permitieron que se marchase lleno de miedo, seguros de que no volvería más por aquí.

—Pero quisieron narcotizarte…

—Tengo la impresión de que, si eso hubiera sucedido, me habrían sacado fuera con el coche, abandonándome en un punto donde no pudiera encontrar el pueblo. No fue así y prefirieron que me marchase, retirando el poste indicador y cubriendo el camino con las alfombras de césped artificial.

Mientras hablaba, Butler apartaba los falsos ramajes con las manos. Avanzaron unos metros más y, de pronto, entre la bruma y la llovizna, vieron el pueblo.

* * *

—¡Ahí está!

Guardaron silencio unos minutos. Paradise-on-Earth estaba a unos trescientos pasos de distancia. Las casas aparecían difuminadas por la bruma ambiental. A la izquierda se divisaba la mansión que se había construido el capitán negrero casi doscientos años antes.

Butler pensó que un día tendría que contar a la muchacha la visión que había tenido. De no haber sido por el dije con la moneda de oro, habría creído que se trataba simplemente de un sueño. Pero no encontraba la forma de deslindar lo que había entre el sueño y la realidad.

—Desierto, absolutamente desierto —comentó Karen, tras una larga pausa—. ¿Qué hacemos, Jim?

—Aquí suceden cosas muy raras y no todas tienen fácil explicación —respondió el joven—. Aunque quizá, si pudiéramos hablar con alguno de los habitantes de Paradise…

—Ah, ¿pero vive gente aquí?

—Yo hablé, al menos, con dos personas, una de ellas una joven encantadora, precisamente la que me aconsejó marcharme del pueblo. Y esto no lo soñé, estoy seguro. Ahora me gustaría saber si esa joven está aquí todavía, y también los Dealey…

—¡Pues vamos allá, hombre! —exclamó Karen impetuosamente.

—No seas impulsiva, mujer. Conserva la calma. Escucha, recuerdo muy bien la casa de los Dealey y la de Diana Cooper. Vamos a ir por la parte de atrás, para evitar ser vistos. No hay nadie a la vista, pero presiento que hay gente en algún sitio y no me gustaría que me sorprendiesen en mala situación.

—¿Winter?

—Sí, seguro, y sus compinches… Anda, ven.

A partir de aquel lugar, se iniciaba un claro en el bosque, donde estaba el pueblo. Karen pudo apreciar el final de la alfombra de césped artificial. El camino continuaba al otro lado de la barrera de falsos arbustos hasta convertirse en la calle mayor y única de Paradise-on-Earth.

Sintió que Butler tiraba de ella y le siguió, ambos por el interior del bosque, pero muy próximos al borde del claro. Un poco más tarde, Butler se detuvo frente a la trasera de una casa.

—Aquí viven los Dealey —murmuró.

—No hay señales de vida. Son casi las dos de la tarde; tendría que verse algún movimiento en la casa.

—Muy bien, vamos a ver qué sucede. Sígueme.

Butler echó a correr, siguiendo una ruta perpendicular a la hilera de casas de aquel lado. Alcanzó la puerta posterior y tanteó el pestillo.

—No está cerrada con llave.

Empujó la puerta. La cocina aparecía desierta.

Karen se fue inmediatamente al frigorífico y lo abrió.

—Nada —dijo—. No hay ni para alimentar a un canario.

La cocina se hallaba en orden, con todos los cacharros en su sitio, pero no había el menor rastro de alimentos. El silencio era total, solamente interrumpido por el monótono rumor de la lluvia, muy tenue, sin embargo.

Sin saber por qué, Karen sintió que la angustia le oprimía el corazón. Era un temor irracional, un miedo a lo desconocido, del que no podía desprenderse, porque le parecía hallarse envuelta en un aura impalpable, que la rodeaba como una segunda piel.

Instintivamente, se apretó contra el joven. Butler notó su estado de ánimo y procuró tranquilizarla.

—No temas —musitó.

Pero él no se sentía demasiado seguro tampoco. Al cabo de unos minutos, avanzó hacia la puerta de la cocina y pasó al otro lado de la casa.

No había nadie en ninguna de las habitaciones, que también se hallaban en un perfecto orden. De los Dealey no había el menor rastro.

—Se habrán marchado del pueblo —apuntó Karen.

Butler hizo un gesto negativo.

—Con las cosas que sucedían aquí, lo dudo mucho —contradijo —. No les permitirían marcharse, créeme. Lo más seguro es que…

El joven se calló. Karen comprendió con claridad el sentido de la frase no completada.

Butler avanzó unos pocos pasos más y alcanzó una de las ventanas de la sala, que daba a la calle. La ausencia de vida en el pueblo era total.

—Nadie —murmuró—. Pero ¿por qué está abandonado de sus habitantes?

—¿Estás seguro, Jim?

—¿Qué dices, Karen?

—Perdona, pero estoy viendo a alguien en estos momentos —dijo la muchacha—. Allá, un poco a la izquierda…

Butler volvió la mirada en aquella dirección. Una mujer caminaba a lo largo de la calle, en el lado opuesto, llevando en las manos una bandeja que parecía llena de comida. Debido a la distancia, no podía apreciar sus facciones, pero le pareció joven y atractiva, pese a que llevaba puesto un impermeable con la capucha calada.

La mujer se detuvo delante de una casa situada justo frente a la de los Dealey. Abrió la puerta y desapareció de la vista de los dos jóvenes.

—Ahí vivía Diana Cooper —exclamó Butler.

—¿Seguro?

—Sí, absolutamente. Y yo diría que sigue con vida, aunque prisionera, porque le llevan comida.

—Entonces, será mejor que esperemos hasta que la otra se haya marchado —propuso Karen.

Butler asintió preocupadamente. Se frotó la mandíbula con gesto maquinal. En aquellos momentos, se acordaba de Danvers.

El detective le había informado por teléfono, pero él esperaba que consiguiera aún más detalles. Desde el viernes por la noche, no había vuelto a tener noticias suyas.

El sábado era, quizá, demasiado pronto, pero el domingo debía de haberle llamado. Sin embargo, no lo había hecho.

Habría resultado muy conveniente actuar, conociendo los datos que Danvers pudiera haber conseguido, se dijo. No era así y se sintió aprensivo al pensar que podía encontrarse en desventaja si

tenían que enfrentarse con Winters y sus sicarios. Porque estaba seguro de que Winter tenía cómplices. Quiénes fueran éstos, era cosa que, por el momento, carecía de importancia.

—Mike, ¿dónde demonios te has metido? —murmuró a media voz, expresando verbalmente sus aprensivos pensamientos.

CAPÍTULO XII

Cuando llamaron a la puerta, Betty se levantó y fue a abrir. Un hombre, con uniforme de agencia de reparto, apareció ante sus ojos, portador de una caja de regulares dimensiones.

—¿Abogado Butler? —preguntó el repartidor.

—Sí, aquí es, pero no está…

—Es igual, sólo quiero entregar este paquete. Lo trajeron para él, señora, ¿quiere firmar en el libro?

—Desde luego.

El paquete quedó encima de una silla, en el antedespacho. Betty firmó en la libreta. El repartidor quedó en el umbral, con la mano extendida.

Betty levantó la vista al techo.

—¿Hay goteras?

El repartidor dijo algo entre dientes.

—La suya, so bestia —le apostrofó Betty, a la vez que le daba con la puerta en las narices.

Detestaba dar propinas y más a quien las exigía como si fuese una obligación. «Para eso les pagan y si no, que se busquen otro empleo», pensó disgustadamente.

Volvió al trabajo. El paquete había quedado sobre la silla. Estaba envuelto en papel corriente y atado con un cordel, sin lazos de adorno ni ningún otro aditamento. Pesaba relativamente poco y se preguntó qué podía contener aquella extraña caja, de forma cúbica y de unos cuarenta centímetros de lado.

Transcurrió un buen rato. De pronto, Betty oyó un sordo chasquido.

Miró a todas partes, pero no vio nada. Al cabo de unos momentos, se repitió el sonido.

—A ver si es verdad que va a haber goteras dentro de la casa —rezongó.

El ruido era semejante al de una gran gota de líquido que cayera desde cierta altura. Cuando se produjo por tercera vez, volvió los ojos hacia la caja.

En la parte inferior se veía una pequeña mancha de humedad. El líquido se acumulaba allí, hasta que alcanzaba la densidad suficiente y entonces se desprendía en una gran gota, que formaba estrella al chocar contra el suelo.

Betty frunció el ceño, enojada.

—¿Qué demonios habrá comprado este hombre? —murmuró.

Llevaba ya tiempo trabajando para Butler y gozaba plenamente de la confianza del abogado. Si había algún frasco en el interior de la caja y se había roto, lo mejor era sacarlo cuanto antes, a fin de evitar que se estropease el resto del contenido.

Se levantó de su sitio, fue hacia la silla con unas tijeras en la mano y cortó el cordel primero y luego el papel, que apartó a un lado rápidamente. La caja era de color blanco, de poliuretano y las paredes tenían un par de centímetros de espesor, unidas simplemente por tiras de papel adhesivo.

Estaba construida con seis placas iguales de aquella sustancia ligera y aislante, pero el cierre no era hermético; por eso se producía el goteo. Cuando quitó la envoltura, percibió un olor muy poco agradable.

Arrugó la nariz.

—Huele a muerto —masculló.

Levantó la tapa. Los laterales se desprendieron.

Betty vio aquello y lanzó un horroroso alarido. Retrocedió espantada, sin darse cuenta de que todavía estaba en cuclillas, y cayó de espaldas.

Luego se incorporó un poco. Con ojos desorbitados, contempló la cabeza sin cuerpo, apoyada por el cuello seccionado en la base de la caja. Alguien había puesto unos trozos de hielo, pero se habían fundido y ello producía el goteo que había llamado su atención.

Los ojos de la cabeza estaban cerrados y el rostro aparecía amarillento, pero Betty reconoció en el acto su identidad.

—¡Mike, Mike! —chilló.

Luego se sintió acometida por un ataque de nervios y empezó a gritar y a convulsionarse histéricamente, rompiéndolo todo, sin darse cuenta de lo que hacía.

Los teléfonos de la mesa cayeron al suelo. En el vestíbulo, el conserje oyó que le llamaban y descolgó su teléfono.

—Señora Brunner, ¿qué desea?

Betty no contestó, pero el conserje oyó una serie de aullidos que no tenían nada de humano, además de unos ruidos que ponían los pelos de punta. Alarmado, llamó a la Policía.

Cinco minutos más tarde, el conserje y dos agentes, irrumpían en el despacho de Butler. Entonces encontraron a la secretaria tendida en el suelo, sin sentido, en medio de un espantoso desorden de teléfonos volcados y papeles esparcidos por todas partes, amén de un par de sillas también volcadas.

—¿Qué diablos le ha pasado a esta mujer? —se asombró uno de los policías.

El otro se volvió y divisó la cabeza sin cuerpo.

—¡Cristo! —exclamó—. Ya sé qué le ha sucedido, tú.

* * *

La joven de la bandeja salió y caminó en sentido inverso, hasta desaparecer en otra de las casas. Butler decidió aguardar unos minutos todavía.

—Saldremos por la puerta trasera y daremos la vuelta al pueblo para llegar a la otra casa también por detrás —dijo.

—Muy bien —aprobó Karen.

Transcurrió un cuarto de hora. Butler juzgó llegado el momento, pero en aquel preciso instante, apareció un coche que se detuvo frente a la casa donde había entrado la mujer.

Alguien salió a recibirle.

—No le conozco —dijo Butler.

De pronto, recordó algo y, sin hacer ruido, levantó el bastidor de la ventana.

—Karen, tienes un oído excepcional —dijo.

Ella asintió. Los dos hombres estaban hablando en la puerta de la casa.

—¿Ha llegado? —preguntó Winter.

—Eso espero. Lo entregué a una agencia de reparto —contestó Drury—. Pagué una prima suplementaria, por urgencia en la entrega. A estas horas, el abogado ya tiene nuestro recuerdo.

Winter soltó una risita.

—Me gustaría ver la cara que pone, cuando vea a su amigo

incompleto —dijo.

—Es fácil imaginárselo, doctor. Eso le hará pensar mucho y nos dejará en paz para siempre.

—Eso espero. Bien, guarda el coche. Hemos de empezar los preparativos para la próxima fiesta. Será la última.

—Sí, doctor. A propósito, ¿qué tal la pieza que será el plato fuerte?

—Estupenda. Cada día más apetitosa —rió Winter.

Los dos hombres desaparecieron en el interior de la casa. Butler bajó el bastidor de la ventana.

—¿Y bien? ¿Qué han dicho?

Al volverse hacia la muchacha, vio que estaba horriblemente pálida.

—¡Karen! —se asombró.

—Jim… sospecho que a Danvers le ha pasado algo malo…

—¿Cómo?

—Mencionaron un envío… Dijeron algo sobre la cara que pondrías cuando vieras a tu amigo incompleto…

Las piernas se negaron a sostenerla y Karen hubo de tomar asiento en una silla cercana. Butler se inclinó sobre ella.

—¿Estás segura?

Karen asintió.

—Dios mío… Aquí deben de pasar cosas verdaderamente horribles. ¿A qué lugar infernal hemos venido a parar, Jim?

—Paradise tiene un nombre que no se merece —contestó él sombríamente—. ¿Has oído algo más?

—Sí, dijeron algo de una pieza que sería el plato fuerte… Supongo que será servida en algún banquete… Está cada día más apetitosa…

Butler sintió que se le erizaban los cabellos.

—¡Dios mío! ¡No puede ser! Esos miserables…

Pero no se atrevió a seguir adelante. Al cabo de unos momentos, se encaminó hacia la trasera del edificio.

—Quédate aquí, Karen —ordenó—. Regresaré lo más pronto que me sea posible.

Ella se levantó vivamente.

—¡No, Jim, no me dejes sola! Prefiero afrontar cualquier riesgo a tu lado. Me moriría de miedo si me quedase sola.

—Está bien, aunque empiezo a pensar que no debí haberte traído a este lugar infernal…

—Tengo alguna relación con él, ¿no recuerdas?

Butler asintió. Cuando llegaban a la puerta trasera, ella le hizo una pregunta:

—Jim, ¿qué han querido decir al mencionar a tu amigo incompleto?

En el rostro del joven había una expresión de sombría cólera.

—Lo peor que puedas imaginarte, Betty. Mike Danvers ha sido asesinado —contestó.

Ella ahogó un grito de asombro. Butler asomó la cabeza, vio que no había nadie y tiró de su mano.

Dando un gran rodeo, bajo la llovizna, que continuaba cayendo persistentemente, pasaron al otro lado del pueblo. Butler divisó la casa del antepasado de Karen, pero pensó que ya llegaría el momento de visitarla. Ahora les convenía mucho más encontrar a algún habitante, que pudiera contarles lo que sucedía allí.

Un cuarto de hora más tarde, se detuvieron ante la trasera de una casa. Butler tanteó la puerta. Estaba cerrada con pestillo, pero no se arredró por el obstáculo. Golpeó un cristal con el codo y así pudo pasar el brazo por el hueco.

Instantes después, penetraban en la casa. El silencio, como en todas partes, era absoluto.

Caminó unos cuantos pasos. De repente, oyó un ruido extraño.

Karen sintió un escalofrío.

—¡Fantasmas! —dijo.

Butler frunció el ceño. El ruido de cadenas era fácilmente perceptible. Podía haber un fantasma en la casa, ciertamente, pero… ¿a media tarde?

—Los fantasmas salen siempre a la medianoche —rezongó.

Ella le agarró del brazo con las dos manos.

—Si consigo salir de aquí, tendré que teñirme el pelo nuevamente —dijo.

Butler se volvió, la miró y sonrió.

—Lo tienes precioso. A mí me gusta muchísimo —contestó.

—¿No está completamente blanco?

El joven palmeó la mano de Karen.

—No pierdas nunca el buen humor, aunque estés muerta de

miedo —aconsejó.

Avanzaron unos pasos más y vieron una puerta cerrada. El ruido de cadenas sonaba al otro lado, con intermitencias muy irregulares. A veces cesaba durante largo rato y luego volvía a oírse con toda claridad.

De pronto, Karen respiró aliviada.

—Ya sé. No es ningún fantasma —exclamó—. Hablaron de una pieza, la que van a servir en un banquete. Seguramente la tienen atada por una pata a alguna parte, para que no se escape, mientras la ceban hasta que llegue el momento de servirla a la mesa.

Soltó una risita.

—Soy una tonta, ¿verdad, Jim?

El joven no contestó. Karen se percató de su inusitada seriedad.

—¿Por qué no me dices nada? —preguntó.

Butler continuaba guardando silencio obstinadamente. De pronto, alargó la mano, hizo girar el picaporte y abrió la puerta de golpe.

En la estancia que había al otro lado, una mujer se volvió bruscamente al verles entrar.

—Ya he comido suficiente por hoy —protestó—. No necesito más alimentos…

Karen se quedó con la boca abierta al ver el aspecto que ofrecía la mujer.

—¡Dios mío, qué gorda está!

* * *

Butler quedó a pocos pasos de la mujer, que estaba en pie, muy cerca de otra puerta abierta en el lado opuesto y que daba a un cuarto de baño. La cadena era larga y estaba sujeta a la base de la pared, junto a la puerta del cuarto de baño. Una argolla, forrada con tela, rodeaba el tobillo izquierdo de la prisionera.

A Butler le pareció un rostro conocido. Evidentemente, Karen tenía una buena parte de razón. La mujer ofrecía un aspecto de estar sobrealimentada, con quince o veinte kilos de más sobre su peso habitual, pero no tan gorda como había dicho Karen.

La prisionera se calló, apenas había proferido sus frases de protesta, dándose cuenta de que los recién llegados constituían una sorpresa para ella. De pronto, señaló al joven con una mano.

—¡A usted le conozco yo! —exclamó.

Butler alargó un poco el cuello. La mujer, joven, evidentemente, tenía la cara limpia, sin el menor rastro de maquillaje, y el pelo aparecía desordenado. Bruscamente, Butler recordó algo que le había sucedido unas semanas antes.

—Oh, no… Usted no puede ser…

—Sí, soy Diana Cooper —confirmó la prisionera—. Bonito aspecto, ¿verdad?

Karen se sentía estupefacta.

—¿Por qué la tienen prisionera? —preguntó.

—¿Es que no se lo imagina? —Contestó Diana—. ¿Quién es, señor Butler?

—Karen Adams. Karen, ésta es Diana Cooper.

—Mucho gusto, Diana —dijo la muchacha—. No te preocupes, vamos a soltarte… Oye, no es por ofenderte, pero el cautiverio te ha sentado demasiado bien. Has engordado…

—A la fuerza, Karen. También se engordan a los cerdos y a los terneros y a los pollos…

Karen oyó aquellas palabras y comprendió de golpe la verdad. Sintióse acometida por un vértigo invencible, notó que todo le daba vueltas y, de pronto, dejó de ver y oír a su alrededor.

Butler se precipitó hacia ella.

—Se ha desmayado.

—Traeré agua —dijo Diana—. La cadena es lo suficientemente larga para permitirme entrar en el baño.

—No te molestes, ya lo haré yo.

Butler alzó en brazos a la muchacha y la depositó sobre la cama, situada casi junto a la puerta del baño. Mojó una toalla y la pasó por el rostro de Karen. Mientras trataba de despertarla, formuló una pregunta:

—Diana, aunque sea indiscreción, ¿cuántos años tienes?

—Todavía soy lo suficientemente joven como para no ocultar mi edad —rió la prisionera—. Tengo veinticuatro años.

—Entonces, ya no cabe la menor duda. Eres la pieza que van a servir en la barbacoa del sábado próximo.

Karen había despertado momentáneamente. Oyó aquellas palabras y volvió a perder el conocimiento.

CAPÍTULO XIII

Butler se arrodilló junto a Diana y examinó la cadena y la argolla que la sujetaba por el tobillo. Luego hizo lo mismo con la anilla empotrada en la pared.

—Sin herramientas apropiadas o sin la llave de la argolla, me va a resultar muy difícil librarte, Diana.

Ella no se inmutó.

—Tenemos tiempo hasta el sábado próximo. Aunque, supongo, me matarán antes, para tenerme preparada como es debido.

Butler se asombró de la sangre fría que mostraba la joven.

—¿No tienes miedo?

—Espantoso, como no te puedes dar una idea. Pero ¿de qué me serviría chillar y revolcarme por el suelo? Lo único que hago es pensar en la posibilidad de escaparme. Hasta ahora, no he encontrado el medio apropiado.

—Te traen comida con frecuencia.

—Sí, pero lo hacen las chicas y ninguna de ellas tiene la llave. Un día, ataqué a una de ellas y la dejé sin sentido. Registré todas sus ropas, pero no pude encontrar la llave de la argolla. Debe de tenerla él.

—Te refieres a Winter, supongo.

—Desde luego. O su ayudante, Drury Bolton.

—Diana, hay algo que me intriga muchísimo. Ciertamente, hay muchas cosas que explicar todavía, pero quiero referirme en primer lugar a tu aspecto. La noche en que nos vimos, tenías una figura espectacular, de portada de revista cara, vamos. ¿Cómo es posible que ahora peses al menos diez o quince kilos sobre tu peso habitual?

—La droga, Jim.

—¿Droga? —repitió él.

—Estimulante del apetito. Me produce un hambre irresistible. A

pesar de que sé que no debo hacerlo, me arrojó sobre la comida como un náufrago después de varias semanas en una balsa, sin comer…

—Puedes resistirte a la droga, quiero decir, a su aplicación.

Diana sonrió tristemente.

—¿Cómo? —repuso—. Lo intenté en los primeros días, pero me la hacían tragar a la fuerza, sujetándome entre varios de ellos, tanto hombres como mujeres.

—También mujeres —murmuró Butler pesarosamente.

—Son infinitamente peores que ellos —aseguró Diana.

—No lo dudo. Sin embargo, creo que podrías haber hecho algo mejor que intentar evitar la ingestión de la droga estimulante del apetito, para no ganar peso.

—¿Sí? Dímelo, no se me ha ocurrido ningún procedimiento… Negarme a comer es imposible; aparte de que no puedo evitar tener hambre, siempre tengo compañía a la hora de las comidas.

—Devolución de los alimentos.

—Sí, ya —rió Diana sarcásticamente—. Tome, llévese eso, no quiero comer…

—No me has entendido. El estómago, a veces, rechaza los alimentos por sí solo. Pero también una persona puede conseguir lo mismo voluntariamente.

Se oyó una exclamación de asco. Karen, sentada en la cama, se tapaba la cara con las manos.

—Yo me voy a morir… No sé si podré soportar cosas tan horribles —se quejó.

Butler cambió una mirada con Diana y los dos sonrieron.

—¿Por qué está ella aquí? —preguntó la prisionera.

—Tiene motivos. Heywood Forest le pertenece.

—¡Asombroso! —Exclamó Diana—. Nosotros estuvimos buscando meses enteros al propietario y nunca pudimos encontrarlo.

Butler frunció el ceño al oír aquellas palabras.

—Diana, creo que tienes que explicarnos muchas cosas —dijo.

En el mismo instante, se oyó el chirrido de frenos de un automóvil que se detenía a corta distancia de la casa.

Butler echó a correr hacia la parte delantera.

—Luego continuaremos hablando, Diana —exclamó.

Con grandes precauciones, se asomó a una ventana. El conductor del coche se había apeado y agitaba las manos en dirección a una casa situada escasamente a cincuenta pasos de distancia.

Butler se quedó atónito.

—¡Billy Boy! —exclamó—. ¿Qué diablos hace aquí ese chico?

Luego recordó la habilidad de Karen y corrió a buscarla.

—Vamos, aprisa —le urgió—. Olvida tus aprensiones; necesito otra vez de tu oído privilegiado.

* * *

Drury se asomó a la puerta y contempló ceñudamente al recién llegado.

—Billy Boy, ¿qué demonios pasa? ¿Por qué vienes a estas horas?

—Me ha sido imposible venir antes. Además, estuve llamándoles por la radio y no me contestaba nadie…

—Estábamos ocupados. Bien, suéltalo de una vez. ¿De qué se trata?

—Butler, el abogado está aquí.

Drury se sobresaltó.

—No es posible. Le habríamos visto…

—Pasó por la gasolinera, yo recordaba muy bien su coche. Ellos trataron de disimular, pero no consiguieron engañarme. Yo sí les he engañado…

—Billy Boy, ¿no te habrás equivocado al tomar a otra persona por el abogado?

—Cada vez que alguien me preguntó por Paradise, tomaba nota de la matrícula del coche —respondió el chico orgullosamente—. Cuando vi el del abogado, no estaba seguro aún, pero consulté mis anotaciones y pude ver que no me había equivocado. Además, ha podido comprobarlo después. Lo ha dejado escondido, a poca distancia de las vallas del camino cortado, entre los árboles.

—Eso es muy interesante, Billy Boy —dijo Drury, acariciándose el labio inferior—. Pero me parece haberte oído decir que no venía solo…

—Le acompañaba una mujer, aunque no sé quién era. Se cubría la cara con unas grandes gafas de color… Eso es lo que me hizo recelar; en un día como hoy, las gafas oscuras estorban, ¿no le parece?

Drury se echó a reír.

—Tienes instinto de detective —dijo—. Está bien, deben de andar escondidos por alguna parte, pero Paradise no es muy grande. Ya los encontraremos, no te preocupes.

—Oiga, Drury, ¿por qué no me deja que me quede? He tenido que esperar a terminar mi turno en la gasolinera para venir a avisarles. Puedo ayudarles en la búsqueda y luego… Bien, a alguna de las chicas, supongo, le gustará mi compañía.

—Eres insaciable, Billy Boy —comentó Drury.

—Se hace lo que se puede —respondió el chico fanfarronamente —. Bien, voy a empezar a buscar a esos dos tipos. Gritaré cuando los encuentre.

—Perfectamente.

Billy Boy dio media vuelta y se dirigió a la casa situada al otro lado. Drury giró sobre sus talones, para informar a Winter de la situación planteada por la llegada de dos personas a las que no esperaban en absoluto.

El chico abrió la puerta y asomó la cabeza. La casa estaba en silencio y parecía desierta. Tras unos segundos de vacilación, cruzó el umbral, atravesó la sala y alcanzó el pasillo que conducía a las habitaciones posteriores.

De repente, sintió que dos fuertes manos le agarraban por el cuello.

—No te muevas, pequeño demonio —dijo alguien—. No grites o te rajo de arriba abajo.

La frente de Billy Boy se cubrió inmediatamente de sudor. Vagamente, notó que le ataban las manos a la espalda. El atacante le había ordenado callar y el pánico que sentía era tan intenso, que no se le ocurrió siguiera contravenir el mandato.

Luego se sintió empujado hacia la cocina. El desconocido volvió a hablar.

—Billy Boy, maldita sea tu alma eternamente, eres un muchacho que se ha pervertido por la ambición de buscar nuevas sensaciones. Has ayudado a esos miserables a cometer crímenes execrables, que no tendrán perdón jamás. La justicia moderna, sin embargo, permite que ciertos horribles delitos se salden con unas penas ridículas. Para lo que tú has hecho, sin embargo, no hay más que una clase de castigo.

El chico notó que tenía la cara inundada de sudor.

—¿Quién es usted? ¿Por qué… por qué me ha atado las manos?

—Lo sabrás ahora mismo —contestó el otro—. Tú vas a ser el primero de la serie; los demás, irán cayendo poco a poco. Tú sabes la clase de fiestas que se celebran aquí, ¿verdad?

Billy Boy asintió en silencio. De nada servía ya negarlo, se dijo. Aquel hombre parecía estar enterado de todo.

—Bueno, quizá te sirvan a ti en la próxima barbacoa —continuó el desconocido fríamente—. Pero, claro, debo dejarte en el lugar apropiado para la pieza que se va a servir en la fiesta.

Billy Boy recibió otro empujón. El otro dijo:

—¡Mira, mira ahí arriba!

La mirada de Billy Boy se elevó un poco. Vio aquello y lanzó un chillido horripilante.

Trató de resistirse, pero era poco menos que una pluma en las manos de un hombre que parecía muy robusto. Billy Boy se sintió izado a pulso casi un metro.

Luego descendió de golpe.

Un espantoso dolor le hirió en el cerebro, cuando el gancho de carnicero se clavó en su garganta, debajo de la barbilla.

* * *

Karen oyó el diálogo entre Billy Boy y Drury y, aterrada, se volvió hacia el joven.

—Saben que estamos aquí —dijo.

Butler asintió.

—Lo sospechaba. Billy Boy nos ha visto, aunque creyéramos haber pasado desapercibidos.

Agarró la mano de Karen y tiró de ella. Diana les miró intrigada al verles.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Saben que estamos aquí. Tenemos que escondernos —respondió el joven.

—Yo sé de un sitio donde no os encontrarán —dijo Diana—. Id a la casa grande. En el ático, al fondo, hay un falso techo, con una trampilla que se abre desde abajo. Parece que dé al tejado, pero es un compartimento secreto.

—Conoces bien esa casa, a lo que parece.

—Oh, sí, la he revisado palmo a palmo, aunque nunca toqué nada de lo que había allí. No quería problemas con el dueño, si

aparecía.

—Muy bien, Diana, gracias por tu ayuda. Volveremos en cuanto nos sea posible. Trataré de encontrar algo para romper la cadena.

—Vosotros me preocupáis; yo tengo tiempo hasta el sábado —contestó la joven—. Ah, en ese escondite encontraréis algo… Bueno, ya lo veréis. Pero no os asustéis, ya no pueden haceros nada.

—¿A qué se refería, Jim? —pregunto Karen, cuando ya alcanzaban la puerta de la cocina.

—No lo sé, pero ya lo veremos. Ahora lo que importa es escondemos para que no nos encuentren. Si no lo conseguimos… empieza a rezar, Karen.

—No he parado de hacerlo desde que llegué a Paradise —contestó la muchacha.

Esperaron unos minutos y luego atravesaron a la carrera el espacio franco entre la casa y el bosque. Escondidos entre la vegetación, bajo la lluvia, caminaron con grandes precauciones.

De súbito, se oyó un horrible alarido.

Karen se tapó los oídos con las manos.

—Dios mío… ¿qué es eso? Nunca había oído nada semejante…

El grito había sonado muy lejos. Butler también lo había escuchado e, incluso, pareció haber captado una nota conocida.

—Diría que esa voz me suena…

—¿Billy Boy?

Butler asintió. De pronto, oyeron más voces.

A pesar de que hallaban en la espesura, pudieron ver las carreras de varias personas, merced al amplio espacio que había entre cada casa.

—Parecen muy alarmados —observó Karen.

Butler tiró de ella nuevamente.

—Ésta es la ocasión —dijo—. Vamos a escondernos antes de que nos descubran.

Ella asintió. Mientras corrían hizo una observación:

—A Billy Boy ha debido de pasarle algo, Jim.

—Eso creo, pero no lo lamento en absoluto —contestó Butler—. A pesar de ser tan joven, había resultado un perfecto canalla.

* * *

Winter entró el primero en la casa donde había sonado aquel grito, la atravesó a la carrera y se detuvo estupefacto al ver el

cuerpo que pendía del gancho de carnicero.

—Por todos los diablos…

Drury llegó y parpadeó, como si no quisiera dar crédito a sus ojos. Notó que se acercaban las mujeres y se volvió hacia ellas.

—Atrás, chicas —ordenó—. Esperen fuera un momento.

Billy Boy movía las piernas todavía. La sangre se deslizaba sobre sus ropas y goteaba constantemente al suelo, situado a un palmo de sus pies. Winter se recobró y movió una mano.

—Ayúdame, Drury.

El cuerpo del chico fue descolgado entre los dos hombres. Winter lo tendió en el suelo y examinó la horrible herida que había bajo el mentón.

Meneó la cabeza con gesto pesimista.

—Ya no tiene salvación —murmuró.

Billy Boy tenía los párpados alzados, pero sus ojos estaban en blanco. Su cuerpo se estremecía de cuando en cuando con ligeros espasmos.

—Lo dejaron caer de golpe sobre el gancho y la punta ha tocado un poco el cerebro —dijo Winter—. Tiene la tráquea completamente destrozada, perforado el paladar y…

Lentamente, se puso en pie y se volvió hacia el otro.

—Drury, ¿quién? —preguntó lacónicamente.

—¿Butler? —sugirió el interpelado.

—No lo creo. No tenía nada contra Billy Boy y, además, no le imagino matando a una persona por un procedimiento tan sádico. La chica que le acompaña, tampoco, por supuesto.

—Entonces, hay alguien más en el pueblo —dijo Drury.

—Sí, pero ¿quién es?

Los dos hombres callaron un momento. Luego, Winter, resuelto, se encaminó hacia la puerta.

—Buscar a ese tipo es más urgente que buscar al abogado —manifestó—. Si no lo encontramos pronto, puede acabar con nosotros, Drury.

—No se lo permitiremos, doctor —aseguró Bolton.

Pero, por primera vez en mucho tiempo, empezaba a sentir miedo. Miedo a lo desconocido.

Miedo a acabar colgado de un gancho de carnicero.

CAPÍTULO XIV

En pocos momentos, alcanzaron la casa antigua y entraron por la puerta posterior. Butler arrastraba a la muchacha casi en volandas y así pudieron ganar el ático en un tiempo cortísimo.

La noche caía rápidamente y la luz desaparecía en el interior del último piso del edificio. Butler encendió un fósforo y miró a su alrededor.

El lugar estaba abandonado, evidentemente, y no había otra cosa que algunos muebles viejos y un par de baúles. Encima de un cajón vacío, divisó una palmatoria, con una vela a medio consumir.

—Tendremos que esperar aquí a que amaine la tormenta —dijo él, después de haber encendido la vela—. Vamos a ver si encontramos el falso techo.

Un poco más adelante, divisaron una curiosa peculiaridad del techo. Parecía como si hubieran forrado la mitad con una extensa capa de tablas, que llegaba desde el ángulo donde se unían las dos vertientes con la pared.

—Quizá empezaron a construir una cámara de aire, pero la dejaron sin completar —apuntó él.

—Tendremos que permanecer inclinados…

—Es mejor que estar tendidos horizontalmente.

Karen asintió en silencio. En aquella situación, la frase sólo podía tener un significado.

Butler exploró la cubierta de madera con gran cuidado. Al cabo de unos momentos, divisó una ranura transversal. Siguiéndola con la vista, descubrió lo que parecía un nudo de la madera. Apretó con el pulgar y un trozo de la estructura giró hacia abajo.

—Muy bien, vamos adentro —dijo.

La parte inferior de aquella singular escotilla se encontraba a poco más de un metro del suelo. Karen se izó sin dificultad. Luego se volvió, para recoger la palmatoria que le entregaba Butler.

El joven la siguió en el acto. La escotilla, abierta, quedaba vertical, pero había una cuerda que permitía tirar de ella, a fin de cerrarla por dentro. Cuando lo hacía, Butler percibió un grito ahogado de la muchacha.

—Jim… Jim…

Butler tardó unos segundos en contestar, procurando acomodarse en aquel plano inclinado. El espacio entre la madera y el tejado no era superior a los cincuenta centímetros y les resultaba imposible permanecer siquiera sentados.

Por encima de sus cabezas resonaba el monótono rumor de la lluvia. Entonces, Butler oyó un sonido distinto.

Los dientes de Karen castañeteaban al entrechocar a causa de algo que le causaba un miedo invencible. Volvió la cabeza y divisó dos esqueletos caídos en el fondo del plano inclinado.

—Jim… —gimió la muchacha.

—Tranquilízate. Sólo son unos esqueletos —contestó él.

—¿Te parece poco? Es horrible…

—Peor sería que estuviesen vivos.

Karen calló, al comprender la justeza del reproche. Butler estaba explorando aquel lugar tan incómodo, hasta que vio un clavo que sobresalía de una viga. Tendiéndose boca abajo, procuró colgar la palmatoria, para evitar sostenerla todo el rato con la mano.

Aparte del ruido de la lluvia, no se percibía otro sonido. Butler se dio cuenta de que el interior del falso techo estaba cubierto por una espesa capa de polvo. Indudablemente, hacía muchos años que nadie había estado en aquel lugar. Los esqueletos, se dijo, debían de hallarse allí desde una época que no se atrevía siquiera a calcular.

—Karen, sólo siento una cosa —dijo él—. No sé cuánto tiempo permaneceremos aquí; pero luego procuraré buscar algo de comida…

—¡Comida! —Se aterró ella—. Creo que no voy a poder probar bocado en los días de mi vida.

—Se te pasará —aseguró Butler, al comprender las aprensiones de la chica—. Y recuerda, Diana Cooper está todavía en peor situación que nosotros. Procura serenarte; el miedo no hará que mejore nuestra posición.

Karen asintió en silencio. Inspiró profundamente. Sí, debía conservar la serenidad, pensó. Allí habían ocurrido cosas

horripilantes, pero ninguno de los dos tenía la menor responsabilidad. Lo que debían hacer era procurar salvar la vida.

—Jim —dijo de pronto.

—¿Sí, Karen?

—Me pregunto… cómo han podido ocurrir cosas tan horribles…

—Un amigo, al que me encontré casualmente en Nueva York me habló de un club especial, gente que ha agotado ya todas las formas de placer, pero que, a pesar de todo, busca otras nuevas. Son tipos que han perdido la noción de lo que es la decencia y la dignidad, absolutamente depravados, ¿comprende?

—Unos degenerados —dijo ella, furiosa.

—Sí, desde luego.

—Pero Billy Boy, tan joven… ¿cómo pudo mezclarse con estos desalmados?

—No lo sé. Algún día lo sabremos. Pero es evidente que hay personas que ya son viejas cuando todavía están en la adolescencia.

—Aquel grito tan horrible… ¿fue Billy Boy? ¿Qué le ha podido pasar, Jim?

Butler buscó la mano de la muchacha y procuró tranquilizarla.

—Procura dominar tus nervios. No te dejes llevar por el pánico —aconsejó—. La situación es crítica, pero no insoluble. Saldremos de ésta, ya lo verás.

Luego volvió la cabeza y contempló una vez los esqueletos que permanecían amontonados al pie del plano inclinado. Por un momento sintió la tentación de examinarlos, pero prefirió dejarlo para mejor ocasión.

Pasados unos minutos, descubrió una trampilla que daba al exterior. Tomó nota del detalle; podía resultarles útil, caso de verse obligados a escapar precipitadamente.

De pronto, oyeron voces relativamente cerca. Butler alzó la mano y apagó la vela.

—Silencio —susurró.

La mano de Karen se crispó sobre su brazo. Una de las voces pertenecía a una mujer.

—El desván está vacío. Aquí no hay nadie.

—Maldita sea —rezongó Drury—. Este condenado pueblo es pequeño, pero hay infinidad de sitios donde esconderse…

—El bosque, en cambio, es enorme. Si se han escondido allí…

—Pueden haber escapado en busca de su coche.

—No te preocupes. Sissy y Pearl han ido a buscarlo y se ocuparán de que no lo alcancen. Si lo intentan, tienen armas. Anda, vámonos.

Las voces se alejaron. Butler oyó el ruido de la puerta al cerrarse. Encendió la vela de nuevo, entonces, oyó un fuerte estornudo.

—Hay mucho polvo —se quejó Karen—. No sé cómo he podido aguantar tanto rato…

Butler no contestó. Había visto algo a su derecha y se arrastró en silencio.

—Aunque quisiéramos, no podríamos alcanzar el coche —continuó la joven—. Hay dos mujeres que nos lo impedirán… Jim, ¿qué hacemos?

Butler no contestó. Karen insistió.

—Te he hecho una pregunta. Responde, por favor.

Pero el joven continuaba guardando silencio. Karen volvió la cabeza y tuvo que esforzarse para no lanzar un agudo chillido al darse cuenta de que estaba sola.

—¡Jim! —siseó—. ¿Dónde estás? ¡Por el amor de Dios, contéstame! —rogó, temblando de pánico.

Antes de que pudiera añadir una palabra, oyó una voz que parecía llegar desde las profundidades de la tierra.

—Nada, no hay el menor rastro de ellos —dijo alguien—. Sospecho que están aquí, pero no imagino dónde.

* * *

Karen se mordió los puños para no gritar. Si levantaba la voz, la oirían, del mismo modo que ella escuchaba la conversación entre los dos hombres. ¿Habían entrado en el desván, sin que lo supieran?

—Vamos a esperar —dijo Winter, dos pisos más abajo—. Si están escondidos, como parece lógico, no podrán permanecer mucho tiempo en el mismo sitio. Tal vez hayan encontrado algún lugar que nos es desconocido, pero pienso que ha de ser muy pequeño y, por tanto, incómodo.

—El problema es que tal vez hayan avisado a la Policía…

—Por la hora de llegada, imagino que él no ha visto aún el paquete que le enviamos con la cabeza de Danvers. Simplemente, ha venido a investigar. Quiere saber lo que le pasó a su amigo. Ya

se enterará, no te preocupes.

Karen oyó aquellas palabras y se estremeció. La cabeza de Danvers. ¿Qué significaba aquello?

Oyó ruido de un líquido que caía en alguna parte y dedujo que uno de los dos hombres estaba llenando sendas copas. Al cabo de unos segundos, se reanudó la conversación.

—En cambio, hay otra cosa que me preocupa más —añadió Winter.

—¿Qué, doctor?

—Billy Boy. Butler no lo ha hecho, esto es evidente. En todo caso, le habría golpeado con algo… pero nunca habría actuado de forma tan sádica, colgándolo de un gancho de carnicero. ¿Quién demonios lo ha hecho?

—No se me ocurre ningún nombre, doctor —contestó Bolton—. En Paradise sólo estamos ahora nosotros dos, las tres chicas y, naturalmente, Diana Cooper.

Karen creía soñar. En su vida se había imaginado que un día podría escuchar cosas tan monstruosas. La cabeza de Danvers, Billy Boy colgado de un gancho de carnicero… «¿Adónde he ido a parar, Dios mío?», pensó llena de congoja.

Y lo peor de todo era que Butler había desaparecido misteriosamente y no tenía la menor idea del lugar al que había podido marcharse.

—¿Me habrá abandonado? —musitó—. Mucho tranquilizarme, pero él ha sentido pánico y ha salido de estampida…

Los dos hombres continuaban hablando:

—En tal caso, tenemos dos enemigos —dijo Drury Bolton—. Butler y el que se cargó a Billy Boy. No sabemos quién es, ni dónde está, pero, en todo caso, me parece un enemigo mucho más peligroso que el abogado.

—Tenemos pistolas, Drury —contestó Winter—. Si ves algo que se mueve, dispara sin vacilar.

—Descuide, así lo haré.

De repente, Winter lanzó una exclamación.

—¿Qué diablos pasa en ese cuadro?

—¿Cómo, doctor?

—Lo he visto infinidad de veces. Me lo sé de memoria. El autor es desconocido, pero realizó una verdadera obra de arte.

—Bueno, sólo es el retrato de Rupert Heywood, el tipo que construyó la casa…

—Sí, pero le falta algo.

—Yo no veo nada de particular —manifestó Bolton.

—Fíjate bien. La cadena que cruza el chaleco. Había un dije, con una cinta de seda azul y una gran moneda de oro como colgante. ¡Falta el dije, Drury!

A Karen le resultó incomprensible aquel hecho, salvo por el detalle que mencionaban a sus antepasados. ¿A qué dije se referían?

—Lo habrá borrado algún bromista —apuntó Drury.

—Borrarlo es una cosa y completar los detalles de la ropa que quedaba debajo es otra. Parece como si ese dije no hubiera sido pintado jamás —afirmó Winter.

—Mire, doctor, no se enfade, pero hay cosas más importantes que un maldito adorno en un retrato. Con su permiso, voy a ver si encuentro rastros de Butler o del otro tipo. Y que se preparen, si tengo la suerte de toparme con alguno de los dos.

Karen se sentía aturdida. ¿De dónde llegaban aquellas voces?, se preguntó.

Instantes después, oyó la voz de una mujer:

—Doctor, hemos traído el coche del abogado. Puede estar seguro de que no le hemos dado tiempo a escapar.

—Muy bien, Sissy. Hay que continuar la búsqueda. Ten en cuenta que hay otro hombre, además: el que se ha cargado a Billy Boy.

—Tengo un revólver y sé manejarlo, doctor —contestó la mujer con aire de suficiencia.

A los pocos momentos, volvió el silencio. Karen volvió a sentirse presa de una angustia infinita.

Estaba allí, sola, con la única compañía de dos esqueletos. Tarde o temprano, la encontrarían…

—Me atarán con una cadena y me cebarán…

Súbitamente, notó una mano que se cerraba sobre su muñeca. Abrió la boca para lanzar un grito, pero, en el mismo instante, oyó una voz:

—Silencio, soy yo, Karen.

CAPÍTULO XV

La muchacha calló unos momentos, mientras procuraba dominar el temblor nervioso que sacudía todo su cuerpo. Al cabo de un rato, consiguió tranquilizarse.

—Jim, maldito seas, y perdona el lenguaje, pero ¿dónde demonios te habías metido? ¿Por qué me dejaste sola sin avisarme?

—Pensé que me habías visto marcharme y por eso no te dije nada. Supuse que sabrías esperarme…

—Claro que te he esperado. Como que no sabía adónde ir ni qué hacer… Pero en cambio, he oído cosas muy interesantes.

—Yo también.

—Terroríficas, Jim.

—Estoy de acuerdo contigo, Karen.

—¿Los has visto?

—No, pero sé dónde estaban. Es más, sé cómo llegar al lugar donde estaban hablando.

—¿De veras?

—Sí. Bien, ya has oído, en Paradise hay alguien más, aparte de nosotros, y no está precisamente en favor de esos criminales. Sin embargo, no me imagino quién puede ser. Una cosa es segura: ha matado a Billy Boy.

—Colgándolo de un gancho de carnicero —dijo ella, horrorizada—. ¿Por qué, Jim?

—Karen, a veces hay frases que se repiten hasta la saciedad, pero no hay otras mejores para explicar determinada situación. Sencillamente, les ha dado una dosis de su propia medicina.

Karen guardó silencio unos momentos. Tumbada boca abajo como estaba, apoyó la frente en la polvorienta tablazón.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Butler.

Ella hizo un movimiento negativo de cabeza. Al cabo de unos momentos, pudo erguirse un poco.

—Voy a tener que acostumbrarme a las cosas más horripilantes —dijo—. Aquí, por lo visto, lo más espantoso es lo corriente. Lo corriente, paradójicamente, es cosa que no sucede jamás.

—Sí, algo de eso hay —sonrió Butler—. Karen, en cuanto notemos que hay calma, abandonaremos el escondite y trataremos de liberar a Diana. Si lo conseguimos, escaparemos por el bosque. Será duro, difícil, incómodo, pero es la mejor solución.

—Tienes razón. Oye, ahora que recuerdo… Parece que en alguna parte de esta casa hay un retrato de mi antepasado. He oído que lo mencionaban…

—Es cierto. Yo lo vi la noche que pasé aquí. Y entonces tenía el dije pintado.

—No lo entiendo. Jim, ¿a qué podían referirse cuando mencionaban la ausencia de ese dije en la pintura?

Butler calló unos momentos. Ella le miró inquieta.

—¿No me dices nada, Jim?

El joven inspiró profundamente.

—Tengo que decirte algo —respondió al cabo.

Hurgó en uno de sus bolsillos y entregó a la muchacha la moneda de oro, con la cinta azul y la presilla también de oro que servía para sujetarla a la cadena del chaleco.

—Voy a contarte una historia —dijo—. Quizá sea una historia de fantasmas; yo no estoy seguro verdaderamente de lo que ocurrió, pero el dije llegó a mi poder de una forma para la que no encuentro explicación racional posible. Escúchame con atención…

* * *

Las dos mujeres se detuvieron ante la puerta de una casa. Pearl lanzó un hondo suspiro.

—Estoy llena de barro. Me llega hasta las orejas —se quejó—. Voy a darme un buen baño y luego continuaré la búsqueda.

—Muy bien —contestó Sissy.

La noche era oscura como boca de lobo y continuaba cayendo agua. De pronto, se encendió una luz en una casa vecina.

—Eh, chica —llamó Bolton.

—¿Qué sucede, Drury?

—Hay que llevar la cena a la prisionera.

—Está bien. Yo lo haré; Pearl se va a dar un baño. Hasta luego, Pearl.

Las dos mujeres se separaron. Pearl entró en la casa y se dirigió al baño. Inmediatamente, empezó a lanzar ropas a un lado, hasta quedar completamente desnuda.

En el mismo instante, sintió que dos fuertes manos la agarraban con fuerza. Una le tapó la boca, impidiéndole gritar. Al mismo tiempo, la sujetaba contra el cuerpo de su atacante.

Pearl sintió en su cuello el contacto de un objeto puntiagudo.

El hombre dijo:

—Quieta, no grites.

Pearl, llena de pánico, se quedó absolutamente quieta. Antes de que pudiera hacer nada, sintió que le cubrían la boca con un trozo de esparadrapo. Luego notó que le ataban las manos a la espalda.

El hombre la empujó, acercándola a la bañera.

—Arrodíllate —ordenó.

La pelirroja sentía un terror espantoso. Obedeció maquinalmente y percibió la presión de una mano que la empujaba hacia adelante. Sus senos colgaron en el interior de la bañera, en cuyo borde quedó apoyado su estómago.

El individuo seguía oprimiendo su cabeza con la mano izquierda. De pronto, Pearl vio brillar ante sus ojos una cosa metálica, plateada. Luego sintió un horrible frío en la garganta.

Pataleó frenéticamente. El hombre no aflojaba la presión y mantuvo la mano en la cabeza de Pearl, hasta que vio que cesaban todos sus movimientos.

Más tarde, se aplicó a limpiar todas las manchas de sangre.

* * *

—La cena, encanto —anunció Sissy desenvueltamente.

Diana estaba sentada en el borde de la cama, con las manos en el regazo y miró fijamente a la recién llegada.

—Me gustaría hacerte una pregunta —manifestó.

—¿Por qué no? Anda, pregunta todo lo que quieras —accedió Sissy.

—Hay algo que no me cabe en la cabeza… Sissy, ¿por qué haces todo esto?

La morena se encogió de hombros.

—Dinero, encanto, mucho dinero. Hay miles y miles de dólares que sólo nos esperan a nosotros. A otros les sobran, ¿comprendes?

—No me explico cómo puedes hablar así, después de las cosas

tan horribles que suceden… ¿Es que no tienes conciencia?

—Ya lo creo —rió Sissy—. Mi conciencia es de color verde, como los billetes de banco.

—¿Y no te aflige tomar parte en esas espantosas reuniones?

Sissy frunció el ceño.

—Mira, no me vengas ahora con sermones, estúpida. Si me gusta o no, no es cosa tuya. Lo único que importa es que voy a ganar mucho dinero. Todos los que vienen aquí son personas a quienes les sobra el dinero, les sale literalmente por las orejas; quieren emociones nuevas, sensaciones distintas a las que se pueden conseguir en otros sitios. Nosotros les complacemos, eso es todo.

—A costa de las vidas de unos inocentes…

—No me hagas reír. ¿Tú, inocente? Dime, ¿qué habrías hecho si no hubiésemos venido nosotros? —Sissy movió la mano circularmente—. Estas casas son de papel. Los techos empiezan ya a gotear; las paredes rezuman humedad. No aguantarán otro invierno, si es que consiguen acabar éste. Entonces, ¿de qué te quejas?

—Lo que yo iba a hacer es muy distinto…

Sissy inclinó el torso hacia adelante.

—Conocí una vez a una pareja de esposos que se compraron una casita, con los ahorros de toda su vida —dijo agresivamente—. En seis meses, la casa se caía a pedazos. Intentaron reclamar, pero no consiguieron nada. Desesperados, se suicidaron, por no poder aceptar su fracaso. ¿No fue también un crimen lo que hizo aquel constructor?

Diana apretó los labios.

—A pesar de todo, ellos lo hicieron por su voluntad —insistió.

—Magnífico. Sí, el que se suicida lo hace por su voluntad. Puede seguir conservando la vida, pero hay veces en que la existencia se le hace odiosa, porque alguien le ha puesto en una situación límite. Lo mismo les sucedió a aquellos dos infelices. Para que lo sepas, eran mis padres.

—Muy bien. Sissy, lo siento. Confieso que mi proceder no ha sido tal vez muy ético, pero, al menos, tengo las manos limpias de sangre. Y no he participado en esas horribles fiestas… de las que prefiero no seguir hablando. Escúchame, Sissy; ayuda a que pueda escaparme. Cuando os juzguen, hablaré en tu favor…

—¡Vete al infierno! —contestó la pelirroja abruptamente—. No

pienso hacerte el menor caso. Seguirás aquí, hasta el sábado; ya puedes imaginarte lo que pasará ese día. Tú serás el número fuerte del programa. Estás ya a punto, ¿sabes?

—Quizá te lleves un chasco —dijo Diana, que procuraba no perder la serenidad—. Puede que te suceda lo mismo que a Billy Boy.

Sissy frunció el ceño.

—Hay alguien en la ciudad y pronto lo encontraremos —contestó rabiosamente.

—Lo dudo mucho.

Hubo un instante de silencio. De pronto, Sissy pareció comprender la verdad. Fue hacia la joven y la zarandeó por los hombros.

—¿Ha estado aquí, verdad? —gritó descompuestamente.

—No sé nada…

—¡Contéstame! —Aulló la morena—. Dime lo que quiero saber o…

Inesperadamente, Diana se puso en pie y arreó una monumental bofetada a su interlocutora. Sissy cayó de espaldas, con los pies por alto, chillando horriblemente.

Diana quiso arrojarse sobre ella, pero la cadena tiró de su tobillo y retrocedió, con lágrimas en los ojos. Sissy, recuperándose, se puso en pie de un salto.

—Ahora verás —exclamó—. Tú no quieres hablar, pero ahora vendrá alguien que te hará «cantar» como un canario borracho.

La joven morena salió corriendo, precipitándose a la noche lluviosa, sin preocuparse del agua que caía sobre su cabeza y su rostro. Alcanzó la otra casa, abrió de golpe y lanzó un fuerte grito:

—¡Drury, ven, pronto! ¡Diana sabe dónde podemos encontrar al abogado!

* * *

—¿Un fantasma? —Dijo Karen, una vez hubo conocido la extraordinaria historia que le había contado el joven—. ¿O un ser de carne y hueso?

—No lo sé, no he conseguido encontrar hasta ahora una explicación congruente —respondió Butler—. A veces, pienso que era una persona viva. Entró en el despacho, en un momento en que la secretaria estaba en el lavabo, y la visita fue muy corta, de modo

que pudo marcharse sin que Betty se diese cuenta de su presencia.

—Parece lo más lógico, Jim.

—Pero me entregó el dije y ahora falta del cuadro.

—Quizá tenía en alguna parte el modelo original.

—Es posible, pero ¿por qué tuvo que entregármelo a mí precisamente? ¿Por qué no fue a buscarte a ti, que eras la dueña de Heywood Forest? ¿Puedes comprender esta actitud, que no tiene nada de lógico?

Ella hizo un gesto negativo.

—No, aunque me cuesta mucho creer en apariciones de personas que fallecieron muchos años antes. Además, ¿qué ropa llevaba ese visitante fantasma?

Butler se puso una mano en la frente.

—Ahora que lo dices… No puedo recordarlo; me pareció que lo veía a través de una neblina… El rostro, sí, lo vi con toda claridad, y era muy parecido al que hay en el retrato. Pero no consigo recordar qué clase de ropa llevaba puesta.

Tendida como estaba, Karen hizo saltar la moneda con la cinta en la palma de su mano.

—Esto es auténticamente real —murmuró—. Y, ¿qué es lo que hay debajo de las losas de la chimenea?

—Lo ignoro. Averiguarlo es cosa tuya.

—¿Yo? —se sorprendió ella.

—La casa es tuya. Si quieres saber lo que esconden las losas de la chimenea, debes destruirla.

Karen meditó unos instantes.

—Veremos —dijo al cabo—. Antes de pensar en destruir la casa, hemos de procurar que no nos destruyan a nosotros, Jim. Como le sucedió al pobre Danvers… y a Herbyson… y Dios sabe cuántos más.

—Tienen que pagar esos crímenes —murmuró él ceñudamente —. Lo que han hecho es algo que no tiene nombre, Karen.

—Hay algo que me intriga —manifestó la joven—. Admito que Winter y Drury sean dos sujetos dominados por una especie de locura, pero… las mujeres… Esas muchachas tan jóvenes…

—Puede que haya una explicación. Están tan fuertemente influenciadas por esos dos hombres, que no les importa participar en los crímenes más horrendos. Recuerda el caso Manson, Sharon

Tate y demás.

—Sí, a veces ocurren cosas así —convino ella.

De pronto, Butler notó una extraña sensación.

—Karen, no se oye el menor ruido —dijo.

Ella escuchó atentamente.

—Cierto, todo está en silencio —repuso.

—Bien, en tal caso, sígueme.

Butler descolgó la palmatoria y se arrastró lateralmente, hasta el final del falso techo. Entonces, Karen, enormemente asombrada, divisó un hueco entre la tablazón y lo que parecía un tabique de gruesa estructura.

—Hay un hueco…

—Sí, y una escalera de madera, adosada a la pared vertical. Yo voy a bajar primero, porque ya conozco el camino. Ten cuidado, Karen.

Butler inició el descenso. El pozo era bastante angosto y podía usar una sola mano, apoyándose con la espalda en la pared opuesta, de modo que así podía sostener la palmatoria. Karen le siguió y, momentos más tarde, se encontró con los pies en un suelo de piedra, de indudable solidez.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

Butler le entregó la palmatoria. Ella le vio apoyar la mano en un rectángulo de madera, que parecía muy vieja y de poca consistencia. Butler hizo un ligero esfuerzo y, tras un leve chasquido, el rectángulo de madera, algo menor que una puerta corriente, empezó a girar a un lado.

Un chorro de luz penetró en el hueco. Karen estuvo a punto de lanzar un grito de asombro al ver lo que había al otro lado.

—Es increíble —dijo—. ¿Dónde estamos, Jim?

Butler saltó al suelo, situado a un par de metros, y luego se volvió hacia la muchacha, con los brazos extendidos.

—Ven —llamó.

Ella se sintió sostenida en el aire un instante. Una vez estuvo en el suelo de la estancia, Butler sopló la vela y lanzó la palmatoria al hueco que acababan de abandonar. Luego hizo girar la puerta de madera.

Butler sonrió, mientras señalaba con la mano el retrato de Rupert Heywood.

—Bienvenida a tu casa, Karen.

La muchacha se sentía incapaz de pronunciar una sola palabra. Con ojos llenos de pasmo, giró en redondo, contemplando la decoración de la sala, enorme, con una mesa capaz para veinte comensales. Había dos candelabros de plata, pero las velas estaban apagadas.

La luz procedía de una gran lámpara pendiente del techo. El mobiliario era anticuado, pero lujoso.

—De modo que aquí vivía el bisabuelo negrero —dijo, pasado un buen rato.

—Aquí, y considero una lástima tener que destruir esta casa…

—Jim, me parece que lo haré. Es más, me están entrando ganas de pegarle fuego ahora mismo.

—¡No, por Dios! —se alarmó él—. Si lo hicieras, no tendríamos dónde escondernos. Además, piensa en Diana; tenemos que liberarla.

—Sí, tienes razón… pero ahora me he convencido de que es lo mejor que puedo hacer. No dejaré piedra sobre piedra, el suelo quedará completamente liso y no habrá aquí la más leve señal de esta casa.

Butler sonrió ante la impetuosidad que mostraba la muchacha.

—Supongo que, al menos, respetarás el cuadro de tu antepasado —dijo—. Es una obra de arte bastante buena y puede adornar mucho el salón de tu casa. Lo que hizo sucedió hace casi doscientos años y no puede afectarte a estas alturas.

Karen no contestó. Tenía la vista fija en el cuadro y parecía muy concentrada en su contemplación.

Butler respetó su silencio. Al cabo de unos momentos, ella dijo sonriendo:

—Jim, o yo estoy mal de la vista o el doctor Winter es miope y no ve a cuatro pasos de distancia.

—¿Por qué dices eso? —se asombró el joven.

—Puede que tú tengas el dije auténtico en el bolsillo, esto es, el modelo que sirvió para el pintor. Pero el dije pintado sigue en el cuadro, en el sitio lógico donde debe estar.

Butler creyó que la muchacha bromeaba. Volvió la cabeza y no pudo contener una exclamación de asombro al ver que el dije con la moneda de oro seguía pintado en el cuadro.

CAPÍTULO XVI

Casi se tropezó Sissy con el hombre, en la oscuridad. Sissy se tambaleó ligeramente, pero consiguió recobrar el equilibrio.

—Drury, tienes que ver a Diana —exclamó—. El abogado ha estado con ella y sabe dónde se esconde.

—Muy bien, ahora mismo iré a hablar con Diana —contestó el sujeto, mientras seguía su camino, sin volver la cara una sola vez.

Sissy continuó andando. Un instante después, volvió la cabeza.

Drury había desaparecido. Prosiguió su camino y un momento más tarde, entraba en la otra casa.

Winter estaba sentado a una mesa, escribiendo algo en lo que parecía un libro de cuentas. Drury estaba llenando un pote de café caliente. Frente a un espejo, Bonnie se retocaba el pelo.

—¿Algún rastro, Sissy? —preguntó Bolton.

—No, nada hasta ahora, Drury. Pero he averiguado que…

Súbitamente, Sissy lanzó un agudo chillido.

—¡No puede ser!

Todos volvieron la cara. Winter, malhumorado, alzó la cabeza del libro.

—¿Qué es lo que no puede ser? —preguntó.

Sissy tenía los ojos desorbitados.

—He estado hablando con Drury no hace todavía un minuto… Me lo encontré ahí afuera…

—Hace, al menos, un cuarto de hora, que estoy aquí —contestó el aludido—. Tú has visto visiones, Sissy.

—¡No! Te juro que he hablado contigo…

—Habrás hablado con otro hombre —rió Drury. De pronto, masculló una interjección—. ¡Otro hombre! —repitió.

Bonnie dejó de arreglarse el pelo.

—¿El abogado?

—Ha estado con Diana, según he podido deducir —respondió la

morena—. Estoy segura de que ella sabe dónde se esconde. Repito que hablé con él, cuando venía aquí…

Winter se puso en pie y miró a Bolton.

—Será mejor que hablemos con esa pájara —dijo.

—Yo me ocuparé de que suelte la lengua, doctor.

Bonnie se puso el impermeable.

—Será interesante oír lo que dice —sonrió.

—Esa individua conoce bien la casa del negrero —dijo Sissy, cuando salía con los demás—. Estaba aquí ya, mucho antes de que llegásemos nosotros. El edificio es grande y hay sitios donde una persona puede esconderse fácilmente.

—Pero son dos —alegó Bolton—. El abogado y la chica que le acompaña…

—Es lo mismo. Diana lo sabe y tienes que obligarla a que diga dónde están escondidos.

Unos pasos más adelante, Sissy se detuvo bruscamente y miró desconcertada a su alrededor. Winter la miró con enojo.

—¿Qué diablos te pasa ahora? —masculló.

Sissy calló unos instantes. Luego extendió una mano:

—La casa de Diana está allá. Yo me encontré con el abogado aquí. Salía de esta casa.

—Quizá estuvo escondido en ella, se tropezó contigo y te saludó con toda normalidad. Francamente, aquí hay demasiada oscuridad —contestó Bonnie.

—Es posible, pero me parece raro que Pearl no lo hubiese visto. Y si hubiera sido así, habría gritado…

Bolton se puso rígido.

—¿Dices que el abogado había salido de aquí?

—Sí, pero hace ya mucho rato que no sé nada de Pearl. Dijo que estaba llena de barro y que iba a darse un buen baño…

Winter lanzó una sonora maldición. Luego, seguido de su esbirro, se precipitó en el interior de la casa, llamando a la pelirroja a grito pelado:

—¡Pearl, Pearl!

No hubo respuesta. Seguidos por las mujeres, los dos hombres se precipitaron en el baño.

Bolton se echó a reír.

—Mírela, doctor —exclamó—. Se ha sentido tan a gusto dentro

de la bañera, que se ha quedado dormida como un tronco.

Avanzó hacia la bañera. Pearl estaba sumergida en un baño de espuma, que le llegaba hasta la barbilla. Tenía los ojos cerrados y parecía disfrutar plácidamente en aquella situación.

—¡Eh, vamos, tú, despierta de una vez! —Dijo Bolton—. Éstos no son momentos para dedicarse a la holganza…

Alargó la mano y tocó ligeramente la cabeza de Pearl. Entonces, la cabeza se desprendió y rodó silenciosamente hacia adelante, sumergiéndose por completo en la espuma.

Una enorme burbuja subió del fondo de la bañera y explotó sordamente en la superficie. Bolton dio un salto hacia atrás, como si le hubiese mordido una serpiente.

Sissy tuvo que apoyarse en una jamba de la puerta, para no caer al suelo. Bonnie tenía los ojos muy abiertos y su cuerpo temblaba de la cabeza a los pies.

Transcurrieron unos momentos, antes de que ninguno de los presentes diera muestras de reaccionar. Winter fue el primero que se recobró.

—No creo que esto lo haya hecho el abogado —dijo.

—¿Por qué, doctor? —preguntó Bolton.

—No es hombre capaz de hacer cosas de este estilo. Además…

Winter frunció el ceño y luego metió la mano en la bañera. Tocó la cabeza de Pearl y se estremeció, pero siguió buscando hasta encontrar el desagüe.

La bañera empezó a vaciarse. Winter empleó la ducha flexible para disolver los restos de espuma. Bolton contemplaba la operación con rostro ceñudo.

Unos minutos más tarde, la bañera estaba completamente limpia. El cuerpo de Pearl apareció, con la cabeza entre las piernas. Winter se inclinó y examinó durante unos momentos aquel horrible espectáculo.

—Drury, hay algo sorprendente en este asunto —dijo.

—¿Sí, doctor?

—Podría asegurar que a Pearl la degollaron primero y luego le cortaron la cabeza. Pero antes de realizar la segunda fase de la operación, el asesino se cuidó muy bien de dejar su cuerpo sin una sola gota de sangre. Y, por supuesto, borró toda mancha que hubiese podido quedar después de matarla.

—Quería darnos una sorpresa, ¿eh?

—Quiere divertirse a nuestra costa —repuso Winter hoscamente —. Pero vamos a ver quién es el que se ríe mejor.

—Aquí, lo que pasa es que se ha presentado de pronto un problema que no tiene fácil solución, doctor. Para decirlo con pocas palabras, estamos combatiendo en dos frentes.

—Entiendo perfectamente lo que quieres decir, Drury —contestó Winter—. Sin embargo, uno de esos frentes no ofrece peligro. El abogado sólo ha venido a husmear y ver lo que pasa. El otro… ése es infinitamente más peligroso, porque está aquí para quitarnos de en medio y si nos descuidamos, por poco que sea, lo conseguirá.

—Bien, intentaremos encontrarle. Entonces, ¿dejamos al abogado tranquilo?

—Los coches están sin las llaves y hemos quitado piezas esenciales que impiden ponerlos en marcha. Por otra parte, creo que Butler seguirá aquí hasta conseguir lo que desea. Bien, nosotros se lo diremos… cuando hayamos quitado de en medio a ese tipo que nos ha matado ya a dos de los nuestros.

Bolton hizo un gesto pesimista.

—Lo que más me preocupa no es que no sepamos dónde se esconde, sino que ni siquiera conocemos su identidad —manifestó —. Pero, sea como sea, lo encontraremos y cuando eso suceda, habrá dejado de molestarnos. —Se volvió hacia la puerta del baño —. ¡Chicas, tenéis pistolas; no os dejéis acobardar! —exclamó.

—Iremos juntas —propuso Bonnie—. ¿Te parece bien, Sissy?

La morena asintió.

—Es lo mejor —convino.

* * *

Butler contempló el cuadro una vez más y meneó la cabeza.

—Es lo último que habría creído posible en este mundo: verme mezclado en un asunto donde intervienen fuerzas sobrenaturales —dijo, al contemplar el cuadro donde se veía con toda nitidez la moneda de oro con su colgante.

Sacó el dije, se acercó un poco al cuadro y lo comparó con la pintura. No obstante, la base del cuadro estaba a unos centímetros de la repisa de la chimenea y ésta tenía casi dos metros de altura. Dado que el dije, en el cuadro, se hallaba en su posición adecuada, le resultaba imposible llegar con una mano, para situar la copia y el

original juntos y hacer una comparación más exacta. Pero, de todas formas, se apreciaba fácilmente que lo que tenía en la mano era el original que había sido copiado casi doscientos años antes por el artista.

De pronto, guardó la moneda en el bolsillo y tocó a Karen en el hombro.

—Vamos —dijo.

Fuera sonaron voces repentinamente. Winter agarró a la muchacha por un brazo y la empujó hacia la puerta, quedándose ambos a un lado, para no ser vistos por los que se acercaban a la casa.

Oyeron el ruido de la puerta que se abría. Una voz de mujer dijo:

—Voy a buscar algo para echar un trago, Bonnie.

—Está bien, pero no tardes, Sissy.

—Vendré en seguida, no te preocupes.

El ruido de tacones se alejó hacia el interior de la casa. Momentos después, volvieron a oírlo.

En el vestíbulo se oyó el ruido clásico de una botella que se destapaba.

—No abuses —dijo Bonnie—. Comprendo que necesites un trago, pero lo peor que podrías hacer en estos momentos es emborracharte.

—Descuida, no cometeré semejante imprudencia. No voy a permitir que me rebanen el pescuezo, como a la pobre Pearl.

Butler y la muchacha cambiaron una mirada. Sissy volvió a hablar:

—Ha tenido que ser el mismo que liquidó a Billy Boy. Como me lo eche a la cara, le voy a dejar sin cabeza a tiros. ¡Anda, vamos ya!

La puerta sonó nuevamente al cerrarse. Karen miró al joven con expresión de angustia.

—¿A qué infierno hemos venido a parar? Hay alguien que está matando a la gente como si fueran moscas…

—¿Lo lamentas?

—Me aterra.

—En todo caso, son ellos los que deben sentir temor. Ese hombre, quienquiera que sea, parece que sólo ataca a las personas que han tenido algo que ver con estas horribles fiestas. Si nosotros

hemos de sentir temor hacia algo o alguien, no es precisamente de ese hombre de quien debemos esperar ningún daño. Y ahora, si no te importa, vamos a ver si encontramos algo de comer.

Karen se estremeció.

—No podré pasar un bocado…

—Tendrás que comer. No hemos cenado y desde el mediodía estamos con el estómago vacío. Sea como sea, es preciso que tomemos algún alimento. Y, de paso, veremos a ver qué encontramos para soltar a Diana.

Butler se asomó fuera del comedor y exploró el vestíbulo. Luego tiró de la mano de Karen y corrieron de puntillas, hasta alcanzar la cocina. Cuando el joven se disponía a abrir el frigorífico, ella extendió una mano y se lo impidió.

—No, nada de lo que pueda haber ahí adentro, Jim —dijo.

—Pero, mujer…

—Habrá carne y yo no podría soportar la vista de un trozo tan minúsculo como mi meñique. Jim, unas galletas y algo de agua, eso será suficiente.

—Muy bien, como quieras.

Había galletas en una alacena. Era una cena más bien espartana, pero Butler comprendía los sentimientos de la muchacha. Por su parte, tampoco se sentía muy seguro de la reacción que hubiera podido tener al ver algunos trozos de carne cruda. No; con las galletas y unos sorbos de agua era más que suficiente para reponer las fuerzas perdidas.

Mientras comía, vio algo que le causó extrañeza. Al cabo de unos momentos, se acercó al enorme frigorífico y contempló la pared que había detrás.

Había estado en una posición oblicua respecto al refrigerador y al acercarse apreció los motivos de su extrañeza. Pasó las yemas de los dedos por la pared y luego se inclinó y examinó la base del enorme mueble blanco.

—Aquí hay algo, Karen —dijo.

—¿Qué es, Jim?

El joven retrocedió unos pasos y contempló la nevera de frente. Luego, acercándose a ella, apoyó ambas manos en los costados e hizo fuerza hacia un lado.

El frigorífico giró sin apenas dificultad, en silencio, sobre unas

ruedas bien engrasadas. La pared en que se apoyaba su parte posterior, giró también, dejando a la vista una abertura de unos dos metros de alto por uno de ancho.

Karen lanzó una exclamación de asombro. Butler entró, buscó el interruptor de la luz y una potente lámpara, de forma semiesférica, se encendió en el techo de aquel espacioso cubículo, cuyas paredes estaban cubiertas por azulejos blancos.

Pendiente del techo había un aparejo, con su polea y un gancho. Karen miró hacia arriba y se extrañó al ver el artefacto.

—¿Qué es eso, Jim? —preguntó.

—Es mejor que no te lo diga —contestó él sombríamente.

Las paredes de cerámica blanca, el suelo levemente inclinado, el orificio de desagüe… todo indicaba con absoluta claridad el siniestro objeto para el que había sido construida aquella habitación.

Karen lo comprendió y sintió que la cabeza le daba vueltas.

—Jim, aquí es donde…

—Sí, pero no pienses en ello.

—Es imposible dejar de pensar en las cosas tan espantosas que han ocurrido aquí —alegó ella, estremecida de horror de la cabeza a los pies—. Creo que no podré olvidarlo, aunque viva mil años…

Butler avanzó hacia un pequeño armario que se veía al fondo. Al abrirlo, vio una serie de instrumentos de metal, muy brillantes, que confirmaron sus sospechas.

Entonces, se dijo que no llevaba encima ni un mal cortaplumas. Eligió un cuchillo de pequeñas dimensiones y se lo echó al bolsillo. No era gran cosa, pero, al menos, no estaba desarmado.

—Sigamos —dijo.

—¿Adónde vamos ahora, Jim?

—Hemos de buscar algo para liberar a Diana. Si pudiéramos conseguir la llave del grillete…

—La tendrán Winter o el otro —supuso Karen.

Butler asintió.

—Pero hay herramientas. Podemos arrancar la cadena y hacer que venga a esconderse con nosotros. Anda, vámonos ya.

—Jim, espero que no lleguemos a encontrarnos con el hombre que ha matado a Billy Boy y a una de las chicas. Ese tío me da un miedo espantoso, a pesar de lo que digas.

Butler sonrió, a la vez que le daba unas suaves palmaditas en los hombros.

—Son ellos quienes deben temer a ese desconocido y no nosotros —contestó.

CAPÍTULO XVII

En aquellos instantes, el desconocido estaba realizando una singular operación.

Tenía en las manos un palo cilíndrico, de un par de centímetros de grueso y unos dos metros de longitud. Con la ayuda de una cuerda muy fina y resistente, estaba atando un cuchillo al palo.

El cuchillo era largo, estrecho, con una hoja de casi treinta centímetros. El extremo del palo al que era atado el cuchillo por el mango, había sido aguzado y el mango estaba rebajado asimismo hacia la parte en que se unía con el metal.

El hombre realizaba la operación lenta, metódicamente, comprobando casi a cada vuelta la solidez de las ligaduras. Cuando terminó, probó el empalme y sonrió satisfecho.

El palo quedaba así convertido en una lanza de más de dos metros de longitud. Era excesivo, se dijo el hombre.

Con la ayuda de una navaja sumamente afilada, recortó el palo, dejando una longitud total de un metro y setenta y cinco centímetros, desde la punta del cuchillo hasta el otro extremo. Satisfecho, sopesó con la mano lo que ahora era un primitivo venablo.

—Servirá —dijo a media voz.

La operación había concluido. Se puso en pie, apagó la luz, abrió la puerta y exploró el exterior con la mirada.

Fuera reinaba una completa oscuridad. Silenciosamente, convertido en una sombra espectral, el hombre se deslizó en las tinieblas, sin ser visto por nadie.

En un cobertizo situado en la trasera de la casa, Butler había encontrado una barra de hierro.

—Servirá —dijo.

—Le destrozarás el tobillo, hombre —arguyó Karen.

—No me creas tan tonto, chica. Con esto puedo arrancar la

anilla de la pared. Diana tendrá que cargar con la cadena, eso es todo.

—Y no hará ruido, claro.

Butler elevó los ojos al cielo.

—Procuraremos movernos con cuidado. Además, puede envolverla con una sábana… Anda, deja ya de poner pegas. Vamos a ver si soltamos a esa chica y nos escondemos en el desván, hasta que sea de día.

—Jim, si sobrevivo después de lo que está pasando esta noche, borraré estas veinticuatro horas de mi calendario particular. Haré como si en mi edad hubiese perdido un día completo, como si no lo hubiese vivido, ¿comprendes?

—Bien mirado, es lo mejor —sonrió él.

Caminaron en silencio, deteniéndose de cuando en cuando a escuchar. Butler se fiaba del buen oído de la muchacha, pero pudieron llegar a las inmediaciones de la casa donde estaba Diana, sin el menor contratiempo.

De pronto, cuando ya se disponían a entrar, vieron el brillo de una lámpara de mano que se movía irregularmente.

—Cuidado, viene alguien —susurró él.

Atrajo a la muchacha hacia sí y se aplastaron contra la pared, en el sitio más oscuro del espacio que había entre dos casas. Los pasos resonaban con firmeza y era fácil notar que era un hombre el que se acercaba.

De pronto, sonó una voz:

—Drury, echa un vistazo a la prisionera. De paso, procura sacarle dónde se esconden el abogado y la otra chica.

—Bien, doctor.

Bolton continuó su camino, sin apercibirse de la presencia de dos personas a pocos metros de distancia. De pronto, Butler se sintió acometido por la idea de que debía hacer algo, actuar, en lugar de esperar a los acontecimientos.

Empuñó la barra con fuerza. Cuando Bolton hubo rebasado la esquina de la casa, salió de su escondite y, al alcanzarlo, le golpeó en el cráneo.

Bolton cayó fulminado. El joven se inclinó sobre él.

Había dado el golpe con poca fuerza. Por muchos crímenes en que hubiese participado aquel sujeto, él no tenía la intención de

convertirse en un homicida.

Bolton yacía en el suelo, murmurando palabras sin sentido y agitándose débilmente. Butler se inclinó sobre él, satisfecho de haber conseguido su propósito. Aquel ataque desconcertaría aún más a Winter.

Inclinándose sobre el caído, empezó a registrarle con rapidez. A los pocos momentos, tocó con los dedos un objeto de forma peculiar. La linterna continuaba en el suelo, aún encendida, y puso delante el objeto, para comprobar sus sospechas.

—Karen, ven —siseó.

La muchacha acudió corriendo. Vio a Bolton caído en el suelo y se estremeció.

—Está muerto, Jim.

—No, sólo inconsciente. Pero he encontrado lo que buscábamos.

Butler recogió la linterna y se acercó a la casa. Momentos después, desaparecían en el interior.

Diana estaba tendida en la cama y abrió los ojos al oír ruido. Butler sonrió desde la puerta.

—Lo hemos conseguido —dijo.

Acercándose a la joven, insertó la llave en la cerradura y abrió la argolla. Diana se sentó y le miró estupefacta.

—Estoy libre —dijo.

—Sí —confirmó él—. Y vamos a escondemos en el ático.

—¿No crees que lo mejor sería buscar un coche y largarnos de aquí?

—El mío se lo quedaron ellos. Supongo que tendrán más coches, pero no son tan tontos como para dejarse las llaves puestas. Es preferible que dejemos pasar algunas horas. Quizá se vayan… y aunque puede que así escapen a la justicia, nosotros estaremos a salvo. Si nos atrapan, no lo contaremos.

—Sí, creo que tienes razón. Vamos…

Diana dio unos cuantos pasos, se detuvo en seguida y sonrió.

—Son demasiados días sin hacer ejercicio y estoy gorda como una ballena —dijo.

—Pronto tendrás ocasión de perder grasas —aseguró Butler.

—Saben que han estado conmigo, aunque todavía no les he dicho dónde te aconsejé que os escondierais.

—No te preocupes; ya nos contarás todo más tarde, cuando

estemos en lugar seguro.

* * *

Diana se dejó caer sobre la tablazón inclinada, resoplando como una foca.

—Vuelvo a tener hambre, pero me imagino que esto se pasará cuando deje de tomar la droga estimulante del apetito —dijo—. Creo que voy a odiar la comida por el resto de mis días y haré todos los posibles para buscar a alguien que me alimente sólo con píldoras.

—No está mal pensado —sonrió el joven—. Ahora, dime, ¿qué hacías aquí, en Paradise-on-Earth?

Diana bajó la vista, como si se sintiese avergonzada.

—En realidad… bueno, legalmente, no, pero según se mire, soy una estafadora —confesó.

—Algunos me llaman así… Yo construí las casas que hay en el pueblo. Bueno, las hice construir, claro. Era un barrio residencial y aquí, en estos parajes, no vivía nadie. Había restos de otras casas, muy antiguas, y las demolieron para levantar las nuevas. La casa del negrero, sin embargo, se conservaba bastante bien, aunque tuve que efectuar algunas obras de restauración. Pensaba destinarla a centro de reuniones, fiestas conmemorativas y cosas así… Había buscado durante mucho tiempo al dueño, pero no lo había encontrado.

—Ahora está aquí —dijo la muchacha—. La casa y las tierras son mías, Diana.

—Por supuesto, pensaba indemnizar al propietario cuando lo encontrase, buscar una especie de arreglo… Son doce casas y esperaba conseguir un mínimo de cincuenta mil dólares de beneficio por cada una de ellas.

—No te han costado demasiado, ¿eh? —supuso Butler.

—¿Cómo lo sabes?

—Intervine una vez en un pleito sobre la construcción de un barrio residencial. Tuve sobradas ocasiones de examinar la obra y los materiales empleados. En cada casa se gastaban menos de dos mil dólares y las vendían por una cifra veinte veces superior. Contratamos a un arquitecto como experto y me enseñó muchas cosas. Estas casas de Paradise-on-Earth tienen, sin embargo, una excelente cualidad.

—¿De veras, Jim? —se asombró Karen.

—Están construidas en una zona donde no hay apenas huracanes. No resistirían un viento de ochenta kilómetros a la hora.

—¡Vaya frescura! —Se escandalizó la muchacha—. ¿Y eso lo hiciste tú sólita, Diana?

—Bueno, tenía un colaborador, pero se largó con viento fresco apenas hube terminado de construir el pueblo. Me dejó la caja vacía y tuve que empeñar todo lo que tenía, para poder salir adelante.

—Diana, sospecho que no has podido vender una sola casa —dijo Butler.

—No —admitió tristemente la interpelada—. Cuando iba a empezar la campaña de venta, apareció el doctor Winter. Examinó el pueblo y dijo que me alquilaba todas las casas durante un año. Ofrecía un precio muy razonable y acepté.

—¿Qué pasó después?

—Eso ocurrió hace algo más de un año. Luego, empezaron a celebrar unas fiestas muy extrañas. A veces, venían personas que decían acudir a la clínica de Winter para curarse, pero desaparecían sin dejar rastro. Tardé bastante en averiguar toda la verdad, pero entonces Winter me amenazó con matarme si hablaba. Tuve que resignarme, lo mismo que los Dealey.

Butler recordó de pronto al desabrido matrimonio que había conocido la primera noche de su llegada a Paradise.

—Es cierto —exclamó—. ¿Dónde están ahora?

—Joshua era el cuidador de las casas y se quedó aquí, con su mujer. Hace poco, desaparecieron y temo que les haya ocurrido lo peor. También callaban por miedo, ¿comprendes?

—A mí me parecieron muertos a la mañana siguiente…

—Winter les dio una droga que les causó una catalepsia pasajera. Lo mismo hizo conmigo y con los Latimer.

—No los conozco…

—Eran un matrimonio con la madre, muy anciana. Estuvieron unos días, para comprar una casa, pero se marcharon sin cerrar la operación. Pasaron por aquí casualmente y el pueblo les gustó en un principio. Latimer, sin embargo, entendía de construcción y pronto advirtió las deficiencias de los edificios.

—Winter los dejó marcharse sin obstáculos. ¿Por qué?

—No se enteraron de nada. Todo transcurrió con normalidad. No eran peligrosos.

Butler se volvió un poco y señaló con la linterna los esqueletos situados al fondo.

—¿Qué sabes de ésos? —preguntó.

—Nunca he podido averiguar quiénes fueron. Estaban aquí ya, cuando exploré la casa por primera vez. Es decir, los encontré en el desván… pero uno de los cráneos tiene un agujero de bala en la nuca. El otro lo tiene en la sien derecha. Por las diferencias de estatura creo que fueron hombre y mujer.

—Un doble suicidio por amor —adivinó Karen—. El disparo primero, la mató y luego se voló los sesos.

—Es muy probable. Había un revólver viejísimo junto a uno de los esqueletos, completamente oxidado. Esto es algo que debió de suceder lo menos hace cincuenta años.

—Probablemente, fue así —admitió Butler—. Diana, ¿conoces el camino secreto que conduce al salón de la planta baja?

—Sí, lo recorrí una vez…

La joven se interrumpió bruscamente. Karen apretó las mandíbulas.

Butler irguió la cabeza, pero chocó con el techo y no pudo evitar una exclamación de dolor.

Frotándose la nuca, miró hacia el lugar de donde había surgido aquel espantoso grito, pese a que sabía que no podía ser nada.

Karen se tapó las orejas con ambas manos.

—No sé si podré soportarlo —dijo—. ¿Es que esta horrible noche no va a acabar nunca?

¿No amanece jamás en Paradise?

El grito continuaba, ininterrumpido, largo, angustioso. Pero a los pocos momentos, se debilitó hasta apagarse del todo.

Volvió el silencio. Sólo se percibía el rumor de la lluvia, extrañamente intenso dado el lugar en que se encontraban.

* * *

Sissy fue la primera en entrar en la casa y se despojó de la capucha, sacudiendo los cabellos a continuación, para sentirse un poco más cómoda. Luego se despojó del impermeable y se acercó a una consola donde había una botella y algunas copas.

—Tengo los nervios de punta —confesó—. Si no encontramos pronto a ese individuo, creo que me volveré loca.

—Sabe esconderse —dijo—. Es obvio que conoce el pueblo a

fondo.

—Pero son doce casas sólo y todas iguales…

—Precisamente por eso. Está en terreno conocido y se mueve como el pez en el agua. —Sissy bebió un largo trago y llenó la copa de nuevo—. Me pregunto qué le habremos hecho nosotros. ¿Qué opinas tú, Bonnie?

La rubia no contestó. Sissy se impacientó.

—Te he hecho una pregunta —dijo Sissy con voz irritada.

Bonnie continuaba callada. Entonces, Sissy, extrañada, se volvió en redondo. Sus ojos se llenaron de horror al ver al hombre que estaba a pocos pasos de distancia, sonriendo perversamente.

—Es él —chilló—. El…

—Sí, yo —contestó el sujeto—. Y ya sabéis por qué lo estoy haciendo, ¿verdad?

Bonnie no podía hablar. Estaba pegada de espaldas a la puerta que daba al baño inmediato. Tenía la boca abierta y se sentía incapaz de emitir el menor sonido.

Sissy empezó a sentir también un miedo horroroso. Ahora sabía que aquel hombre era el que había colgado a Billy Boy de un gancho y luego había cortado la cabeza a Pearl. Presintió que iba a atacarlas muy pronto.

Su revólver estaba en el impermeable, pero el hombre les cerraba el paso. A pesar de todo, Sissy se dijo que debía intentar recobrar el arma y empezó a deslizarse lateralmente, para ver de conseguir su propósito. Moviéndose de esta forma, pasó por delante de Bonnie, quien continuaba en la misma posición.

Entonces, el hombre se tiró a fondo.

Bonnie y Sissy empezaron a chillar. El improvisado venablo atravesó los dos cuerpos, uno tras otro, y se clavó profundamente en la madera de la puerta.

Un larguísimo lamento brotó de la garganta de Sissy, mientras se aferraba con manos convulsas al mango del venablo. Tras ella, Bonnie emitía unos horripilantes gorgoteos.

El cuchillo había atravesado a Sissy a la altura del esternón, justo entre los senos. Era más baja que Bonnie y ésta notó el terrible dolor en el estómago.

Dos pares de piernas se debatieron convulsivamente. En los últimos espasmos de la agonía, Bonnie trató de librarse de aquel

hierro que la atormentaba y agarró a Sissy por el pelo, arrancándole grandes mechones de cabello, sin que la morena sintiese el menor dolor en aquella región. El único interés de Sissy estribaba en arrancarse el palo que la había ensartado como la mariposa de un coleccionista. Pero las fuerzas le fallaron súbitamente y se venció hacia adelante, aunque sin caer al suelo, con los brazos colgando laciamente hacia abajo.

Bonnie duró un poco más. Mientras conservó la consciencia, de una forma relativa, continuó arrancando pelo de la cabeza de Sissy.

CAPÍTULO XVIII

El larguísimo grito proferido por Sissy se apagó al fin. Winter y Drury se contemplaron mutuamente unos segundos.

—Vamos a ver —dijo al fin el primero.

Echaron a correr. Drury se frotaba la cabeza, todavía dolorida por el golpe.

—Tuvo que ser el abogado —rezongó—. Si hubiese sido el otro, no lo estaría contando.

—Pero ¿por qué diablos te atacó?

—No lo sé, no tengo la menor idea. Supongo que debió de temer que lo descubriese y se anticipó con un buen porrazo.

Bolton se interrumpió de pronto, a la vez que hurgaba en sus bolsillos.

—¡Maldición, ya sé por qué lo ha hecho!

Winter se detuvo. Hacía apenas diez minutos que se había encontrado a su esbirro, tendido en el suelo, a pocos pasos de la puerta de la casa donde tenían prisionera a Diana Cooper.

—¿Qué diablos sucede ahora, Drury?

—La llave del grillete. Butler se la ha llevado…

Winter soltó una espantosa maldición.

—Entonces, Diana ha conseguido escapar también.

—Lo siento, doctor…

—Bueno, eso ya no tiene remedio. Vamos a ver ahora qué les ha pasado a ese par de estúpidas. Luego nos ocuparemos de Diana.

Reanudaron la marcha. Bolton rezongaba constantemente. El dolor de cabeza persistía y le hacía sentirse miserable.

Entraron en la casa. Winter se detuvo en el umbral, como herido por el rayo.

—Por todos los…

Bolton se sintió acometido por una arcada invencible, al contemplar el espectáculo de las dos mujeres, ensartadas con un

mismo palo, como dos monstruosos insectos. La sangre goteaba constantemente al suelo.

Winter se dio cuenta de un detalle horripilante. Las manos de Bonnie se movían aún, cerrándose y abriéndose con movimientos que ya no dependían de su voluntad. Entre los dedos se veían largos mechones de pelo negro. La cabeza de Sissy estaba casi completamente pelada.

De pronto, dio media vuelta y salió de la casa, aspirando el aire húmedo a pleno pulmón. Sintió que necesitaba un trago y echó a andar hacia la casa de Heywood.

Bolton le siguió, tambaleándose, con paso inseguro. Winter entró en la casa, se dirigió directamente al comedor y buscó una botella, de la que bebió largamente, sin molestarse en usar una copa.

—Deje algo para mí, doctor —pidió Bolton.

En silencio, Winter le pasó la botella, mientras se limpiaba los labios con el dorso de la mano. Trató de coordinar sus ideas y se esforzó por averiguar la identidad del desconocido que parecía iba a eliminarles a todos.

Cuando Bolton hubo terminado, le quitó la botella otra vez. Al levantarla para beber, fijó involuntariamente la vista en el retrato de Rupert Heywood.

—¡No! —gritó—. ¡Eso no puede ser!

—¿Qué diablos pasa ahora, doctor?

Winter retrocedió unos pasos. La botella se escapó de sus labios y manos y chocó contra el suelo, rompiéndose en mil pedazos.

—¡El dije! —Chilló Winter—. Está ahí, otra vez ha aparecido en el cuadro…

Bolton emitió un juramento. Aquello le resultaba incomprensible. Nunca había creído en fantasmas, pero empezó a pensar en la existencia de un espíritu maligno que rondaba por la casa.

—El espectro de Heywood —murmuró—. Dicen que a veces se aparece…

Winter se enderezó de pronto.

—Drury, es hora de que nos larguemos de aquí —exclamó—. Sea como sea, no tengo ganas de acabar colgado de un gancho o sin cabeza o ensartado como un pollito… A fin de cuentas, si no hemos conseguido todo lo que deseábamos, al menos tenemos un buen

saco lleno. Vámonos, antes de que sea demasiado tarde.

—Estoy de acuerdo con usted, doctor.

Los dos hombres echaron a correr. Arriba, en el desván, Butler respiró satisfecho.

—Creo que podemos considerarnos a salvo —dijo.

—¿Continuamos aquí? —preguntó Karen.

—Voy a bajar yo primero a investigar. Vosotras me esperaréis aquí. Un hombre solo tiene más posibilidades de escapar, si la cosa se pone fea. No es por alabarme, pero a correr no me ganarían ninguno de esos dos tipos.

—Las balas corren más —advirtió la muchacha.

—Lo tendré en cuenta. Ah, toma, Karen. —Butler le entregó el cuchillo—. Espero que no lo necesites, pero siempre te sentirás más tranquila.

—Gracias, Jim. No dejes de llamarnos en cuanto tengas ocasión.

—Descuida.

Butler se arrastró lateralmente, buscó a tientas la escalera y descendió hasta la plataforma situada detrás del cuadro. Abrió un poco, escuchó durante unos segundos y luego saltó al suelo.

El cuadro volvió a su sitio. Entonces, Butler, sonriendo enigmáticamente, buscó una silla, se subió en ella, alargó la mano y despegó algo del cuadro.

La silla volvió a su sitio. En completo silencio, abandonó la casa y salió a la calle.

* * *

Cuando vio a las dos mujeres, ensartadas por el mismo palo, sintió una horrible náusea. Alguien estaba vengándose cruelmente de las personas que habían cometido tan espantosos crímenes, se dijo. Quienquiera que fuese el desconocido, resultaba evidente que tenía poderosos motivos contra Winter y sus secuaces.

Butler se dijo si llegaría en aquel momento el final de aquella noche demoníaca. Los horrores parecían interminables, sucediéndose unos a otros sin interrupción.

Paradise-on-Earth se había convertido en un infierno. Allí habían sucedido cosas espantosas, pero en aquella noche parecía culminar el clímax del horror. ¿Cuándo se acabaría todo aquello?

Claro que él había puesto su toque de humor macabro. Sonrió al pensar en el ardid que se le había ocurrido. Pero ello, sin embargo,

no explicaba la realidad de la moneda de oro que había ido a parar a sus manos tan misteriosamente.

Al cabo de unos momentos, dio media vuelta y salió de nuevo a la calle. La lluvia parecía amenguar. Incluso le pareció ver alguna estrella a través de un tenue rasgón entre las nubes.

Bruscamente, oyó gritos en las inmediaciones. Saltó a un lado y se pegó a una pared, completamente en sombras.

—Debiera habérsenos ocurrido —dijo Winter—. Si nosotros pudimos impedir que el abogado escapara con el coche, el otro también nos gastó la misma jugarreta. Con todos los neumáticos deshinchados, no podemos soñar siquiera en largamos de Paradise.

—Hay una solución, doctor —manifestó Bolton.

—A ver, habla.

—Vamos a esperar a que se haga de día. Moviéndonos en la oscuridad, estamos a merced de ese sujeto. El conoce perfectamente todos los rincones del pueblo, mucho mejor que nosotros, y eso nos hace estar a su merced. Entraremos en la casa y nos sentaremos en dos sillas, espalda contra espalda, y con las pistolas en la mano. En el momento en que se deje ver, uno de los dos le acribillará a balazos.

—Está bien, as una buena idea —aceptó Winter—. Vamos allá.

Los dos hombres continuaron su camino. Pese al horror de la situación, Butler no pudo contener una sonrisa.

Ahora eran ellos los que sentían miedo. Recibían lo que habían dado a otros… a Herbyson, a Danvers… ¿A cuántos más?, se preguntó.

Pero se lo tenían bien merecido. Abandonando su escondite, siguió andando detrás de la pareja. La puerta de la casa de Heywood se abrió y un chorro de luz salió al exterior, alumbrando durante un instante las siluetas de los asesinos.

Butler se acercó a una de las ventanas del salón. Aunque tenía las cortinas echadas, pudo encontrar una rendija que le permitió ver parte de lo que había al otro lado.

Winter y Drury penetraron en el salón. El primero buscó una botella inmediatamente. Bolton preparó dos sillas en el centro, colocándolas con los respaldos juntos.

—Aquí, doctor.

Winter no contestó. Bolton se volvió y notó que tenía la mirada

fija en un punto situado a cierta distancia del suelo.

—¿Qué le sucede, hombre? Venga a sentarse de una vez…

Winter se tapó los ojos con una mano.

—Estoy enloqueciendo… Mi mente no rige, Drury…

—Vamos, vamos, no diga tonterías. Las cosas están mal, pero a fin de cuentas sólo es un hombre.

—Yo no me refería a ese individuo… —La voz de Winter se transformó repentinamente en un sollozo—. ¡Mira, el dije ha desaparecido de nuevo!

Bolton volvió la mirada. De pronto, se echó a reír.

—Doctor, no haga caso. Ya sé lo que sucede. Esto es obra de un bromista que quiere divertirse a nuestra costa. Bien, a mí no me asustan los fantasmas, sino las personas de carne y hueso… ¡y contra esos bromistas yo tengo también una broma… con seis balas de calibre treinta y ocho, que curan la risa instantáneamente!

Bolton agarró por un brazo a Winter y lo hizo sentarse en una de las sillas. Butler comprendió que era el más firme de los dos. Winter, se dijo, era tal vez el autor de aquella horrible idea de las reuniones de caníbales, pero su ánimo empezaba a flaquear y no tardaría mucho en derrumbarse.

A fin de cuentas, pensó, tanto él como el desconocido perseguían el mismo objetivo, aunque con métodos distintos.

Bolton se sentó, dando la espalda a Winter, pero frente a la puerta del salón. Butler empezó a pensar en volver junto a las chicas, para tranquilizarlas.

Entonces, súbitamente, se dio cuenta de que no estaba solo.

Había alguien detrás de él. Se le había acercado en completo silencio, sin que se diese cuenta y si notaba algo, era porque percibía su aliento en la nuca.

Un helado escalofrío recorrió su cuerpo. Se preguntó cuándo iba a sentir el filo de un cuchillo en su garganta.

De pronto, oyó una voz de suaves tonos:

—No tema, señor Butler; no tengo nada contra usted.

* * *

—¿Qué pasa con el maldito dije? —preguntó Diana, en el escondite del desván.

A pesar de lo crítico de la situación, Karen no pudo ocultar una sonrisa.

—No lo sé. Debe de ser un adorno fantasma. Aparece y desaparece como si fuese algo que alguien puede poner y quitar a voluntad. ¿Es que no recuerdas el cuadro de Rupert Heywood?

—Sí, lo he visto muchas veces. Es una excelente obra de arte.

—Era mi antepasado. Por eso me pertenece Heywood Forest.

—Eres una chica afortunada. ¿Sabes el valor de este bosque?

—Nunca se me ha ocurrido preguntármelo. A decir verdad, no lo he visto todavía, salvo los árboles del camino. Pero sé que tiene unas seiscientas hectáreas.

—Seis kilómetros cuadrados, un rectángulo de, aproximadamente dos mil metros de largo por tres mil de ancho. Una verdadera finca de caza, con gamos, ciervos, conejos y hasta jabalíes y otras especies animales, ello sin contar con el valor de la madera. La especie más abundante es el roble y hay algunos con casi trescientos años de antigüedad.

—Has estudiado bien la propiedad, ¿eh?

—Tenía que hacerlo, si quería convencer a los clientes —repuso Diana—. Pero, créeme, no pensaba estafarte…

—Ya hablaremos de eso en otro momento. Ahora, lo importante es salir de aquí, ¿no te parece?

Diana asintió. Karen se preguntó cuándo iba a volver Butler. Aunque parecían seguras en aquel escondite, se notaba inquieta y temerosa y se dijo que no volvería a sentir un poco de tranquilidad hasta que no viese al joven nuevamente.

Todavía tenía en la mano el cuchillo que Butler le había entregado. Notó que iba a estornudar y lo dejó a un lado, para sacar el pañuelo. La linterna que el joven había arrebatado a Butler, pendía del techo por un gancho y les proporcionaba suficiente iluminación.

De pronto, notó un roce en el brazo izquierdo.

Volvió la cabeza. Diana había apoyado allí su mano. Debía de sentirse nerviosa. Karen sonrió, procurando tranquilizarla.

—No te preocupes —dijo—. Saldremos con bien de ésta.

—Tengo hambre —murmuró Diana.

—Es lógico. Llevas muchas horas sin comer.

La mano de Diana apretó suavemente el brazo de la muchacha. Luego acentuó su presión.

—Tienes una carne firme, compacta —dijo Diana.

Karen frunció el ceño. Aquellas palabras le causaron cierta repugnancia. Podía comprender ciertos defectos en las personas; en realidad, conocía a un par de chicas de las que se rumoreaba su lesbianismo, pero le parecía absurdo que Diana, en aquellos momentos, quisiera satisfacer ciertos caprichos.

—Suéltame —pidió secamente.

Diana sonrió. Su sonrisa tenía una expresión muy rara. No era la de una mujer viciosa sexualmente. Era otra clase de sonrisa.

La mano de Diana se apoderó del cuchillo que Karen había abandonado momentos antes.

—Tengo hambre —repitió Diana.

A Karen se le pusieron los pelos de punta. En un instante, comprendió que Diana había perdido la razón. No se preguntó los motivos; lo único que quería era salvar la vida.

Actuando impulsivamente, dio un fuerte empujón a la otra joven. Diana rodó sobre sí misma y quedó sobre la trampilla, que, mal sujeta, se abrió y la hizo atravesar por el sueco, hasta caer al suelo del desván.

Rápida como el rayo, Karen agarró la cuerda que servía para cerrar la escotilla y tiró hacia arriba, antes de que Diana pudiera evitarlo. Pasó el cerrojo y respiró satisfecha, considerándose salvada por el momento.

—Jim, ¿dónde demonios te has metido? —dijo a media voz, como si el joven pudiera escucharle.

CAPÍTULO XIX

—Soy Dealey —dijo el hombre.

—Joshua Dealey —murmuró Butler—. Hace algunas semanas, su esposa me recibió y no con demasiada amabilidad. Tendrían alguna razón para obrar así.

—Habíamos recibido instrucciones, para el caso de que algún forastero llegase inadvertidamente. Lo siento; de buena gana le habríamos hospedado en casa, pero no nos fue posible.

—Bueno, no se preocupe; salvé el pellejo. Pero, me parece, tiene muchas cosas que contar, Joshua. ¿Acaso era usted el que quitaba y ponía el falso césped, y hacía lo mismo también con el poste indicador?

—Sí. La noche en que usted llegó, se había convocado una reunión que se suspendió a última hora. Me ordenaron colocar la alfombra de césped artificial y retirar el poste. Usted llegaba en aquel momento y lo hice poco antes de que estuviera en mi casa.

—Voy entendiendo. Joshua, ¿qué papel desempeñaba usted aquí?

—Nos contrató la señorita Diana a mi mujer y a mí, para cuidar del pueblo y hacer los trabajos mínimos de conservación. Había trabajado durante muchos años en un circo, como capataz de mantenimiento, pero la empresa quebró y nos vimos de repente en la calle. El empleo nos vino de perlas, aunque más nos hubiera valido no aceptarlo.

Butler entendió que Dealey tenía algo que ver con las horribles muertes que se habían producido en aquella espantosa noche. Tenía que conseguir que Dealey hablase, pero debía hacerlo con prudencia, para evitar posibles riesgos.

—Joshua, aquí han pasado cosas terribles —dijo—. ¿Qué sabe usted sobre el particular?

—Todo, pero nos enteramos demasiado tarde. Es más, al

principio, incluso colaborábamos. Nos daban un sueldo suplementario y creíamos que sólo se trataba de orgías y comilonas. Luego, cuando nos enteramos de la verdad… Han hecho cosas horripilantes con sus víctimas, todo ello por complacer a unos degenerados que sólo querían satisfacer sus perversos gustos sin reparar en medios y sin que les importasen las vidas de otras personas.

—Estoy enterado de lo que sucedía aquí, Joshua —dijo el joven, que no deseaba que Dealey entrase en detalles morbosos.

—Oh, no lo crea… Ya le digo que han sucedido cosas que uno no se puede imaginar siquiera. El doctor Winter había fundado un club y sus miembros se habían juramentado para guardar un secreto absoluto. Pero uno de ellos, un tal Molner, entregó su invitación a un amigo, creyendo que a éste le gustaría formar parte del club. El amigo murió y Molner fue atraído al pueblo. Lo metieron en una caldera llena de agua y lo cocieron vivo, así, como suena.

—Joshua, por favor —se estremeció Butler.

—Por eso fui a verle a usted. Yo solo, poco podía hacer y necesitaba me ayudase.

Butler frunció el ceño.

—De modo que fue usted… Pero a mí me parecía que había sido Rupert Heywood…

Dealey sonrió a espaldas del joven.

—Ya le dije que trabajé muchos años en un circo. Aunque no era artista, aprendí infinidad de trucos, sé cómo maquillarme, cambiar el rostro… y también usar en cantidades apropiadas un gas narcótico. El dije con la moneda lo encontré hace tiempo en la casa, en el cajón de una mesa vieja. Su secretaria estaba en el lavabo y no me vio entrar ni salir. A usted le parecí un fantasma, ¿verdad?

—Puede estar seguro de ello, Joshua —contestó el joven, admirado—. Sin embargo, también me dijo algo sobre las losas de la chimenea.

—Costaría bastante trabajo y no he dispuesto del tiempo suficiente para hacerlo. Heywood escondió algo debajo de esas losas; lo leí en un viejo pergamino que había junto con el dije. Lo tengo aquí…

Butler sintió que le ponían un rollo de papel en uno de los bolsillos.

—Joshua, no se marche todavía —pidió.

—¿Quiere algo más, señor Butler?

—Dígame una cosa: lo que ha ocurrido esta noche…

—Sí, he sido yo —admitió Dealey con voz que no perdía la firmeza en ningún momento—. No se merecían otra cosa, incluso ese pequeño demonio que era Billy Boy, y las chicas, tan depravadas como los hombres o más todavía… Hay personas que no deberían haber nacido, pero, puesto que están en este mundo, lo mejor que se puede hacer es obligarles a que lo abandonen lo más rápidamente posible. Aunque, eso sí, dándose cuenta de lo que les pasa. ¿Qué ganaría yo ahora, si hubiese ido a la Policía, eh? Un gran escándalo, un juicio, cadena perpetua a lo sumo… pero dentro de veinte años estarían de nuevo en la calle… No, señor —continuó Dealey con salvaje acento de odio—, es preciso arrancar de raíz esa perversa simiente y evitar que vuelva a florecer jamás.

Butler inspiró con fuerza. En las palabras del hombre, había algún oculto motivo de resentimiento contra Winter y su pandilla.

—Joshua, ¿qué le han hecho ellos a usted?

—Mi mujer —contestó Dealey.

—¿Abigail?

—Sí. Creíamos que se trataba de simples fiestas, demasiado digamos liberales, hasta que nos enteramos de la verdad. Abigail enloqueció. Hoy es una cosa con figura humana, que vegeta en un hospital. —La voz del hombre se quebró súbitamente—. Abigail y yo nos queríamos como no se puede imaginar; nos casamos que éramos unos chiquillos, hace treinta años, y estábamos aún como el primer día… ¡No, no se lo puedo perdonar, señor Butler! Abigail es ya irrecuperable y no vivirá mucho tiempo más… y yo… Ya no me importa lo que me pueda pasar a mí, ¿comprende?

—Lo siento, Joshua, créame que lo siento de veras. Por fortuna, hemos conseguido salvar a la señorita Cooper. Yo le estoy muy agradecido, porque trató de hacerme un favor la noche en que vine a Paradise.

Dealey exhaló una risa amarga.

—¿Un favor? —repitió—. No lo crea. Bueno, usted puede pensar que es así, pero si lo hizo fue por egoísmo.

—¿Cómo? —se asombró el joven.

—Ella es tan mala como los otros. Se ha pervertido tanto o más

que Winter y su pandilla. Pero quería convertirse en la jefa, dirigirlo todo, enriquecerse a costa de las vidas ajenas… Si trató de ayudarle, no fue por hacerle un favor, sino por llevar la contraria a Winter, que no quería acceder a sus pretensiones. Por eso la encadenaron, cuando cierto día consiguieron sorprenderla y reducirla antes de que pudiera defenderse. Es la peor de todos, créame, señor Butler — insistió Dealey—. Aunque actúa con normalidad, su mente se ha alterado y ya antes de que la encadenaran. Es una fiera con la figura de una mujer hermosa; y su demencia alcanza tales proporciones que… Yo la he visto comer carne cruda y disfrutar como un caníbal. ¡Le juro por la salvación de mi alma que esto que le digo es cierto! —concluyó el hombre con voz cargada de pasión.

Butler sintió que se le ponían los pelos de punta. Si era cierto lo que decía Dealey, y no había motivos para dudarlo, Karen corría un serio peligro. Estaba sola en el desván con Diana, fue lo primero en que pensó. Ciertamente, había dejado un cuchillo a Karen, pero si la otra obraba con un poco de astucia, y dado el estado de su mente, parecía lógico que lo hiciera, entonces la muchacha corría un serio peligro.

—Si es que no está muerta ya —murmuró.

Se imaginó a Diana devorando la carne de Karen, todavía palpitante, y notó una horrible repulsión en el estómago. Pe ro, rehaciéndose, se dijo que era preciso hacer cualquier esfuerzo para evitar que se produjera aquella espantosa, situación.

De repente, advirtió que se había quedado solo.

Dealey había desaparecido, tan silenciosamente como había surgido momentos antes. Butler presintió que el sujeto iba a culminar su venganza, pero en aquel momento sólo le importaba la vida de Karen.

Echó a correr hacia la puerta trasera de la casa. La grisácea luz del alba se filtraba a través de unas nubes espesas todavía, pero que ya habían soltado toda su carga de agua.

* * *

Entraba algo de luz en el desván, a través de las ventanas abohardilladas. Butler corrió hacia la trampilla y presionó el falso nudo, que accionaba el resorte de apertura. La escotilla cayó y en el mismo instante, una cosa blanca surgió del hueco y le golpeó en la frente, rompiéndose luego en mil pedazos, con secos chasquidos.

Asombrado, perdió el equilibrio y cayó sentado al suelo. Karen asomó por la abertura.

—¡Jim! Perdóname… No sabía que eras tú…

Butler miró a derecha e izquierda y adivinó muy pronto qué eran aquellos fragmentos de color blanco.

—Me has tirado una calavera —dijo.

—Dispénsame… Cuando vi que se abría la trampilla creí que sería ella… La cuerda estaba casi podrida y se rompió; no podría retenerla y…

De no haber sido por la horrible situación que estaban viviendo, el incidente podía haber resultado cómico. Butler se puso en pie, sacudiéndose maquinalmente el polvo de la ropa.

—De modo que lo has averiguado —dijo.

Karen, todavía tendida en el falso techo, asintió.

—Sí. Empezó a acariciarme… Primero pensé que era una desviada sexual… Luego dijo que tenía hambre…

—Tiene la mente trastocada; es una auténtica caníbal. Pero ya te contaré luego todos los detalles. ¿Sabes dónde está?

—No. Cuando cayó por el hueco, cerré la trampilla de inmediato. Al cabo de unos momentos, oí ruido de pasos que se alejaban. No me imagino adónde podrá haber ido, Jim.

—Ahora me pregunto si hicimos bien al soltarla —dijo Butler ceñudamente—. Bien, Karen, vamos a ver si podemos bajar por el pozo al salón. Esperaremos allí escondidos, hasta que veamos la ocasión de poder escapar sin ser vistos. Nosotros no disponemos de coche, pero ellos se encuentran en la misma situación.

El joven hizo una pausa y añadió:

—Aún están peor que nosotros. Dealey les está dando caza.

—¿Dealey? —repitió Karen, asombrada.

—Luego te lo contaré todo. Es demasiado largo, Karen.

Butler se izó hasta el interior del falso techo y cerró la trampilla. Las pilas de la linterna se agotaban ya, pero aún daba la luz suficiente para poder moverse sin dificultad.

Además, aún les quedaba un cabo de vela en la palmatoria, que estaba abajo, en la plataforma situada tras la repisa de la chimenea. Cuando se disponía a bajar, miró a la muchacha y sonrió.

—Algún día contarás a tus nietos que un día le tiraste a su abuelo una calavera a la cabeza —dijo.

—Espero que eso que has dicho se pueda convertir en realidad —contestó ella.

—No te quepa la menor duda, Karen.

Butler descendió unos peldaños. Karen se asomó.

—Jim, estoy pensando una cosa —dijo de pronto.

—¿Si?

—En cuanto podamos salir del pozo, buscaré algo para pegar fuego a esta casa. No quiero que queden de ella ni las cenizas…

—Tendrás que esperar un poco. En la casa hay escondites y eso nos concede una posibilidad. Ellos tienen armas y nosotros no. Seguiremos vivos mientras no puedan encontrarnos.

—Bien, de acuerdo, pero en cuanto me sea posible…

Momentos después, llegaban a la plataforma. Entonces oyeron una voz crispada:

—Tengo los nervios a punto de estallar, Drury. Ya es de día y ese tipo no podrá ahora esconderse tan fácilmente. Voy a la cocina a ver si me hago un poco de café.

* * *

Bolton se encogió de hombros.

—Como quiera, doctor. Yo no me muevo de aquí por el momento.

Sin embargo, se levantó y cambió la silla de lugar, colocándola a la derecha de la chimenea, de modo que pudiera dominar con la vista tanto la puerta como las ventanas del salón.

Winter abandonó la estancia y se dirigió a la cocina, con grandes precauciones, deteniéndose de cuando en cuando para escuchar. Empuñaba la pistola con mano nerviosa y, de repente, tropezó con algo y se tambaleó.

El índice oprimió maquinalmente el gatillo y salió el disparo. Bolton se puso en pie.

—¡Doctor!

—No es nada, Drury —contestó Winter—. Se me ha escapado un tiro involuntariamente…

Bolton maldijo entre dientes la imprudencia de un hombre que ahora aparecía completamente desmoralizado. Pero no se movió de su sitio, porque le parecía era donde se sentía más seguro.

—Tráigame una taza de café cuando lo haya hecho, doctor —pidió.

—De acuerdo.

Winter llegó a la cocina y se detuvo un momento. Parecía como si alguien hubiera estado allí momentos antes. Vio un par de platos sobre el fregadero y se acercó a examinarlos.

—Han estado comiendo —murmuró.

Pensaba en Butler y la muchacha, quienes debían de merodear por la casa, escondiéndose de ellos. Sin embargo, no los consideraba realmente peligrosos.

Encendió uno de los hornillos y arrimó la cafetera. Luego buscó el pote del café y el azúcar. Vio en una alacena una botella, la sacó y tomó un largo trago.

El asunto no había salido tan bien como esperaban, se dijo. Aquel maldito abogado, con su tozudez, estaba a punto de conocer toda la verdad. Los documentos sobre la herencia de Herbyson, pese a que fuesen auténticos, no servían ya para nada.

Bolton había desempeñado bien el papel de jefe de contabilidad de la clínica, pero ya no podría regresar a reclamar la herencia. Afortunadamente, tenían una buena reserva monetaria en la casa. Diana Cooper había escapado, ayudada por la pareja. Bueno, mejor para ella. Había evitado que lograse sus deseos y tendría que conformarse con lo que había proyectado en un principio.

—Paradise para ella —masculló—. En cuanto venda las casas, se va a encontrar con una cantidad de pleitos tal, que deseará no haber oído hablar siquiera de este lugar.

La idea le hizo reír. Esperó unos minutos a que el café estuviera listo y luego puso todo en una bandeja. Inmediatamente, se dirigió hacia la puerta de la cocina.

Abstraído en sus pensamientos, no vio el fino cable metálico que cruzaba la puerta de lado a lado, a un palmo del suelo. Caminaba con cierta rapidez y tropezó violentamente, cayendo hacia adelante.

La bandeja voló por los aires con gran estrépito. Winter cayó de bruces, con los brazos alargados. En el mismo instante, con la rapidez del rayo, algo centelleó dos veces delante de sus ojos.

Tardó algunos segundos en sentir dolor en las muñecas, el tiempo que le costó darse cuenta de que le habían amputado ambas manos de sendos hachazos.

CAPÍTULO XX

Butler empujó un poco el cuadro y miró a través de la ranura.

Bolton estaba sentado casi debajo de él, a la derecha, con la pistola sobre el regazo. El sujeto parecía medio dormido, lo cual resultaba comprensible si se pensaba que se había pasado una noche en vela.

Sobre la repisa se divisaba un jarrón de metal. Lentamente, con movimientos apenas perceptibles, Butler, agachado, alargó la mano, cogió el jarrón y luego, con brusquedad, asestó un fuerte golpe en el cráneo del esbirro.

Bolton se desplomó fulminado. El joven terminó de abrir y saltó al suelo, apoderándose inmediatamente de su pistola.

—Ven, Karen.

Ella le siguió en el acto. Butler se inclinó y empezó a levantar el cuerpo inanimado del sujeto.

—Ayúdame —pidió—. Voy a dejarlo ahí, para que no nos estorbe. Todavía tardará unos minutos en recobrar el conocimiento.

—Pero luego escapará…

—Lo dudo. Estoy seguro de que ignoran la existencia de ese escondite. De lo contrario, ya habrían subido a buscarnos. Sólo Diana lo sabía y, créeme, no nos ayudó por gratitud precisamente.

El cuerpo de Bolton quedó en el hueco. Butler volvió el cuadro a su posición normal.

—A su vez, necesitaba de nosotros para deshacerse de esa gente —añadió—. ¿Lo comprendes ahora?

Karen hizo un gesto de asentimiento. Butler empuñó la pistola con una mano y agarró la de Karen con la otra.

—Vamos —murmuró.

En el mismo instante, oyeron un espeluznante alarido, un grito que no parecía proceder de una garganta humana. Era un sonido espantoso, que no se parecía a nada de lo que habían escuchado

hasta entonces.

Butler se detuvo en el umbral, paralizado por el asombro. De repente, vio algo que le hizo dudar de sus sentidos.

Winter apareció en el vestíbulo, con los ojos extraviados, moviéndose como si hubiese perdido la visión, con los brazos extendidos. Pero le faltaban las manos y la sangre brotaba a chorros de los muñones amputados.

—Dios mío —murmuró, aterrado.

Karen vaciló. Hubiera caído al suelo, de no haber sido sostenida de la cintura por el fuerte brazo del joven. Butler, con ojos morbosamente fascinados, contemplaba aquel horripilante espectáculo.

Incluso se olvidó de la pistola que tenía en la mano. Winter emitía roncos sonidos, murmullos absolutamente ininteligibles, dejando un ancho rastro de sangre mientras caminaba. Parecía haber perdido la visión y, evidentemente, ya no era dueño de sí mismo.

Bruscamente, chocó contra un ventanal. Rompió los cristales y se venció hacia adelante, quedando doblado sobre el antepecho. Sus piernas se agitaron convulsivamente durante unos momentos. Luego, poco a poco, fueron adquiriendo la definitiva inmovilidad de la muerte.

Butler retrocedió unos pasos y dejó a la muchacha en un sillón.

—Espera aquí —dijo.

Miró un instante a Karen. Tardaría mucho en recobrarse de todo lo padecido en aquella noche de horror. Pero lo conseguiría; tenía a su favor la lógica fortaleza de la juventud. Un día, aquellos recuerdos se desvanecerían y creerían que habían padecido una pesadilla.

Ella se puso en pie de un salto, reaccionando de forma inesperada.

—No, no me dejes sola —exclamó—. Prefiero ver las cosas más horribles antes de quedarme sola.

Butler sonrió satisfecho.

—Eso me gusta más —dijo, a la vez que la agarraba suavemente por un brazo—. Ven…

* * *

Dealey entró en la cocina y abrió la puerta del enorme

frigorífico.

—Ya puede salir, señorita Diana.

La joven emergió, golpeándose los hombros con las manos cruzadas.

—Creí que no iba a salir nunca —dijo—. Por poco me quedo tiesa. Joshua.

Dealey se echó a reír.

—Ahora tiene abrigo suficiente con los kilos que le hicieron ganar a la fuerza —comentó—. Bien, puede decirse que el asunto está despachado. Winter está en el infierno y en cuanto a Drury, se ha evaporado, loco de pánico.

—Joshua, ¿qué me dice de los otros dos? Me refiero al abogado y a su chica, claro.

—Ésos ya no son obstáculo. A él le conté un cuento de miedo y se lo tragó como si fuese un chiquillo de pocos años. Se ha largado con la muchacha, no se preocupe.

—Sin embargo, fuiste a verle…

—Necesitábamos alguien imparcial, para que un día pudiera contar lo ocurrido. Cargará las culpas sobre Winter, naturalmente; y aunque diga que yo liquidé a los otros, no me encontrarán y, por otra parte, la Policía encontrará lógica mi venganza.

—Sí, sobre todo, teniendo en cuenta que tu mujer está rematadamente loca.

—Lo siento por ella. Fue siempre una buena mujer. Pero ¿qué puedo hacer, si no fue capaz de soportar lo que ocurría aquí?

—Está bien, vamos al despacho, Joshua. Hay allí más de medio millón, suficiente para que nos larguemos de aquí. No nos encontrarán jamás, te lo aseguro. Por cierto, ¿has alistado algún coche?

Dealey volvió a reír.

—Tengo uno preparado, no se preocupe. —De pronto, agarró el brazo de la joven—. Oiga, señorita Diana… cuando salgamos de aquí, usted y yo… ¿eh, me comprende?

Ella emitió una larga sonrisa.

—Claro, Joshua, claro —contestó—. Tú y yo… y la pasta. Una pregunta, por favor.

—Dígame, señorita.

—¿Le dijiste a Butler lo de mi… mi vicio?

—Desde luego. Se lo creyó, como si fuese artículo de fe.

Diana lanzó una ligera carcajada.

—A ella le di un susto de muerte —contestó—. Bueno, vamos ya. Ha amanecido y conviene que nos demos prisa.

Butler y Karen se echaron a un lado. Estaban a punto de llegar a la cocina y habían escuchado las voces de los dos cómplices. Luego pudieron captar el siniestro diálogo, sin perderse una sílaba.

Cuando se dio cuenta de que venían en aquella dirección, Butler agarró a la muchacha y la hizo entrar en un cuartito trastero. Cerró la puerta justo a tiempo de evitar ser vistos por aquella pareja de desalmados.

Diana y el sujeto pasaron por delante de ellos. Dealey llegó al despacho de Winter y se arrodilló frente a la chimenea.

—Un buen escondite, ¿eh? Nunca la encendía y eso me hizo sospechar —manifestó.

Butler estaba junto a la puerta, oyéndolo todo. Asomó un poco la cabeza y vio que Dealey retiraba lo que parecía una parte del basamento de la chimenea, una falsa piedra que era, en realidad, un cajón repleto de billetes de banco.

Entonces, Diana sacó un cuchillo de entre sus ropas y asestó una terrible puñalada a Dealey.

El cuchillo se hincó profundamente en la espalda del sujeto. Dealey pegó un respingó, giró a un lado y cayó de costado.

Sin inmutarse, Diana buscó un saquete de tela que había sobre una silla y metió en él todo el dinero. Luego miró despreciativamente al sujeto.

Butler ya no quiso seguir contemplando la escena. Dio media vuelta, agarró a la muchacha por un brazo y tiró de ella hacia la puerta trasera.

—Hay un coche en condiciones —dijo—. Vámonos, antes de que sea demasiado tarde.

Ella no opuso la menor resistencia. Pronto estuvieron en el garaje.

—Creo que nunca podré olvidar esta noche de horror —dijo Karen.

—Lo olvidarás —aseguró él, mientras abría el portón del cobertizo—. Cuando se desea, se olvida todo lo malo. La mente es más poderosa de lo que crees y, a poco que te esfuerces, conseguirás

bloquear los recuerdos de lo que ha ocurrido en este lugar.

—Un paraíso que resultó ser un infierno —dijo ella.

—La frase no puede ser más acertada —convino Butler.

Momentos después, hacían arrancar el coche. Butler volvió la cabeza un instante hacia la casa.

—Los pasos que resonaban aquella noche sobre mi cabeza… Alguien quería divertirse a mi costa y se escondía cuando yo iba a buscarle —murmuró—. Hay tantos lugares en esa casa donde esconderse…

—Pronto no habrá nada —aseguró la muchacha firmemente.

El coche llegó a los límites del bosque. Karen volvió la cabeza para contemplar aquel pueblo donde habían vivido unas horas de horror interminables.

Entonces vio algo que le hizo lanzar una exclamación de asombro.

—¡Jim! ¡Para un momento!

El joven frenó. Al volver la cabeza, vio una columna de humo negro que se elevaba casi verticalmente en la húmeda atmósfera del amanecer.

—La casa está ardiendo —dijo.

—Lo ha hecho Diana, pero ahora no podrá escapar —exclamó la muchacha.

* * *

Tenía preparadas algunas latas de gasolina y derramó su contenido por diversos lugares del vestíbulo. Arrojó parte del líquido sobre las cortinas y también sobre el tapizado de los muebles del comedor. Luego regresó al vestíbulo, cargó la bolsa al hombro y encendió un fósforo.

En aquel instante, cuando el fósforo caía sobre la gasolina, sonó un disparo.

Diana lanzó un grito agudísimo y cayó al suelo, agarrándose una pierna con las dos manos. El horrible dolor que sentía a la mitad del muslo le hizo saber que tenía un hueso roto.

Volvió los ojos, cuando las llamas se elevaban ya con sordo bramido. Dealey, tendido boca abajo, apoyado en un codo, le apuntaba con un revólver. El mango del cuchillo sobresalía aún de su espalda.

—Perra —dijo.

Apretó el gatillo de nuevo. Diana sufrió una fuerte sacudida, pero la bala le alcanzó en un costado, sin causarle una herida mortal.

Dealey bajó la cabeza y se quedó quieto. Lanzando horribles chillidos, Diana se arrastró en busca de la salvación. Repentinamente, el fuego alcanzó una lata que no había sido vaciada por completo.

Instantes después, se produjo una fuerte explosión. Un chorro de llamas alcanzó a la joven y envolvió su cuerpo por completo. Los alaridos duraron muy poco.

Butler hizo dar media vuelta al coche. Cuando llegaron de nuevo al pueblo, la casa de Heywood ardía en pompa.

Dentro de aquel infierno de llamas, alguien gritó un poco, pero su voz se acalló muy pronto. Butler cambió una mirada con la muchacha.

—Drury Bolton —murmuró.

Era imposible entrar en la casa. Diana no había salido y Butler se dijo que algún día llegarían a conocer la verdad de lo ocurrido en el último acto de aquel espantoso drama.

* * *

Los coches llegaban al atardecer. Cada vez que uno de ellos se detenía, unos hombres de uniforme azul salían a recibir al recién llegado. Eva Beame se desmayó al ver a la policía.

Cuando llegó la noche, todos los asistentes a la fiesta estaban ya reunidos en un furgón policial. El jefe que mandaba la fuerza, teniente Harper, hizo una señal y el furgón arrancó, escoltado por varios coches de patrulla.

Luego, Harper se encaró con el joven.

—Usted tenía razón, abogado. Los miembros del club no dejarían de asistir a la reunión. Resultó bien la idea de guardar silencio sobre lo que había ocurrido aquí; de otro modo, se habrían enterado por la prensa, la radio y la televisión y hubieran podido escapar.

—Merecen que se los encierre de por vida —dijo Butler ceñudamente—. Pagaban para que otros matasen a personas inocentes…

—Intervendrán los psiquíatras —pronosticó el teniente—. Y ya sabe lo que significa eso.

—No encontrarán disculpas. Y, en todo caso, espero que los encierren aunque sea en un manicomio.

Butler se volvió hacia la muchacha. Karen no había querido perderse la escena del arresto de aquella cohorte de degenerados.

—En fin —sonrió—, la pesadilla ha terminado.

—No —contradijo ella—. Terminará la próxima semana, Jim.

—¿Cómo?

—Ya lo verás —respondió Karen evasivamente.

* * *

Una semana después, varios poderosos *bulldozers* empezaron a derribar las casas de Paradise-on-Earth. Karen se encaró con el capataz que dirigía los trabajos.

—Deseo que todo esto quede raso como la palma de la mano. Cuando hayan terminado de derribar todos los edificios, cargarán los escombros en los camiones y se los llevarán muy lejos de aquí. Luego vendrá usted con otras máquinas y hará roturar el suelo a la mayor profundidad posible. No quiero que quede el menor rastro de este pueblo, ¿ha comprendido?

El capataz se llevó los dedos al casco de protección.

—Así se hará, señorita.

De repente, alguien lanzó un grito:

—¡Eh, aquí hay algo! Vengan a ver, rápido.

Una de las máquinas se había detenido en el solar ennegrecido, que era lo único que quedaba de la casa tras el incendio. Butler y Karen corrieron hacia allá y vieron que la pala había levantado un conjunto de losas que, evidentemente, habían formado parte del basamento refractario de una chimenea.

Debajo había un hueco, en el que se divisaba una caja de hierro de unos cuarenta centímetros de largo, por treinta de ancho y veinte de grosor. Dos operarios la sacaron fuera. La tapa estaba cerrada simplemente con un sencillo cerrojo. Al levantarla, vieron algo que brillaba deslumbradoramente.

—Increíble —murmuró Karen.

Butler sonrió.

—Es tuyo —dijo—. El tesoro del capitán negrero. Lo guardó aquí, para que nadie se lo robase, escondiéndolo de sus enemigos, y ha permanecido oculto durante casi doscientos años.

Había varios centenares de monedas antiguas de oro. Butler

pensó que su valor numismático era incluso superior al simplemente material.

Más tarde, se retiraron a un lado, dejando que las máquinas continuasen su labor. Butler hizo una pregunta a la muchacha.

—Karen, ¿qué harás con tu propiedad?

—Dejaré que el bosque vuelva a crecer en este calvero. Un día, sin embargo, quizá volvamos por aquí… pero habrá de pasar mucho tiempo antes de que eso suceda. No tendremos prisa, me imagino.

—Ninguna —convino Butler.

Callaron un momento. Luego, de pronto, Karen recordó algo.

—Jim, con los jaleos de todos estos días, hay algo que se me ha pasado por alto. ¿Qué sucedía cuando el dije aparecía y desaparecía con el cuadro?

Butler se echó a reír.

—Verás… Encargué una fotografía del dije, pero hice que obtuvieran una positiva en tela, como se hace a veces con las reproducciones de famosas pinturas. Quería enseñársela a un experto, pero no tuve tiempo. Entonces, cuando vinimos a Paradise, pegaba el dije o lo despegaba, tapando el hueco con un parche negro, según la ocasión. No es que quisiera bromear con aquellos asesinos; simplemente, quería provocar su desconcierto, amedrentarles, en suma. No parece que lo consiguiera —añadió melancólicamente.

Callaron un momento. Luego, Karen señaló el cofre que se hallaba en el maletero del coche.

—Quizá Dealey mencionó esta chimenea, en lugar de la otra —dijo.

—Dealey me dijo que había empleado un truco de magia. Pero yo no estoy tan seguro. Aun admitiendo que me visitase… tengo la impresión de que también estuve hablando con Rupert Heywood. Nunca lo sabré de una forma absolutamente segura, pero… ¿quién me dice lo contrario?

Hizo una corta pausa, pasó el brazo por la cintura de la muchacha y concluyó:

—En todo caso, en este infierno encontré mi paraíso.

FIN